

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



*Julio Godio.
Experiencia
sandinista y
revolución
continental*

*Saltalamachia.
Recordar, discutir,
unificar.*

*Guillermo Greco.
Auge y
decadencia de
Montoneros*

*Ábalo, Lugones,
Paz, Spagnolo,
Todesca.
Sobre el Plan
Gelbard*

*Vivanti.
Sobre el concepto
de hegemonía*

*Almeyra.
Los fracasos de los
trotskistas*

*Paramio y
Reverte.
El marxismo y el
minotauro:
respuesta a del
Barco*

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

Propiedad Intelectual en trámite.

Director: Jorge Tula.

Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán.

Diagramación: María Cristina Ocos y Hugo Vargas C.

Los dibujos de Hermenegildo Sábat fueron tomados de *Al troesma con caño*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

Índice

EDITORIAL

Marzo, mes emblemático, *por* Jorge Tula

POLEMICA

Recordar, discutir, unificar, *por* Rodolfo Saltalamachia

Sobre el auge y decadencia de Montoneros, *por* Guillermo Greco

El peronismo y las democracias, *por* Nicolás Casullo

MESA REDONDA:
PROGRAMA ECONOMICO DEL GOBIERNO PERONISTA
EN 1973, BAJO LA DIRECCION DE JOSE B. GELBARD

Introducción

Primera intervención

Burguesía reformista y proyecto, *por* Carlos Abalo

Escritos inéditos de José B. Gelbard acerca del plan económico de 1973 y del clima político imperante en el momento en que renunció al cargo de ministro de economía

El énfasis en el mercado interno, *por* Gustavo Lugones

Bases para el análisis del Plan, *por* Pedro Paz

Primera fase de la Argentina potencia, *por* Alberto Spagnolo

Las posibilidades del modelo, *por* Jorge Todesca

Segunda intervención

La importancia de la crisis política, *por* Carlos Abalo

Pacto social, indisciplina obrera, *por* Gustavo Lugones

Acumulación de posguerra y estructura de poder, *por* Pedro Paz

La ideología del capitalismo autónomo, *por* Alberto Spagnolo

Resultados destacables y límites, *por* Jorge Todesca

LA CRISIS DEL MARXISMO

El marxismo y el minotauro: respuesta a Oscar del Barco, *por* Ludolfo Paramio y Jorge M. Reverte

El camino histórico del concepto de hegemonía, *por* Corrado Vivanti

AMERICA LATINA

Experiencia sandinista y revolución continental, *por* Julio Godio

"A saudade mata gente. . .": también el regreso a un país que ha cambiado, *por* Carlos de Sá Régio

Conversaciones con Casildo Herrera, *por* Mempo Giardinelli

Los fracasos de los trotskistas, *por* Guillermo Almeyra

Información bibliográfica

Casa argentina en Catalunya

Cartas de los lectores

COYUNTURA

Peronismo y radicalismo frente a la propuesta militar

EDITORIAL

Marzo, mes emblemático

Marzo es un mes emblemático en la reciente historia política argentina. En ese mes, en 1973, el movimiento popular obtuvo en las urnas, tras el largo paréntesis —con alguna breve intermitencia— nacional-popular, un significativo triunfo, alegremente festejado por las potencialidades que encerraba. Pero si la larga lucha había dado nacimiento a un profundo movimiento social con reclamaciones que trascendían el ámbito económico para instalarse de alguna manera en el cuestionamiento global de la sociedad, las respuestas políticas se mostraron incapaces de darle forma e iniciar así el largo y difícil proceso, cualitativamente superior, de transformar la rica pero limitada protesta social en una nueva hegemonía. Es cierto que este proceso dio lugar al breve gobierno de Cámpora, al que desde estas mismas páginas calificáramos como "expresión de la más democrática coyuntura de la historia política de los últimos años", pero es cierto también que en el seno mismo del sector mayoritario del movimiento popular estaban instalados los elementos de una gastada política que pretendía resolver esta conflictualidad de nuevo cuño con los viejos instrumentos del estado populista. Y conviene registrar que también resultó insuficiente el exultante maniqueísmo político —al que muchos de nosotros contribuimos a conformar— de una izquierda que, aunque con algunos aciertos, fue también incapaz de articular una respuesta política global a las cada vez más profundas reivindicaciones del movimiento social.

En ese mismo mes de marzo, tres años después, las fuerzas armadas argentinas, siempre acechantes, pusieron fin a la tortuosa experiencia popular. Para ello, esta vez, más que nunca, tuvieron que emplear brutalmente sus armas contra aquellos que aparecían como los causantes del desborde popular. Incapaces de tolerar los riesgos de la democracia, con un permanente recelo respecto de los partidos políticos y con un odio visceral contra la izquierda, los militares argentinos, estigmatizando el pasado reciente y haciéndolo aparecer como la consecuencia de la inescrupulosidad y el desvío, iniciaron la más salvaje cruzada para restablecer aquellos viejos valores de los que son tan fieles y severos custodios.

Si el cansancio y el temor golpearon alguna vez el coraje civil de los argentinos, las reservas mismas de nuestra sociedad civil a su vez añoran para rescatar un espacio democrático, que deberá ser profundizado hasta sus últimas consecuencias como condición indispensable para evitar nuevos años oscuros en la suerte política de nuestra patria. Y profundizar significa gestar nuevos instrumentos capaces de organizar una sociedad profundamente pluralista y democrática. Estoy hablando del socialismo, esa voluntad de tender hacia la superación real de los antagonismos de clase, esa tensión moral e ideológica hacia la libertad e igualdad.

Desde el exilio deberíamos aprovechar para pensar nuevamente, o tal vez por primera vez, problemas fácilmente olvidados mientras duró la euforia del efímero triunfo popular. Instalados en un mundo cuya profunda crisis sacude no solamente al sistema capitalista, resulta cada vez más ineludible pensar en las formas constitutivas de un nuevo sujeto político, soporte y garantía de esa sociedad socialista a la que acabamos de aludir. En épocas de crisis es fácil caer en el desconcierto, pero también en ellas se gestaron los pensamientos más lúcidos y las acciones más profundas.

Marzo es un mes emblemático, decíamos, porque en ese mes, con tres años de diferencia, el movimiento popular mostró con crudeza sus potencialidades y sus límites y por la otra los enemigos de la patria sacaron a relucir hasta donde son capaces de llegar en la defensa de sus privilegios. Y tal vez sea un mes de marzo cuando los argentinos festejemos la liberación de nuestra patria.

Jorge Tula

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de
importe de mi suscripción a Controversia por seis números - doce números, a partir del número
Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.
Suscripción México por seis-doce números \$ 200 o \$ 400
Suscripción Europa por seis-doce números US\$ 20 o US\$ 40
Suscripción Sudamérica por seis-doce números US\$ 16 o US\$ 32
Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30
Nombre
Dirección

Dirigir toda la correspondencia a : Jorge Tula, Apdo. postal 20-619, México 20, D.F.

POLEMICA

Recordar, discutir, unificar

Rodolfo Saltalamachia

Creo que hay pocas cosas que hoy nos preocupen tanto como la necesidad de analizar nuestro pasado inmediato. Esto no es sólo el efecto de un duelo no elaborado. Ocurre que, casi todos, precisamos saber qué pasó porque queremos volver a actuar. Es esa situación común lo que crea condiciones favorables para una controversia. Pero esas condiciones no serán suficientes si al mismo tiempo no abandonamos los actuales sectarismos; abandono que no supone relegar ni ocultar los desacuerdos sino situarlos en un terreno de elaboración conjunta; cosa tanto más necesaria y posible cuando el exilio nos aleja de la lucha inmediata y cuando estamos buscando los caminos que nos permitan volver a empezar.

Sobre este último punto debemos estar de acuerdo. Todos nosotros quisiéramos tener las ideas claras y estar en la Argentina para poder concretarlas; en ese caso, las características de nuestra interacción serían diferentes. Pero no es el caso. Sin duda tenemos tareas precisas e irrenunciables como la solidaridad para con los compañeros presos o el apoyo a los que hoy están peleando desde las organizaciones populares. Pero estamos lejos de haber elaborado un proyecto político o de acordar sobre las formas de ir concretándolo. Por ello, debemos aprovechar este tiempo de inactividad obligada discutiendo sin retaceos ni sectarismo, pero también generando un espíritu de investigación que permita evitar la especulación. De otra forma la polémica será inútil e irresoluble. Discutiendo e investigando con audacia podrán establecerse las bases de una voluntad común; al menos en el exilio, es tarea que no podemos ni debemos despreñar. Es llevado por esa convicción que escribo estas líneas.

Historia nuestra

Aprecio los trabajos publicados por Caletti en *Controversia* tanto por sus preocupaciones teóricas como por el deseo de reconstruir las huellas esenciales de nuestra experiencia. Dudo, sin embargo, de que el camino elegido haya sido el acertado.

Caletti se propone un objetivo sin duda interesante: detectar la matriz ideológica que orientara al accionar de la izquierda. Esa matriz se organiza según los términos del discurso leninista acerca del estado y el papel de la vanguardia. La aceptación crítica de ese discurso se explica por el cosmopolitismo irredento de los intelectuales latinoamericanos: salvo contadísimas excepciones, afirma Caletti, la intelectualidad latinoamericana "no recibió al marxismo como un sistema de herramientas teóricas a ser sometidas al intercambio con la realidad". Esa ausencia de investigación empírica sobre la realidad circundante la condenó a vivir una historia enajenada. En lugar de investigaciones concretas sobre realidades concretas se aplicaron esquemas y se discurrieron argumentos que habían nacido en Europa y que distaban de ser aplicables a la propia realidad.

Acuerdo totalmente con esas afirmaciones de Caletti. Pero confieso que me es difícil evitar la tentación de aplicarla a su propia interpretación sobre la historia de nuestra izquierda. Sus críticas al leninismo, por citar un ejemplo, reproducen punto por punto las líneas de un debate que nació en Europa y que hoy se extiende por todo el marxismo. No es incorrecto ni inútil reproducirlo. Pero es totalmente falso pensar que con sus contenidos pueda agotarse una caracterización de la izquierda argentina y mucho menos acertar con la explicación de sus causas. ¿A qué se deben esos errores e inconsecuencias en el artículo citado?

No creo que ellos puedan ser atribuidos a falta de capacidad intelectual del autor ni a motivos ideológicos-políticos espúeos. Pienso que es el producto necesario de un camino equivo-

cado. Habíamos acordado en una cosa: sin investigación concreta el discurso no puede eludir la importancia acrítica de experiencias ajenas. No podemos pues ensayar una síntesis que descubra las razones del accionar de toda la izquierda sin haberla estudiado; y ese estudio está por hacerse. Es esa ausencia y sus consecuencias sobre la discusión que hemos emprendido lo que me impulsa a proponer que todos encaremos la investigación como tarea inmediata. Lo cual implica, al mismo tiempo, que nos pongamos de acuerdo sobre qué analizar y cómo hacerlo.

¿Qué estudiar?

Sobre los criterios acerca de lo que importa estudiar también difiero con Caletti. No creo que nuestras preocupaciones deban centrarse exclusivamente sobre el discurso de las "vanguardias". Por una parte, porque creo que ese discurso no siempre fue seguido en forma consecuente en la práctica de esas organizaciones. Y, fundamentalmente, porque creo que al tomarlo como objeto privilegiado se corre el riesgo de repetir el esquema mental con el que Caletti se manifiesta, con razón, en desacuerdo.

¿Qué es, en efecto, lo que, según el mismo Caletti, caracteriza el pensamiento foquista? Si nos bastan pocas palabras podríamos afirmar que el foquismo se caracteriza por la idea de que la transformación social es el producto de inteligencias aptas e instrumentalmente adecuadas. En esa concepción, la participación de las masas es un dato de segundo grado, efecto a ser producido por la actuación de las vanguardias. Y me pregunto: ¿no es aceptar en los hechos dicha propuesta lo que nos lleva a reducir el análisis de la izquierda a un análisis del "discurso" de ciertas fuerzas políticas? ¿No actuaríamos, en ese caso, como si pensáramos que dicho discurso es un fenómeno que puede explicar lo que pasó pero que no admite ser explicado por los determinantes de la sociedad en la que se produjo? Aceptemos por un momento algo discutible: que el ¿Qué hacer? está en el origen de todas las prácticas de la izquierda. ¿Qué es lo que permitió que este libro tuviese aquel arraigo e influencia? ¿La presencia del partido comunista? Lo dudo. ¿El cosmopolitismo de los intelectuales? No veo porque ese cosmopolitismo pueda explicar, por sí solo, que fuera Lenin y no Gramsci el influente. Y además nos equivocáramos si pensáramos que la concepción "tecnocrática" de la política es propiedad exclusiva del ¿Qué hacer? En verdad, transita varios de los recintos tanto de la izquierda como de la derecha. ¿No nos obliga esto a procurar encontrar otras fuentes que puedan explicar al desarrollo del foquismo y las formas particulares que adquirió en la Argentina?

Pero paremos aquí. No es mi intención ni el agotar todas las preguntas ni el intentar ponderarlas. Lo que ahora me preocupa es discutir y proponer la idea de la urgencia de investigaciones detalladas, y la convicción de que es necesario encarar un objeto teórico más amplio.

El foquismo no es lo único que caracterizó nuestra historia, ni el golpe militar podría ser explicado principalmente por su presencia. Debemos dedicarnos a comprender nuestros movimientos de masas y, ya que de la izquierda se trata, no descuidar las peculiaridades de nuestra pequeña burguesía, de las causas y consecuencias de sus transformaciones ideológico-políticas.

Cómo estudiar

Hay una cosa clara: concebir así nuestro objeto de análisis plantea dificultades nada pequeñas. La historia de las organizaciones políticas puede, dentro de ciertos límites, ser recons-

truida mediante un rastreo de periódicos o el uso de algún archivo que pueda haberse salvado de la represión sistemática. Otra cosa es estudiar el origen y la evolución de los distintos movimientos de masas o los cambios ideológico-políticos que fueron ocurriendo en uno u otro sector social. Los rastros de esas historias no se encuentran en las bibliotecas y son insuficientes los documentos rescatados en algún archivo heroico. Es por ello que la investigación, si quiere ser fructífera, debe transformarse en una tarea colectiva. Y en ella llevamos ventaja porque no somos sólo analistas en potencia sino participantes que pueden colaborar en este trabajo narrando el testimonio de la propia experiencia.

Es por la narración de estos testimonios por donde debemos comenzar. Porque, bien vistas las cosas, es indispensable captar los cambios ocurridos en el nivel molecular en que se fueron gestando. Es partiendo de ese nivel que los "grandes hombres" o "las vanguardias iluminadas" ocupan su lugar. Es allí donde la historia social cobra toda su importancia. Pero es necesario reconocer entonces que la investigación se diversifica. Será importante captar la influencia de la revolución cubana, pero no lo será menos el tener en cuenta los efectos de la "traición" de Frondizi. Será indispensable recordar las experiencias guerrilleras, pero será igualmente importante analizar la "peronización" de la pequeña burguesía, la dispersión de cientos de militantes en barrios y fábricas, la popularización de una literatura de denuncia o el surgimiento del "arte para el pueblo". Será importante Lenin, pero también Cooke. Los movimientos universitarios y las transformaciones ocurridas en la iglesia católica. Los Uturuncos y la CGTA.

Son una multiplicidad de estímulos y de experiencias los que fueron dando cuenta de los rasgos típicos de nuestra izquierda. Ignorarlos implica errar en la descripción del proceso; y algo aún más grave: nos somete a una autocritica en la que los errores aniquilan la percepción de los indudables aciertos y de los condicionantes sociales que circunscribieron los límites de nuestra voluntad e inteligencia. Debemos, entonces, combinar la polémica con la investigación. Pero para que ello sea posible, debemos tomar conciencia de responsabilidades nada pequeñas.

Memorial del exilio

Si compartimos la idea de que el balance debe ser colectivo y que debe abarcar todas nuestras experiencias, el primer paso está dado. Pero ello no supone haber superado todas las dificultades; estaremos sólo en el comienzo. Rápidamente aparecerán las desconfianzas (¿para quién será esto?) o el miedo a una represión demasiado conocida. Resolver estas trabas supondrá un pensamiento flexible y la participación de todos. Y aun entonces aparecerán otros problemas. Porque, por ejemplo, la mayor parte de los militantes no son escritores y no siempre podrán, o se animarán, a narrarnos sus experiencias en la revista. ¿Qué hacer frente a todo esto? Quizá pueda alentarnos el saber que los militantes brasileños enfrentaron la misma tarea y tuvieron éxito. Parte de ese esfuerzo se plasmó en un libro titulado *Memorias del exilio*. Dicho libro nos puede servir de guía metodológica. Las dificultades para escribir, por ejemplo, fueron superadas mediante la instrumentación de un cuestionario.

Creo que un proyecto semejante puede contribuir en mucho al logro de los objetivos de *Controversia*. Por una parte, porque podremos abandonar el carácter especulativo de nuestras discusiones, y a la par, reconstruiremos una historia que de otra forma iría perdiéndose. Y, por otra, porque permitirá la superación de un riesgo difícilmente evitable: que *Controversia* sea escrita y leída sólo por aquellos que tienen el oficio de la palabra escrita. Si este riesgo no puede ser evitado, la revista no podrá cumplir su destino de ser un vehículo para la reflexión de todos aquellos que tuvieron una experiencia militante.

México, enero 5 de 1980

Sobre el auge y la decadencia de Montoneros

Guillermo Greco

La muerte del Che en Bolivia es considerada por muchos como el punto a partir del cual el ensayo guerrillero se quedó dramáticamente sin futuro. Sin embargo, en Argentina, la guerrilla no sólo no terminó en el 67 sino que más bien se podría decir que allí recién comenzó. Reformulando el foquismo rural en función de las muy peculiares condiciones urbanas de nuestro país, la insurgencia armada, y muy especialmente Montoneros, alcanzó una dimensión política de tal magnitud como nunca antes la había tenido una organización de izquierda a lo largo de toda la historia nacional. En efecto, la guerrilla que se desarrolló con posterioridad a la fecha mencionada no se redujo a algunos centenares de jóvenes voluntarios que vagaban por el campo autodenominándose columna móvil estratégica. Todo lo contrario. Su presencia en el escenario político nacional alcanzó una gravitación decisiva. Montoneros, en particular, llegó a ser una fuerza que contó con las simpatías de importantes sectores del movimiento popular, tuvo un papel protagónico fundamental en la campaña electoral que culminó con el triunfo del FREJULI el 11 de marzo de 1973 e influyó en distintas áreas del incipiente gobierno popular.

Son precisamente estas características las que le dan más realce a la necesidad de efectuar un análisis crítico de esta experiencia guerrillera. Hay preguntas en relación a la misma que se presentan por derecho propio: ¿Por qué en los primeros meses de 1973 Montoneros llegó a convertirse en la fuerza principal dentro del vasto arco constituido por el conjunto de las fuerzas antdictatoriales, incluso por encima del movimiento sindical y del Partido Justicialista? ¿Por qué Montoneros no pudo evitar el proceso de creciente declinación que, iniciado el 20 de Junio de 1973 con la masacre de Ezeiza, culminó en un naufragio dramático? ¿Por qué esa organización que prometía convertirse en un ejército popular que lucharía por banderas revolucionarias terminó siendo una vulgar banda guerrillera reducida a su mínima expresión y desprestigiada hasta entre aquellos que hace tan sólo algunos años estábamos totalmente identificados con su política?

Naturalmente, estos interrogantes tienen sentido dentro de una problemática que se ha dado en llamar la derrota. Sindicatos intervenidos, salarios de hambre, ausencia total hasta de los derechos más elementales, presos, desaparecidos, torturados, muertos, exilados. Desarticulación de toda expresión orgánica política y sindical de la clase trabajadora. A esto hay que agregar que las fuerzas populares no iniciaron una larga marcha ni se refugiaron en las zonas liberadas sino que fueron sangrientamente destrutturadas.

En relación a la problemática de la derrota hay que hacer algunas consideraciones.

1) Sólo se puede hablar de derrota en relación a aquellas organizaciones que contaron con la suficiente fuerza susceptible de ser derrotada. En nuestro país existieron infinidad de grupúsculos de izquierda que también fueron golpeados por la represión militar pero, indudablemente, su descalabro no tiene la misma trascendencia política que el de aquellas fuerzas que contaron con el concurso masivo del pueblo.

2) No sólo la guerrilla fue duramente golpeada. La dictadura militar desalojó del gobierno al Movimiento Peronista sin que éste pudiera ensayar la más mínima defensa, desarticuló al conjunto del movimiento sindical y redujo a la impotencia a la totalidad de los partidos políticos. A cada uno de estos diversos actores políticos les tocará explicar el por qué de sus fracasos si es que esto es para ellos motivo de preocupación.

3) Hay quienes dan cuenta del golpe de estado de marzo de 1976 y de la consiguiente represión en función del accionar de la guerrilla. Y con mayor o menor descaro no sólo lo explican sino que también lo justifican aclarando que cuando desaparezca "el terrorismo" imperará en la Argentina la más cristalina de las democra-

cias. Sin entrar en demasiadas consideraciones sobre el tema, ya que no es el centro de estas notas, me limitaré a decir lo siguiente. El principal obstáculo para que en nuestro país tengan vigencia las instituciones democráticas está constituido por las fuerzas armadas, la oligarquía terrateniente y el capital monopolístico. Desde 1955 los golpes de estado fueron llevados a cabo por estos sectores. Desde entonces las proscripciones políticas y la represión tuvieron siempre el mismo destinatario: la clase trabajadora peronista y secundariamente otros sectores políticos. La guerrilla, esta vez, le ha permitido a la dictadura militar elaborar un discurso ideológico justificatorio de la represión pero, si la guerrilla no hubiera existido, el golpe se hubiera dado igual y el discurso justificatorio sería otro pero igual hubiera habido alguno. Así fue desde 1955 hasta 1973. De todos modos, el darle a las fuerzas armadas motivos justificatorios de su accionar represivo contra la clase trabajadora no deja de ser una responsabilidad política sumamente grave.

4) Hay una cierta explicación del descalabro guerrillero que remite a la existencia de una matriz ideológica, común a todos los sectores de la izquierda argentina, que determinaría una óptica muy particular desde la cual se observa a la sociedad, al estado y a la política. Desde allí habría ciertos fenómenos que entrarían en el campo de visión y otros ante los cuales se padecería de total ceguera, pasando por un intermedio de sombreados. Además, aquellos que sí se ven, se presentarían de determinada forma y color según el cristal (la ideología) con que se mira. Para decirlo de otro modo. Dentro de cierto discurso ideológico habría problemas que necesariamente se resolverían de un modo y no de otro, así como ciertas preguntas se quedarían obligadamente sin respuestas. Más aún, habría cuestiones que necesariamente no serían problematizadas. Sin lugar a dudas todo esto es muy cierto. Pero cuál sería la utilidad que tendría la demostración de la tesis mencionada para dar cuenta del descalabro de los Montoneros, de las demás fuerzas guerrilleras y de otras organizaciones de izquierda no armadas. Es muy posible que se pueda demostrar que en todos estos sectores políticos subyace una matriz ideológica común pero también es muy cierto que entre ellos existe una diferenciación política que ha hecho que algunos no hayan pasado de constituir un grupúsculo reducido mientras que Montoneros alcanzó una gravitación fundamental.

Y todos con la misma matriz ideológica! (Se supone) Más aún, Montoneros pasó, de ocupar un lugar de muchísimo prestigio y poder a otro de total deterioro y esto, no sólo con prácticamente los mismos hombres en la conducción nacional, sino también. . . ¡con la misma matriz ideológica! Entonces ¿qué pasó? Me parece que para dar cuenta de este interrogante la referencia a las ideologías es necesaria mas no suficiente. En todo caso, más que la matriz, habría que analizar las formas ideológicas específicas de estas fuerzas políticas y averiguar por qué, en ciertos momentos históricos, algunas de estas formas ideológicas específicas son asumidas como propias por vastos sectores de la sociedad mientras que otras son rechazadas. Y esto último es fundamental porque allí se podrá ver cuándo un discurso ideológico se transforma en fuerza política arrolladora y cuándo no pasa de ser mera palabrería. Además se hace necesario considerar las políticas diferenciadas de las diversas organizaciones y el modo como inciden en la sociedad argentina en cada momento particular.

El auge

La tesis que voy a desarrollar se orienta en el sentido expuesto más arriba. No analizaré el discurso ideológico montonero, me limitaré a mostrar que el auge primero y la decadencia después, tanto de la organización político militar como de las agrupaciones que giraban a su alrededor,

se debió a la muy específica articulación que se produjo entre ese discurso y las diversas políticas que implicaba con las muy particulares condiciones imperantes en la sociedad argentina en el período previo y en el posterior, respectivamente, a marzo de 1973.

Considerando que sólo se cae lo que está arriba, el análisis de la derrota supone un movimiento reflexivo previo que dé cuenta del por qué Montoneros llegó a ser, en los primeros meses de 1973, la vanguardia del movimiento antidictatorial. Y bien, ¿Qué ocurría en la Argentina en la segunda mitad de los años sesentas? Uno de los elementos fundamentales para caracterizar la coyuntura de ese entonces estaba dado por la ausencia total de canales legales que permitieran la expresión política de las mayorías populares. El estado se asentaba sobre el conjunto de la sociedad en base a la coersión y la exclusión política. Desde 1955 el peronismo venía siendo proscripto sistemáticamente pero a partir del golpe que llevó a la presidencia al Gral. Onganía, en junio de 1966, el conjunto de los partidos políticos fue asimilado a idéntica situación. La mismísima Universidad, isla democrática que vivía al margen del país real, fue violentamente igualada al resto de la sociedad aquella noche de los bastones largos. En suma, Onganía extendió un certificado de defunción al régimen de los partidos políticos y a la posibilidad de canalizar los conflictos sociales por medios institucionales que contaran con consenso generalizado. La vía pacífica y electoral quedaba cancelada.

Para el peronismo esta situación tuvo un significado muy particular. Sus reivindicaciones máximas, el retorno de Perón y la restitución del gobierno al Justicialismo, aparecían inalcanzables. Se habían ensayado todas las tácticas y todos los métodos de lucha y ninguno había dado resultados positivos. El peronismo seguía proscripto. En ese entonces a nadie se le ocurría pensar que Perón volvería a acceder a la presidencia de la nación por vías electorales. La posibilidad insurreccional, durante bastante tiempo, estuvo en la mente de muchos dirigentes peronistas que estaban muy lejos de poder ser calificados de subversivos o infiltrados.

La convocatoria a elecciones, anunciada por el Gral. Lanusse en 1971, fue recibida por amplios sectores de la sociedad con marcado escepticismo. Las cláusulas proscripivas establecidas por el gobierno más la exigencia de avalar "el gran acuerdo nacional" reducían aún más la credibilidad en eventuales elecciones democráticas. De todos modos, cuando este proceso comienza a aclararse, ya avanzado 1972, la guerrilla peronista tenía algunos años de venir operando.

Correlativamente a lo señalado más arriba, desde 1968 comenzó a desarrollarse en nuestro país un vasto movimiento popular que cuestionaba las bases en que estaba fundado el régimen militar. En la medida en que el estado no podía cumplir con sus funciones de árbitro y mediador en los conflictos sociales por medio de instituciones cimentadas en el consenso y la legitimidad no tenía más recurso que el acudir a la coersión. El conjunto de la sociedad civil, con la activa participación de sectores de la burguesía, aunque muy especialmente de la clase obrera y estudiantes, comenzó a expresar su protesta por fuera de los canales institucionales que pretendía imponer el gobierno militar. Los métodos violentos en movilizaciones de masas estaban a la orden del día y el Cordobazo es el ejemplo más elocuente de ello.

La ausencia total de un escenario político legal en el que se pudieran desplegar las distintas fuerzas hacía que, más allá de las elaboraciones teóricas sobre los aparatos represivos del estado, las fuerzas armadas se mostraran ante la sociedad en su verdadera naturaleza, en forma totalmente descarnada: garantes de un régimen de dominación profundamente antipopular.

Otro elemento sumamente importante a considerar es la íntima articulación que existía entre la clase trabajadora, el peronismo y el movimiento sindical. Este, durante el gobierno de Frondizi, recuperó la legalidad perdida en 1955 y de allí en más se convirtió en la expresión política orgánica casi exclusiva de la clase trabajadora peronista. El sindicalismo siempre mantuvo con el estado una muy peculiar relación de subordinación ya que para ejercer sus funciones tenía que contar con el reconocimiento del mismo. El estado, además, se arrogaba, y el sindicalismo nunca tuvo más remedio que aceptar, funciones de control sobre los recursos económicos y sobre los procesos administrativos y electora-

les internos. También el papel de árbitro y mediador en los conflictos laborales. Esto llevó a la dirigencia sindical a ensayar distintas relaciones con el estado de modo que éste respondiera favorablemente a sus reclamos. Así surgió el integracionismo, el participacionismo y el vandomismo. Este fue uno de los factores que contribuyó a la constitución de una dirigencia sindical burocrática y conciliacionista que fue progresivamente cuestionada en su representatividad, siendo las expresiones más relevantes de este proceso la CGT de los Argentinos y, por fuera del peronismo, lo que llegó a conocerse como clasismo. Pero, aun cuando los niveles de combatividad y de democracia de este nuevo sindicalismo fueron muy altos, nunca llegó a convertirse en una alternativa efectiva a lo que se conocía como la burocracia sindical. Además, este sindicalismo tampoco pudo superar los límites impuestos por el estado. Por más que se elaboró un discurso tendiente a restar importancia a la personería gremial, a la posesión de edificios y de fondos bancarios, de todos modos este sindicalismo revolucionario fue incapaz de gestar una opción de poder que se enfrentara a la dictadura con posibilidades de éxito.

Si bien en casi toda Latinoamérica la guerrilla se constituyó en oposición a los PC, en lo que respecta a Montoneros el interlocutor a quien se cuestionaba su política reformista o legalista no estaba identificado con ese partido sino con el movimiento sindical peronista. A diferencia de éste Montoneros no se ofrecía como interlocutor del estado sino como su cuestionador. El extrañamiento original en relación al sindicalismo es tal vez uno de los motivos que pudieran permitir explicar las tremendas dificultades, finalmente irresueltas, que tuvo Montoneros para arraigarse en la clase trabajadora.

Otro elemento decisivo que contribuyó al auge de Montoneros fue ese fenómeno que se conocía como la radicalización y peronización de los sectores medios, fundamentalmente la juventud. Estudiantes, profesionales, artistas e intelectuales que a lo largo de la historia del peronismo habían adoptado posiciones gorilas, en sus distintas variantes de izquierda y de derecha, a partir de 1966 inician un proceso de acercamiento al justicialismo. La superación de ese desencuentro trágico produjo, por primera vez en nuestro país, la constitución de un bloque formado por la clase trabajadora y estos sectores medios recién llegados al movimiento popular con posiciones sumamente radicalizadas. Este nuevo y joven peronismo fue la base social de Montoneros.

Para 1971 era evidente, y esto era reconocido hasta por el mismo gobierno, que las fuerzas armadas se encontraban enfrentadas al conjunto de la sociedad. Desde el peronismo estaba claro que el enfrentamiento debía darse fundamentalmente con aquellas, ya no se podía tener expectativas en golpes nacionalistas; el futuro electoral era sumamente incierto, el reformismo y el legalismo habían mostrado sus límites. La violencia antdictatorial se desarrollaba en un contexto político que le otorgaba legitimidad ya que quedaba planteada como el único camino posible. Montoneros tuvo la suficiente sensibilidad política como para ubicar a la guerrilla en continuidad histórica con las luchas del peronismo y, como si eso fuera poco, al asumir un lugar dentro del dispositivo que venía desplegando el Gral. Perón en el enfrentamiento con el gobierno, recibió la bendición de aquél bajo el nombre de formaciones especiales. Me importa acentuar un hecho: el proceso electoral que se avecinaba iba a encontrar a la guerrilla peronista con una cuota apreciable de legitimidad y consenso en amplios sectores del movimiento popular, además de contar con el reconocimiento explícito del Líder.

Ya es un lugar común decir que Montoneros fueron y son foquistas como también el ubicar en el foquismo una de las causas del posterior descalabro. Pero, ¿por qué el foquismo prendió con tanta fuerza en la juventud combatiente de aquella época? ¿Por qué miles y miles creíamos en el foquismo? ¿Acaso carecíamos de imaginación e inteligencia para diseñar un proyecto revolucionario original? ¿Padeíamos de una hereditaria tendencia a la imitación? No me siento en condiciones de responder a estos interrogantes en forma definitiva pero me parece que un intento se podría hacer pensando que el foquismo, el modo como se veía a sí misma la Revolución Cubana en la década de los sesenta, se nos ofrecía como la solución a los problemas que padecíamos. ¿Acaso los cubanos, por medio de la guerrilla, no habían derrotado a una dictadura

que se apoyaba en la fuerza de las armas? Claro, desde donde estamos parados ahora nos es muy fácil decir que entre la Cuba prerrevolucionaria y la Argentina de ese entonces existían diferencias siderales ante las cuales fuimos totalmente ciegos. Pero no olvidemos que en ese entonces, desde Cuba, se había generado una mística de la revolución continental que transformaría en sentido socialista a una Latinoamérica que se pensaba más o menos homogénea. Entonces, si los problemas eran los mismos, si el enemigo era el mismo, si la solución se imaginaba igual ¿por qué no usar el mismo método de lucha y las mismas formas organizativas?

Además es obligado reconocer que el foquismo montonero fue bastante *sui generis*. En un principio era totalmente ajeno a la problemática marxista de construcción de la vanguardia y de constitución de la conciencia de clase ya que se autodefinía como brazo armado del Movimiento Peronista. De todos modos, para 1973, ya estaba totalmente imbuido de este tipo de conceptualizaciones si bien no hacía incapié en la superación ideológica del peronismo sino en la construcción de alternativas metodológicas y organizativas. Otro rasgo distintivo es que el foquismo montonero nunca fue rural y siempre estuvo nacionalizado, peronizado y además, en su momento, tuvo la suficiente flexibilidad política como para cambiar las operaciones militares por la lucha electoral. Es cierto que Montoneros llegó a la campaña electoral tarde y con vacilaciones, también lo es el que la consideraban una opción táctica, un paréntesis no deseado e imprevisto que interrumpía la guerra popular prolongada. Allí también, tal vez, puedan encontrarse otras de las causas del posterior descalabro, pero también es necesario reconocer que cuando arribaron a la campaña electoral desplegaron allí toda su creatividad política.

¿Cómo explicar entonces el auge Montonero de aquel entonces? La fórmula que posibilitó aquel fenómeno, gracias y a pesar del foquismo que lo atravesaba, consistió en una historia de lucha guerrillera antdictatorial legitimada hasta por el mismo Gral. Perón, dentro de los marcos del enfrentamiento del conjunto de la sociedad contra las fuerzas armadas gobernantes, más la irrupción, dentro del proceso electoral, con todo ímpetu, cuando los conflictos se canalizaron por esa vía.

La decadencia

A partir del 25 de mayo de 1973 ocurrieron muchas cosas. Mencionaré tan solo dos que son las que considero más relevantes para dar cuenta del progresivo descalabro que afectó a Montoneros.

Lo primero que hay que señalar es que el gobierno peronista que asumió en esa fecha inauguró un nuevo régimen político que se caracterizó, fundamentalmente, por la irrupción dentro del estado de las organizaciones corporativas y los partidos políticos. El Pacto Social, desde esta perspectiva, no fue solamente un plan económico sino también, y principalmente, el articulador de las fuerzas políticas en que se apoyaba el nuevo gobierno y la forma particular que adquirió el incipiente régimen político para el período 1973-1975.

Tanto el gobierno como el régimen contaban con una legitimidad incuestionable. Montoneros reconocía que, más allá de cómo se hubiera canalizado el voto por medio de los distintos partidos políticos, más del 80 % de los argentinos había votado contra la dictadura militar y a favor de la nueva institucionalidad política, aun cuando muchos se definían como opositores al gobierno peronista.

Más allá del nivel de adhesión o crítica a las distintas políticas oficiales y aun reconociendo la validez de ciertas políticas opositoras (por lo menos ésta es mi opinión en relación a la ley de asociaciones profesionales y a las reformas al código penal, para dar tan sólo algunos ejemplos) la pregunta que surge automáticamente es: ¿cuáles eran, o deberían haber sido, los canales por medio de los cuales expresar el disenso? Básicamente había dos. La oposición se podría haber vehiculizado por dentro o por fuera del recién inaugurado régimen político que contaba con el consenso de la inmensa mayoría de los argentinos. Existía la posibilidad de constituir una oposición legal o, por el contrario, una extrainstitucional. Como todos sabemos Montoneros eligió el segundo camino. Los atentados que costaron la vida a Rucci y a Mor Roig, la renuncia de los diputados de JP, la declaración de guerra de se-

tiembre de 1974 y el ataque al cuartel de Formosa, para mencionar tan solo los hechos más importantes, desestabilizaban la totalidad del sistema político más allá de las organizaciones que eran afectadas directamente en cada una de estas operaciones. Por este camino la guerrilla peronista fue enajenándose progresivamente las simpatías que tan costosamente había logrado concitar. Ahora sí, el dogmatismo foquista y los demás elementos constitutivos de la ideología montonera impidieron que éstos comprendieran la diferencia sustancial que había entre apelar a la lucha armada para enfrentarse a un gobierno dictatorial aislado del conjunto de la sociedad y el hacer lo mismo con un gobierno que contaba con una legitimidad incuestionable y habiendo una institucionalidad que ofrecía canales legales para expresar el disenso.

Lo segundo que hay que hacer notar, en cuanto a las modificaciones que surgieron en nuestro país a partir de la asunción del gobierno popular, es que el conflicto social principal que anteriormente estaba instalado entre la dictadura militar y la totalidad de la sociedad, se desplazó progresivamente al interior del peronismo. Las distintas alternativas de este proceso altamente contradictorio afectaron no sólo al justicialismo sino también a la totalidad del régimen político. La renuncia del gobierno nacional que había asumido el 25 de mayo es una prueba elocuente de ello. ¿Fue esta lucha interna decisiva para el colapso Montonero? Sin lugar a dudas produjo algunas fisuras. La más importante fue la que apareció a la luz pública con el nombre de Lealtad, la cual, a pesar de presentarse dentro de los cánones de la ortodoxia, no logró debilitarlo significativamente. Prueba de ello es que el 1° de mayo de 1974 un número muy importante de concurrentes al acto efectuado en Plaza de Mayo se retiró del mismo espontáneamente manifestando con ello su rechazo al discurso de Perón. Acontecimiento único en la historia del peronismo. Sin embargo, aun considerando que el enfrentamiento con Perón le restó muchos adherentes al montonismo, así y todo, creo que la razón fundamental de su progresivo debilitamiento estuvo dada por la elección de canales extrainstitucionales para dirimirlo. Eran muchos los que estaban de acuerdo en gestar una alternativa a la burocracia sindical, pero ¿quién podía aprobar el asesinato del Secretario General de la CGT, máximo apoyo sindical de Perón, dos días después que éste ganara las elecciones con más del 60% de los votos?

Montoneros siempre sostuvo que el enfrentamiento armado era la expresión superior de lucha. A lo mejor esta afirmación tenía alguna validez durante la Revolución Argentina pero, así y todo, merece ser relativizada ya que en esa época hubo varios grupos guerrilleros y sólo alcazó mayor trascendencia aquella que se articuló con la estrategia diseñada por Perón. Pero más allá de esto, en un proceso electoral que cuenta con el concurso masivo de los trabajadores, en una huelga, en una asamblea, en un acto de masas ¿la lucha armada es el método principal? No sólo hay que contestar que no, tampoco alcanza con decir que debe ocupar un lugar subordinado, también hay que sostener que es el peor, el más perjudicial, el que impide gestar organismos de masa, el que justifica la represión.

De la historia de Montoneros se puede sacar una conclusión. La misma estrategia de guerra prolongada, el mismo método de lucha, la misma ideología en distintos momentos produjo efectos antagónicos, el éxito y el fracaso, el auge y la decadencia. ¿Por qué? Porque el contexto político sobre el cual incidían antes y después de 1973 era sustancialmente diferente. ¿Que la ideología que sustentaban les impidió apreciar el cambio que se había operado? Seguramente. ¿Que el discurso guerrero que desarrollaron después de 1973 ya existía desde los orígenes? Por supuesto. ¿Que allí está la causa fundamental del descalabro? Es cierto. Pero lo que no se puede dejar de señalar es que las cegueras que producían accidentes circunstanciales antes de 1973 se convirtieron en motivo de agonía con posterioridad a esa fecha. Montoneros terminó siendo un grupo guerrillero aislado no sólo de las distintas fuerzas políticas y sindicales sino también de la gran masa de trabajadores. Perdió la confianza hasta de aquellos que en una época nos identificábamos con su política. En la historia de nuestra patria quedará inscripto como algo que quiso ser y no pudo, como algo que está siendo lo contrario de lo que dice ser. Como la gran excusa que tiene la actual dictadura militar para justificar el terrorismo de estado.

El peronismo y las democracias

Nicolás Casullo

Recorrido los primeros pasos de lo que la dictadura planteó como la apertura política, una inmediata aclaración por parte del gobierno militar y voceros periodísticos afines, hizo referencia a la definitiva inadecuación del peronismo "conocido", para el futuro reordenamiento democrático.

El general Videla fue el encargado de abrir el juego en esta minicampaña "espontánea" a pocos días de conocerse las "Bases para la Reorganización", como si éstas no hubiesen sido claras en cuanto a su espíritu marginador de formas y contenidos ideológicos y políticos. Dijo Videla que "el Partido Peronista tal cual como es hoy, al cristalizarse como lo hemos conocido, si mantiene la tesitura de un culto a la personalidad, a la demagogia, si no es un partido responsable para vivir en democracia, sino adecua sus ideas y se agrupa en un sistema partidario democrático, no totalitario, no personalista, no tendrá cabida en el régimen democrático."

Pocos días después, el históricamente antiperonista diario *La Prensa* editorializaba las palabras de Videla, apuntando la necesidad "de ponerse de acuerdo sobre la forma de manejar el caótico movimiento". Aclaraba que "la democratización" del mismo, palabra en boca de algunos dirigentes peronistas, "no era el único vocablo tomado a préstamo a la ideología liberal". Y concluía el editorial, anotando que dicha "democratización era una ocurrencia circunstancial, antes que la categoría de un proyecto sustantivo destinado a mudar la entraña del partido dictatorial."

Anunciado formalmente el "tiempo de diálogo" por la Junta militar, el peronismo volvía a ser situado en el centro de la historia política del país, en este caso desde las propias voces pertenecientes o adictas al modelo dictatorial. Nuevamente un proyecto, aún haciendo referencia a la democracia de manera opaca y distorsionante, no podía soslayar, ni siquiera tácticamente, la presencia política que hace inteligible el problema democrático en la Argentina: el peronismo.

También el nacionalismo elitista y de corte fascista, que se nuclea en la revista *Cabildo*, bus-

có exponer sus perspectivas. *Cabildo* en realidad confronta con lo recién citado por *La Prensa*, y sintetiza otra clásica vertiente antiperonista de la dominación de clases en la Argentina.

Dice la revista: "Los tres años de cuatro gobiernos peronistas (1973-1976) objetivamente considerados, son el mejor ejemplo de democracia liberal que hubo en nuestra historia. Se iniciaron con una mayoría del 70% del electorado, excepcional aquí y en cualquier parte del mundo (y contra el aparato gubernamental). Lo demás fue impecable: división estricta entre los tres poderes, respeto incondicional a la libertad de prensa —que en su totalidad no era adicta—, acatamiento a la ley aunque hubiese sido sancionada por autoridades inconstitucionales, observancia estricta a la Constitución, primera experiencia de 'pluralismo' en las Comisiones del Congreso con todos los sectores de la oposición y la designación en altos cargos de ciudadanos no enrolados en el partido gobernante, un cabo de policía convertido en primer ministro conforme al ideal del democratismo yanqui: todo muy correcto, institucionalmente correcto, todo en orden, con el liberalismo a ginton, pero el país al borde de la ruina."

Sumándose a esta escalada preventiva contra la presencia del peronismo en el controlado juego político que inauguran las FF.AA., un comentario de *La Nación* bajo el sugestivo título de "Entre la petrificación y el cambio", exponía no sin inteligencia una lectura más elaborada de la actual lógica de estado. El análisis parte de los profundos cambios que vive el país, y cuestiona la idea de "mantener una doctrina" (peronista), a esta altura inadecuada. Observa la necesidad que tiene el peronismo de "fijar una estrategia" hasta hoy ausente, como "redefinición de un tipo de relación con el contexto", y que supere lo que el articulista llama "el juego pendular", "la ambigüedad que caracterizó a las formulaciones políticas", al autoritarismo que "le quitó al obrero la posibilidad de discutir (frente) a la burocracia sindical (y convirtió) a la actividad gremial (sólo) en un elemento de presión".

La nota puntualiza, además, que "Perón ha

muerto. El peronismo [...] tampoco tiene entre sus filas una personalidad como la de su fundador... El peronismo no puede perdurar como resultado de un acto mágico. Las reglas de juego actuales son, juicio de valor aparte, lo suficientemente claras como para intentar desoirlas."

Como confirmación de que la "apertura" tiene en el peronismo al probable factor desarticulador, también el Comandante en jefe, Leopoldo Galtieri, recordó —para los olvidados— el objetivo trascendente de marzo de 1976: "El peronismo en su forma y estructura conocida, no tendrá cabida en el proceso. Como todos, deberá adecuarse a las amplias reglas de juego establecidas en las bases políticas. Hemos luchado por eso (las curvas son mías) y de ahora empezamos a construir la nueva república y un nuevo ciclo histórico para la nación."

La dictadura que busca heredarse

Al mismo tiempo que resistía los embates de distintas fracciones capitalistas, el estado militarizado fue profundizando su intervención en una de las funciones esenciales que le exige el sistema en crisis: reordenar el conjunto económico a partir de un diseño acumulativo hegemónico. Diseño que distancie de la disputa —pero al mismo tiempo dispusiese cómo articular progresivamente— los intereses propietarios secundariamente más armónicos en relación a una política económica implantada. Política, esta última, que fue y sigue siendo —en lo estratégico del proyecto de estado— el momento de dominación compleja.

Lo que ambiciona hoy el estado, es legitimar su modelo en el entramado de la esfera política explícita. Desplegarse ya no sólo como reductor de las contradicciones dominantes, sino ahora proyectando su articulación con las —indispuestas o complacientes— conducciones orgánicas de las clases y sectores de clases subalternas. Objetivo que no significa que recién ahora, al anunciar su "tiempo político", el estado dictatorial ejerza la constancial función de legitimarse. Y esto es importante de apreciar en cuanto a la lectura del país actual: la lógica militar publicita "sus etapas" y al hacerlo, las divorcia. Pero cierta izquierda, erróneamente, también hace algo parecido en su interpretación de que la Argentina 1976-1980 se escindió, maniqueístamente, en una "dimensión económica" de operatividad dictatorial, y en una "dimensión política nacional" no conmovida, no tocada, y por lo tanto dimensión que —como "momento" enajenado del resto— contendría, sin más, el futuro "fracaso" de la Junta, apenas la dejen "ponerse en marcha".

Resultado necesario comprender que la presencia del estado militarizado se desplegó también, como política, en las relaciones de producción y división social del trabajo, en tanto condensación de un poder excepcional que en lo social, en lo ideológico, en lo político, tradujo siempre su intención trastrocadora como implícito camino de legitimación. Y mucho más, cuando sus recursos y autoritarismos no pretenden un simple reajuste en el dominio del capital más concentrado, sino que la ambición es reformular la relación estado-sociedad en la Argentina.

Desde esta perspectiva, la particular meta de consolidación que intenta ahora la dictadura, no es la de implantar la democracia burguesa en su forma plena (segura disolvente del modelo), sino la de heredarse a través de lo que piensa como necesarios "partidos del poder". Es aquí cuando las históricas políticas nacionales, y fundamentalmente el peronismo, obligan al estado a asumir el dilema en el marco de las fuerzas políticas y de las correlaciones de fuerzas sociales. Es decir, lo enfrentan al tema de la democracia, no ya en el mundo de textos y decretos, sino como conflicto concreto (nacional), definitivamente político.

Crítica al peronismo

Para los peronistas que de diversas formas estuvimos situados en la llamada *Tendencia*, y por lo tanto provenimos de un particular proceso de derrota (en el marco del fracaso del proyecto popular protagonizado por el movimiento) resulta importante analizar qué le pide el sistema de dominio al peronismo, en la actualidad. En esta encrucijada donde, desde distintos espacios y expectativas político-ideológicas (entre ellos, el espacio de nuestra experiencia y reflexión) se piensa en una necesaria reformulación del peronismo, desde diferentes intereses y lecturas de

la crisis que expuso el movimiento en el escenario nacional, sobre todo en el período 1973-1976.

En determinadas circunstancias como la presente, donde todavía gravita más la imprescindible contabilización de errores que la certeza de propuestas, resulta pertinente radiografiar el discurso dominante sobre el movimiento peronista para, por lo menos, distinguir ese discurso de clase que busca "la renovación", de ese otro espacio nacional de inteligibilidad donde pensamos movernos y reconstruir nuestro pensamiento político, primordialmente hoy a través de la discusión crítica.

Según el general Videla, el peronismo, 1] debe hacerse presente no ya como factor de "irresponsabilidad democrática" ni en "inadecuación al sistema político". El sistema democrático es el conjunto de reglas jurídicas que establece el estado dominante, a cuya lógica deben rendirse planteos económicos de clases y formas organizativas de participación popular. Pensar la democracia desde necesidades exteriores a las reglas, es inadaptación. 2] El peronismo debe estructurarse en un "sistema partidario democrático", sin conducciones "totalitarias", ni "personalismos" que impidan un orden de lectura desde afuera del peronismo. La organicidad de lo subalterno social no debe romper con la ideología del Orden del sistema.

Según *La Prensa*, el peronismo, 3] es un movimiento caótico e incontrolable para su propia dirigencia. El movimiento sigue siendo tendencias sociales que quedan habilitadas como articulaciones político-ideológicas de actuación, en lugar de cristalizar en "una programática" que sitúe, desde las necesidades del sistema, lo incluido y lo excluido. El peronismo necesita ser leído en un determinado espacio de la superestructura ordenadora, y con ello, el movimiento político de las clases trabajadoras. 4] El movimiento necesita una democratización interna, de corte ideológico liberal, pero no falaz. El antidemocratismo del peronismo es la "inorganicidad" de las "masas acaudilladas" que no responden al "termómetro" del modelo político. Las masas no constituyen tendencias internas, ni se sabe muy bien bajo qué juego partidario apoyan a sus dirigentes.

Según *Cabildo*, el peronismo, 5] es el protagonista agudamente conflictivo (con habilitación o sin ella) de un régimen democrático burgués liberal. En términos políticos amplios, perpetuamente deviene en eso, y por ende es inoportuna toda estrategia dominante que busque la convergencia de peronismo y democracia liberal. 6] El peronismo posee el suficiente respaldo de masas como para instaurar, como gobierno, el peligroso juego de la democracia, donde, los hasta ese momento inocuos principios "burgueses liberales", funcionan a su máxima capacidad y de manera imprevisible. Lo subalterno en la lógica del modelo dominante, "realiza" a este último.

Según *La Nación*, el peronismo, 7] persiste en una "doctrina" inconducente ante las reformulaciones profundas que vive el país desde 1976 ("doctrina"), en este caso puede hacer referencia a políticas económicas, a acuerdos interclases, a conducciones verticalistas, a ordenamientos movimentistas, a relaciones estado-sindicalistas, estado-sociedad civil, a la disparidad ideológica de una misma instancia política. 8] Carece de una estrategia, o de una estrategia unívoca que responda a un contexto de ordenamiento. Si-

gue "en la ambigüedad", en la "pendularidad", en una identidad de rechazo de difícil registro y que emerge de los espontáneos taticismos con que retoma la palabra cuando la realidad lo permite. 9] Necesita una democratización gremial que permita concluir con la burocracia como poder de "presión" política. 10] El movimiento debe adscribir su biografía en coherencia con la lógica histórica de un ordenamiento político. Dejar de ser básicamente un "hecho de masas" (que se define a partir de las respuestas o conciencias de las clases trabajadoras en el proceso de luchas de clases), para pasar a autoleerse desde una ideología política que diluya esa dimensión, en tanto para el dominio aquellas causas carecen de registro, forman parte de una configuración "mágica" desprovista de verdad.

Según el general Galtieri, el peronismo, 11] debe abandonar sus formas y estructuras conocidas que concretaron un consenso y una presencia de las mayorías. Lo político organizado debe remitirse a la racionalidad del despliegue estatal, supuesta partera de "la política" en tanto democracia, y 12] El peronismo debe hacerse astutamente consciente de que la "lucha" de las FF.AA., tuvieron como objetivo readaptar profundamente a esa realidad de masas llamada peronismo.

Peronismo y modelo de dominación

La muerte de Perón, la violencia de los antagonismos internos, el no calculado lopezrreguismo, la confundida exasperación de la izquierda, la "potencia-impotencia" de la dirigencia sindical, las contrapuestas políticas económicas, las hegemónicas tendencias desmovilizadoras, la disgregación del gobierno y su anodino derrocamiento con el pueblo como simple espectador, fueron desde 1973 a 1976 algunos datos incuestionables de la crisis —por cierto más extensa— del peronismo.

Pero hoy el peronismo, a diferencia de otras coyunturas donde sus sectores avanzados políticamente elaboraban y sistematizaban "con certeza" la índole contradictoria del movimiento —sus posibilidades y límites— sufre también el desmembramiento y el interrogante crítico de ese espacio de lucha e interpretación. Y lo que es más importante: la desarticulación profunda de esa izquierda no significa sólo su retroceso en cuanto a su incidencia sobre el conjunto, sino que se hace presente como su crisis de identidad. Particularizada. Intransferible, en sus sentidos fundamentales. Por una parte, su historia concreta desembocó como proyecto enajenado del movimiento peronista de masas. Por otra parte, su comprensión (en el más vasto significado del término) del peronismo no coincidió con el peronismo, ni en lo que hace a su capacidad liberadora puesta a prueba desde 1973 a 1976, pero tampoco —y más decisivo aún— en lo que hace hoy al inalterado peronismo de las masas, a pesar del fracaso de "ese peronismo" pensado por su izquierda.

A partir de aquí, puede existir un salto ciego: "somos peronistas". En la crítica al montonismo reducimos (obviamos) que nuestro peronismo tuvo siempre y legítimamente una inscripción crítica y un deseo claramente tendenciado con respecto a la resolución del proceso nacional. En este caso la derrota sirve para la traumática y recurrente descalificación intelectual, en el falso nombre "del peronismo": en fin, mítica y afor-

tunadamente, el peronismo es lo que, elitistamente, no pensamos.

A partir de aquí, también, cobijarnos en "la paz intelectual". La derrota nos desfiguró la cara política, pero no nuestra "lógica de izquierda". Nos dejó la bonanza de las interpretaciones cada vez más definitivas y agredidas. El marxismo nos lleva a la "adulter" de saber que con el peronismo hay que "apostar" como la mejor —sin duda— manera de llevar lo teórico a la historia de nuestra clase obrera, pero no volver a "acostarse" (creer, como en 1968-1973) en ese movimiento, parte de la historia populista de América Latina.

Pero también a partir de este presente, va surgiendo la búsqueda de una recomposición del peronismo. Una acertada preocupación por resituar el fenómeno histórico y presente del sujeto político de masas, pero como tarea en la cual predomine esa fecunda y compleja lógica político-cultural de las clases surgenidas, por encima de las honestas expectativas y "tiempos históricos" de nuestras configuraciones ideológicas atravesadas por prácticas militantes. Con respecto a este sujeto popular, definido y mayoritario, hemos analizado mucho más sus razones sociopolíticas de presencia, que su peculiaridad político-ideológico-cultural de cómo y para qué se hace presente, significando la lucha de clases. Con respecto a esto último, es muy posible que hayamos mitificado más que comprendido, proyectando sobre el peronismo los sentidos, llegado el momento distorsionadores, de nuestra particular pertenencia al mismo.

Este es el derrotero que siento más acorde con las necesidades de nuestro presente, y al mismo tiempo el más difícil de encarar. Porque desde esta perspectiva, las reformulaciones hacia las cuales debe transitar el peronismo, para superar la crisis histórica que se ponen en evidencia desde 1973, nunca pueden ser pensadas en términos de "principios", en términos formales, en términos de problemática ideológica abstracta de la densa historia concreta.

Hoy, como siempre, el peronismo nos ubica en la intrincada lucha política e ideológica, de donde podrá emerger una determinada respuesta popular contra el actual estado de cosas. Y aquí retomo el discurso de la dominación sobre el peronismo, no sólo porque no es ingenuo ni aleatorio, sino porque ese discurso nos transporta del plano de la discusión ideológica a la coyuntura de la posibilidad política, reconociendo a esta última como referencia central de nuestra reflexión.

El sistema, piensa un peronismo "en democracia" y "para la democracia". Un peronismo "adecuado" al modelo. No verticalista ni aluvional en sus alineamientos interiores. Lo piensa a partir de un "orden partidario" que evite "el caos" y la "ambigüedad", con corrientes habilitadas según lo que las voces imperantes llaman "diseño liberal". Lo piensa inigualable, aunque peligroso, actor central de la democracia burguesa. Lo concibe con una doctrina caduca frente a los nuevos tiempos inaugurados por la Junta y carente de una estrategia que surja de las coordenadas establecidas. Lo piensa desde el obrero "libre" para opinar y sin burocracias irrepresentativas. Muerto Perón, lo piensa sin "magias" indiscutibles ni poderes vicarios.

La dominación —no es nuevo— habla del peronismo desde sus intereses y objetivos de equilibrio y control. Prescribe un comportamiento



libros·discos·café·galería
gandhi
miguel angel de quevedo 128/130 tels. 548 19 90 / 550 18 84

de las clases explotadas. Administrador de la ideología que le otorga dominio hegemónico, el sistema militarizado se propone "un paso atrás" del estado, un paso atrás en su presencia represora, y redespelga ese estado —a la política como dominio de clases— en un entretrecho social mucho más conflictivo. El autoritarismo explícito, la cohesión manifiesta, pasa entonces a ser narrada como "coyuntura excepcional". El estado es el permanente narrador de "la historia" y ahora dice que se acerca el tiempo de la legislación aplicada y de "actuación" de la sociedad civil: partidos, sindicatos, universidades, medios de comunicación, políticas de carácter social, tendrán su ley. El estado fija lo legal y lo delictivo para la "democracia". Pero por detrás del discurso militar, del texto explícito que describe la irreversible necesidad de "democratización" del peronismo, subyace el discurso más contundente, fundador: el de la racionalidad histórica que expone la concepción burguesa rectora. El discurso que describe al país, que lo define, que pareciera abarcar la totalidad lógica de la política y sus formas.

Es en este plano de confrontación de concepciones, donde permanentemente se verificó uno de los conflictos centrales que le plantea el peronismo a la estabilidad superestructural del sistema en crisis. Su "naturalidad" en tanto presencia política en la lucha de clases. Las formas en que sus contenidos sociopolíticos se articularon, se cohesionaron, se expresaron, como instancias mínimas o máximas, en la disputa de los poderes del poder.

Entonces, esta confrontación se verificó siempre dándose no como disputa teórica, no como retórica de las dirigencias, no como dilema ideológico programático, sino como lucha política de masas en relación a lo estatal, a lo sindical, a la conducción política, a la democracia, a las formas organizativas. En síntesis, en relación a las mediaciones que edifican el proceso de lucha de clases.

La reorganización como concepción propia

A diferencia del período 1971-1973 en el cual la "apertura" democrática no fue asumida por nosotros desde la compleja especificidad que plantea el rol del peronismo para la democracia (sistema político) y desde la democratización (modelo de fuerza política), hoy tales dilemas se nos presentan como importantes de analizar y resolver, desde el peronismo. Gravita en esta diferencia de interés, entre otras muchas cosas, la experiencia vivida. Las agudas debilidades

mostradas por el peronismo desde el gobierno. El contexto de lucha en el plano político, no signado esta vez por el flujo popular. La ausencia de caracterizaciones que simplificaron equivocadamente el problema de la democracia en la lucha de clases.

Desde nuestra historia interpretativa del peronismo, y desde la lectura de sus déficits actuales, indudablemente consideramos que surge la necesidad de discutir criterios de reorganización. Lograr como objetivo del futuro inmediato, que cada vez más la conciencia democrática y de cambio que expresan las luchas de las clases trabajadoras puedan manifestarse, de la manera más nítida y representativa posible, en el movimiento.

Y es en este nivel donde los dilemas se tornan difíciles, porque devienen testarudamente reales, históricos, precisos. Porque la resolución pertenece a la capacidad y a los límites de la trayectoria política e ideológica de las masas.

El peronismo debe situarse y profundizar plenamente el contexto de probabilidades que plantea el modelo burgués de democracia, porque precisamente el peronismo lo ha impuesto históricamente como ninguna otra fuerza política, en su verdad. Esto es: en su conflictiva realización y en las fronteras que muestra dicho modelo. El peronismo no es un convidado de piedra que emergió "desde afuera" del sistema político, para "asaltarlo" como fortaleza ajena, o ignorarlo como forma histórica de exclusión pertenencia enemiga. La historia de las masas es la historia de la democracia y si bien la lógica del modelo responde a un orden del dominio, esa lógica se hace presente como conflicto, como disputa de intenciones de clases en lucha. No como lineal idealismo de la burguesía. La democracia burguesa es, entre otras cosas, el marco donde a nivel político e ideológico concreto, también se expresan dos racionalidades históricas (extremando la lectura) que buscan hacer avanzar sus necesidades hegemónicas: el poder como bloque dominante, el proyecto de cambio en pos de su articulación.

El peronismo precisa una profunda democratización interna que permita manifestar, en lo táctico y en lo estratégico, los intereses de las clases trabajadoras. Una larga historia da cuenta de esa modificación a lograr. Hace 20 años, Cooke hablaba de la imprescindible reorganización interna. En la última etapa del movimiento, la lucha intestina expresó, por parte de su izquierda, una equivocada lectura de reformulación, de "ruptura", basada en un principio en una latente idea de "herencia" de la conducción, luego expuesta claramente. Por parte de las dirigencias tradicionales, un definido rechazo

o incapacidad para redefinir el peronismo desde las expectativas de las masas.

No obstante, por no ser este un problema a resolver entre militantes y bajo predominio de una intención ideologista, la democratización del peronismo y el peronismo para la democracia, no pueden ser dificultades a saldar, reflexiva y políticamente, sin tomar básicamente en cuenta las formas y características que asumió el desarrollo de las relaciones de producción y de la democracia burguesa desde 1945 hasta el presente, por lo menos.

El peronismo debe desprenderse de concepciones verticalistas y de realidades burocráticas. Debe saber convivir con sus propias fuerzas internas. Debe desprenderse de tendencias corporativistas y antidemocráticas. Debe permitir el desarrollo de corrientes críticas, que habiliten a los representantes de las bases trabajadoras. Debe superar los "líderazgos" vicarios y las internegociaciones de la dirigencia, enajenadas de las masas. Debe posibilitar el avance de la conciencia obrera en sus estructuras organizativas. Concebir alternativas democráticas de base, en el contexto de la democracia institucional. Debe saber articular las nuevas formas de democracia directa con lo institucional. Gestar la estrategia de ruptura del modelo político dominante desde el protagonismo popular, protagonismo como cohesión y claridad del proyecto enfrentado al sistema. Son datos, todos estos, que remiten a la democracia en la trayectoria del peronismo, y al peronismo en la trayectoria del proceso democrático burgués en la Argentina.

Lo que no significa un peronismo "bien compuesto". Un peronismo leído desde la higiénica represión del poder. Acclimatado a la lógica de "los partidos del sistema". Lo que no significa un peronismo "responsable" de una atilada democracia, reproductora política de la explotación de la fuerza de trabajo. Lo que no significa un peronismo al que la racionalidad dominante le decida sus configuraciones político-culturales.

No coincidir, entonces, desde nuestra preocupación sobre la reorganización del peronismo, con el discurso del poder en la Argentina. Percibir el campo de una lógica política y la dominación ideológica de clase que lo orienta y define. Situarse, por lo tanto, desde las capacidades y necesidades de las masas; desde un espacio conceptual distinto. Evitar, desde un principio, las "coincidencias" de requerimientos sobre el peronismo entre el sistema democrático y el proyecto popular, porque ninguna coincidencia de perspectiva es aleatoria.

El peronismo no expresa una teoría propia de autocomprensión de su praxis, aunque algunos hayan intentado decir, desde la intelectualidad, tal cosa. Pero sí, pone de manifiesto en nuestra historia un intrincado haz de actuaciones y relaciones político-culturales, que hacen decididamente a la lucha de clases, y que aún no logramos sintetizar en su especificidad como camino nacional. Esas formas no remiten ni a lo vietnamita, ni a lo argelino ni a lo italiano. Se gestan a partir de configuraciones propias, de articulaciones ideológico-políticas cristalizadas, en plena praxis y en gestación. Es una historia de la sociedad subalterna de la dependencia, y desde esa historia debemos extraer el larvado discurso (atisbado) que subyace en el peronismo como racionalidad de cambio, por debajo de la intrincada y entrecortada biografía del peronismo actuante, que de múltiples maneras lo traduce con su lucha y resistencia. Posiblemente un poco más de teoría política e ideológica, nos permita adentrarnos más en esa lógica subyugada y silenciosa del explotado, y acercarnos entonces a una idea propia del peronismo en tanto organización política, en tanto relación con lo social en su conjunto y el estado, con respecto a sus caudillismos, a sus formas de autoconcebirse, a sus formas de encargar lo democrático hacia adentro y hacia afuera. Es decir: pensar las necesarias reformulaciones del peronismo, pero disputándole la racionalidad política democrática a la dominación. Tarea difícil, porque en el plano de la política está la contradictoria y crítica presencia del movimiento de masas en la Argentina: el peronismo.

1. Diario Clarín, 14.11.79.
2. Diario La Prensa, 30.11.79.
3. Revista Cabiludo, diciembre 1979.
4. Diario La Nación, 6.1.80.
5. Diario El Día, cable AP-AFP del 7.2.80.
6. Concepto utilizado por el teórico Nicos Poulantzas, para designar la primacía de una rama, aparato o espacio del proyecto de estado.

MESA REDONDA

Programa económico del gobierno peronista en 1973, bajo la dirección de José B. Gelbard

Participantes: Carlos Ábalo, Gustavo Lugones, Pedro Paz, Alberto Spagnolo, Jorge Todesca

Introducción

El presente dossier pretende reabrir el debate sobre la política económica seguida por los diferentes gobiernos peronistas entre el 25 de mayo de 1973 y el 19 de octubre de 1974. El período está enmarcado por la designación y la renuncia de José B. Gelbard al cargo de Ministro de Economía, en cuyo transcurso hubo en la Argentina cuatro presidentes —Héctor J. Cámpora, Raúl Lastiri, Juan Domingo Perón y María Estela (Isabel) Martínez de Perón— de similar raíz peronista, pero de diferente orientación ideológica, dentro de un mismo período presidencial interrumpido más tarde por el golpe militar de marzo de 1976.

En muchos momentos se alude a la política económica desarrollada en esa etapa como al programa de Gelbard, y la verdad es que el ex-ministro le confirió a esa política un rasgo distintivo, que aunó la filosofía empresarial de la Confederación General Económica de la República Argentina (CGE) con el firme y constante apoyo de Perón, a tal punto que la gestión de Gelbard debió enfrentar una abierta oposición por parte de la estructura partidaria y sindical peronista a partir de la muerte del caudillo, el 1 de julio de 1974.

El dossier consta de textos inéditos de Gelbard y de una mesa redonda sobre el programa de aquella etapa.

Era difícil presentar, en pocas páginas, una síntesis del programa económico de 1973 en palabras del propio Gelbard, reunir los argumentos con que el ex-ministro lo defendió y dar, en alguna medida, atisbos de sus posiciones en aspectos que van más allá del programa.

Hemos resuelto el problema recurriendo a dos textos inéditos debidos a la redacción de Gelbard. Uno de ellos es la carta dirigida el 13 de enero de 1976 al presidente de la CIG, ingeniero Julio Broner, a la Comisión Directiva y al Consejo Superior del organismo. El otro es un apéndice de la carta enviada el 19 de octubre de 1974 a Isabel Perón, entonces presidenta de la República.

Primera intervención

Burguesía reformista y proyecto Carlos Ábalo

La experiencia del gobierno de Perón y de la política económica de Gelbard sólo pueden entenderse dentro de un contexto dialéctico de continuidad y ruptura con el período abierto en 1966 por el golpe de Onganía.

Desde la caída de Perón, en 1955, el capitalismo argentino no se había ajustado a las tendencias de la economía mundial de posguerra. Las tasas de ganancia, menores que en los países latinoamericanos de desarrollo comparable, se obtenían gracias a una estructura económica incapaz de homogeneizar al conjunto de la burguesía, porque bloqueaba la expansión de las exportaciones, el ingreso de capitales extranjeros y la renovación tecnológica que exige el moderno capitalismo periférico. Argentina no podía incrementar sus exportaciones sin el concurso de la burguesía terrateniente, la que, para elevar la producción, reclamaba una mejora sustancial y permanente en los precios relativos agropecuarios.

Este requerimiento chocaba con el modo de acumulación en que se sustentaba el crecimiento industrial, debido a que el bajo precio interno de los alimentos dinamizaba la demanda de manufacturas y a que la capitalización industrial se afirmaba, también, en una estructura monetaria, financiera, comercial, cambiaria e impositiva que obstruía la expansión de la producción y la exportación agropecuarias y las relaciones fluidas con la banca mundial.

El gobierno de Frondizi, en 1958, atacó parcialmente aquel estado de cosas. Modificó la ley de capitales extranjeros, incrementó las importaciones de equipos y trató de asociar más estrechamente a la alta burguesía argentina con la burguesía imperialista. La experiencia fracasó por la presión popular contra la redu-

El documento mencionado en primer término es un balance del programa de 1973 y fue escrito en respuesta a un manifiesto en que algunos integrantes de la CGE criticaban los resultados de la gestión de Gelbard al frente del Ministerio de Economía. De este documento fueron extraídos la mayor parte de los textos que siguen. Sólo se alteraron los números que corresponden a las citas, dado que no se trata de una versión integral.

La "Síntesis de los dos caminos que se presentan" es uno de los apéndices a la mencionada carta de Isabel Perón, incluida para mostrar la opinión de Gelbard, como Ministro de Economía, con respecto a la situación política que existía en el país en momentos en que decidió renunciar a su cargo.

El propósito del presente dossier está circunscripto al contenido de la política económica. No se pretende agotar el análisis de la trascendencia y el significado de la personalidad de Gelbard o la trayectoria del singular movimiento empresario que lideró durante veinte años. Algunas alusiones del ex-ministro pueden dar una imagen política no del todo exacta de su personalidad. Es justo hacer esta salvedad cuando se trata de una figura que fue atacada desde la derecha y la izquierda, y a la que se atribuyeron objetivos que poco tenían que ver con los postulados que defendía. La izquierda peronista, aunque no tuvo una actitud uniforme frente al programa económico de 1973, lo asimiló al capital imperialista e identificó su plan con el de Krieger Vasena. Por su parte, la derecha, los militares, sus sucesores en el cargo y algunos empresarios que antes habían compartido públicamente sus ideas catalogaron su ministerio como generador de caos y precursor de delirantes objetivos anticapitalistas. Gelbard fue uno de los hombres del período de 1973 atacado con más saña por detractores de las ideologías más diversas y murió en el exilio, en Nueva York, en 1977.

C.A.



yo de la burguesía industrial en su conjunto y concediendo a la burguesía terrateniente el olvido de las exigencias de productividad. En esta etapa, los representantes de la burguesía menos concentrada (CGE) y su dirección reformista institucionalizaron, junto con la CGT, su poder de concentración. De ahí surgió el Pacto Social, que sería visto como un acuerdo sobre la participación en el ingreso que estabilizaría la relación entre los trabajadores y la burguesía y daría legitimidad y estabilidad a la acumulación capitalista.

El Pacto Social entre la burguesía reformista, cuyo líder era Gelbard, y los sindicatos, que tenían la representación de la clase obrera peronista, se convirtió finalmente en el punto de partida de un proyecto populista para reformular el GAN. Gracias al poder de convocatoria de los signatarios, al ascenso de masas, a la derrota política de las fuerzas armadas, al respaldo de Perón y al apoyo de los partidos populares, los militares terminaron aceptando el nuevo proyecto y el advenimiento del gobierno popular, como un inevitable corrimiento a la izquierda del GAN. En ese sentido, el gobierno peronista sería una continuación del GAN.

La política de Perón y Gelbard consistió en reformular el GAN para modernizar el capitalismo desde el punto de vista de la burguesía reformista y del estado populista. Visto de esa manera, el Acuerdo Social era una política de contra-GAN.

En 1973, a pesar del ascenso de masas, en Argentina no había ninguna dirección ni ningún programa revolucionario que contara con el consenso de la mayoría de la clase obrera y que se propusiera y pudiera, en serio, subvertir el estado burgués. La clase obrera tenía una actitud anticapitalista en función de la intensidad de sus demandas reivindicativas, pero no abandonaba los límites políticos del peronismo tradicional. Tanto los programas principistas que suponían un salto en el vacío entre el estado de conciencia y la organización social y política efectiva de la clase obrera como la fantasía de la "patria socialista" que se construiría contra la voluntad de Perón y del Movimiento Peronista, pero a través de ellos tenían que conducirla, fatalmente, a un callejón sin salida. Como el derrocamiento del capitalismo no estaba a la vista, el porvenir, por consiguiente, iba a girar alrededor de la recomposición y modernización del sistema.

La recomposición capitalista podía encararse: a) mediante la restauración de la burguesía terrateniente; b) tratando de reeditar el programa de las transnacionales y la burguesía industrial concentrada, o c) con una reforma progresiva.

El ascenso de masas descartaba las dos primeras opciones. Ellas sólo podrían plantearse después de una derrota popular. Por otro lado, como dicho ascenso no excedía los límites del populismo y éste no iba más allá de la redistribución, para no bloquear la acumulación había que combinar el populismo con



reformas progresivas. Sólo si se concretaban esas reformas sería posible que las masas conquistaran una democracia más amplia. El mérito de la política económica de Gelbard, Broner y la CGE consistió en haber intentado dar las bases para esta reforma progresiva.

El Acuerdo Social constituía la condición previa necesaria para la reforma, porque concretaba una determinada distribución de los ingresos. Esta preservaba la participación social alcanzada por la clase obrera con el populismo, permitía un mayor control de la inflación y sobre la base de aquella distribución del ingreso, daba lugar a una especie de "coexistencia pacífica" entre las clases extremas. La opción al Acuerdo Social es lo que vino después: la hiperinflación para degradar el salario.

La reforma en sí, consistía en cinco aspectos. 1] La reorganización industrial, con una ley de promoción y una reestructuración controlada de las pequeñas y medianas empresas. La opción a ese método sería la presente concentración del capital apoyada en la liquidación masiva de industrias, la acelerada rebaja arancelaria y la introducción indiscriminada de importaciones.

2] La nacionalización de los depósitos, dentro de una reforma destinada a controlar y asignar el crédito. La actual contrapartida de aquel proyecto es el mercado financiero como coto de caza de la banca internacional y fuente de acumulación para la especulación o la concentración económica a costa de la inflación.

3] La diversificación de las exportaciones, orientada en primer lugar a ensanchar las ventas a los países socialistas era, a la luz de lo que sucede en la actualidad, un proyecto de indiscutible realismo.

4] La inversión se organizaría mediante la

ley de promoción, la Corporación de Empresas Nacionales, el desarrollo de la industria de equipos (en relación con los convenios energéticos con los países socialistas) y la ley limitativa de capitales extranjeros, además de los mecanismos normales. La Corporación hubiera permitido una reestructuración no limitativa de las empresas públicas y una ampliación del capitalismo de estado. Sin embargo, este último aspecto del programa no fue encarado con la firmeza necesaria. La contrapartida actual es una ley de capitales extranjeros extremadamente liberal y una estructura de la inversión dirigida exclusivamente hacia la concentración de capitales y el debilitamiento de la acumulación autónoma del estado, ahora en función exclusiva del sector privado.

5] La ley sobre la renta normal potencial y la ley agraria constituían el verdadero centro de la reforma progresiva del capitalismo. Mediante ellas, se elevarían la producción agrícola y las exportaciones y el estado se apropiaría de una parte considerable de la renta agraria para apuntalar la inversión industrial, la distribución de ingresos y las reservas internacionales. La nacionalización del comercio exterior de granos derivaría complementariamente hacia el estado la parte de la renta agraria diferencial captada en la comercialización. Estas leyes, de gran oportunidad, estaban basadas en el proceso mundial, hoy evidente, de disputa de la renta agraria en escala internacional en las áreas del petróleo y los alimentos. En la actualidad, la renta agraria acrecentada sigue en manos de la burguesía terrateniente y las transnacionales de la comercialización.

El fracaso del programa reformista de 1973 no residió en su contenido económico, sino en gran parte en la crisis política del peronismo y en la miopía de la izquierda (en primer lugar, la izquierda peronista) y de la burocracia sindical para evaluar el carácter del proceso. No había ninguna fuerza que en 1973 pudiera conducir a la Argentina hacia una etapa poscapitalista. En consecuencia, fracasado el proyecto de la burguesía reformista, sólo quedó en pie el populismo, impulsado por la burocracia sindical y efectivamente conducido por la derecha peronista. La restauración sin horizontes del populismo allanó el camino al golpe de estado.

Entonces, según vimos, quedaban dos posibilidades de reestructuración del capitalismo. El programa de las transnacionales asociadas a la gran burguesía industrial había sido transitado en todas sus variantes entre 1976 y 1973. Por consiguiente, cuando los militares dieron el golpe de estado, en 1976, la burguesía industrial más concentrada estrechó filas junto a la burguesía terrateniente y ésta definió los puntos más específicos de la etapa que se abrió a continuación.

1. La consigna de la "patria socialista" era correcta en la lucha ideológica que se entabló dentro del peronismo. Lo incorrecto era creer que se podría implantar mediante el movimiento nacional peronista, bajo la conducción de Perón y sin el previo fortalecimiento de un partido de clase. Por ese mismo motivo, fue incorrecto lanzarla como consigna de poder.

El énfasis en el mercado interno

Gustavo Lugones

Más que el análisis detallado de la política económica impulsada por José B. Gelbard durante 1973 y 1974, quisiera aportar algunas ideas en torno a un interrogante aún no suficientemente aclarado: en qué casos una política de esta naturaleza puede constituir una alternativa válida y cuales son las condiciones que deben cumplirse para que la misma sea viable.

Con ese fin, no centraré mi participación en la evaluación de los aciertos o fracasos de las medidas tomadas durante su gestión como Ministro de Economía, ni en la descripción de los instrumentos utilizados o la validez de los mismos, sino más bien en las características del proyecto, sus principales propósitos y las limitaciones del mismo.

Las características que me parece importante destacar son el carácter nacional y popular de sus objetivos y el alto grado de intervención estatal en que se apoyaba. El proyecto, en términos generales, estaba orientado al incremento del empleo, la redistribución del ingreso, el aumento del consumo popular y una mayor satisfacción de las necesidades sociales de educación, salud y vivienda, todo lo cual se resumía en el objetivo de justicia social característico de los modelos peronistas.

Hacia él se orientaba la política social del estado y la utilización de los instrumentos de política económica de que el mismo estaba dotado, a través de los cuales se procuraba, por una parte, ejercer un control bastante pronunciado de la economía y, por otra, fomentar la expansión de la misma. En este sentido merecen mencionarse las políticas de precios, de abasto, cambiaria y fiscal, entre las de control, y las de crédito y de gasto público entre las de fomento.

El otro gran objetivo, la independencia económica, se encará mediante lo que Gelbard llamó "diversificación de la dependencia", esto es, incrementar los vínculos comerciales y tecnológicos con el bloque socialista y con países de la órbita occidental alternativos a los Estados Unidos e Inglaterra, tradicionales clientes y/o proveedores de la Argentina.

Por otra parte, las medidas tomadas con relación al sector agropecuario procuraban aumentar fuertemente la producción primaria, abaratar los alimentos, transferir recursos al sector industrial e incrementar el ingreso de divisas por exportación.

Desde un principio podía esperarse que una política de este tipo generaría resistencias, como efectivamente ocurrió, por parte de los sectores dominantes que veían amenazados sus intereses por la intervención del aparato del estado, el cual en gran medida había escapado a su control.

Por ello, las condiciones necesarias para la viabilidad del proyecto eran un estado fuerte, que contara con cierto margen de maniobra y un amplio respaldo popular que le permitiera enfrentar los sucesivos embates de la oposición.

Ahora bien, un aspecto fundamental de este tipo de política lo constituye la importancia que explicita o implícitamente se le otorga al mercado interno como núcleo o motor del modelo. En efecto, los propósitos antes mencionados en relación con el empleo, el ingreso y el consumo, implican un cambio profundo con respecto a las políticas liberales, en cuanto al papel asignado al mercado interno, ya que su crecimiento es a la vez causa y consecuencia de la obtención de mejores índices en las variables mencionadas.

La combinación de una política de expansión y fomento de la inversión con una política de redistribución del ingreso y crecimiento del empleo, da lugar a una serie de estímulos recíprocos entre consumo e inversión que pueden, dentro de ciertas condiciones, hacer crecer sustancialmente el mercado interno.

Una de estas condiciones es con respecto a qué tipo de bienes se fomenta la inversión y el consumo. Indudablemente, salvo que se trate de un crecimiento vertical del mercado, lo que no se concilia con un modelo popular, debe ponerse el acento en los bienes salarios, los artículos de consumo masivo y que hacen al mejoramiento general de los niveles de vida de la población, complementados con aquellos que por su carácter estratégico para el desarrollo nacional (sustitución de importaciones, eliminación de cuellos de botella, etc.) sea importante impulsar.

Hacia esto apuntaban los estímulos a la pequeña y mediana empresa y a ciertas ramas particulares de la industria a las que se apoyaba por los efectos que se esperaba obtener en relación con el empleo, con una mayor disponibilidad de bienes y servicios "socialmente necesarios" o con una mayor integración del aparato productivo.

Me interesa especialmente destacar el énfasis en el mercado interno inherente a este tipo de política económica por sus implicaciones en la búsqueda de respuestas al interrogante planteado al principio.

Evidentemente, no estamos hablando de un proyecto radical de cambio de estructura económica sino de un modelo que sin romper violentamente con el patrón de acumulación capitalista, procura atenuar los desequilibrios y desigualdades que lo caracterizan y que se hacen más agudos en los países dependientes y con menor grado de desarrollo.

Una política bien estructurada e instrumentada de impulso al mercado interno puede arrojar beneficios en términos de:

- mayor y más racional aprovechamiento de los recursos humanos y materiales.
- mejor distribución del ingreso.
- menor dependencia del sector externo.
- disminución de la dependencia económica.

— mayor ocupación del espacio económico, esto es, mejores índices de desarrollo regional, los que cada vez resultan más alarmantes en la Argentina por la notable concentración espacial existente en torno a Buenos Aires.

Merece un comentario especial el punto referido a la dependencia. Esta será más aguda cuanto mayor sea la presencia de empresas transnacionales en nuestro país, la importación de tecnología y la importancia del sector externo.

Claro que el nuestro no es un mercado grande ni siquiera potencialmente ya que no contamos con una población numerosa, pero el crecimiento del mismo no se agota en lo cuantitativo sino que el consumo de las grandes masas puede crecer también cualitativamente.

Fomentar a las empresas productoras de bienes y servicios social y nacionalmente necesarios, gran parte de las cuales no precisarán de la importación de capital o tecnología y que, dicho sea de paso, en buena medida pertenecen a ramas altamente generadoras de empleo, puede disminuir o modificar sustancialmente el carácter dependiente de nuestra economía.

Esto en el ámbito estrictamente económico. Pero existe otro elemento sumamente interesante desde el punto de vista político.

Si aceptamos que un proyecto de esta naturaleza necesariamente generará resistencias por parte de los grupos que se sentirán afectados y que, por lo tanto, su aplicación solo podrá ser encarada por un estado vigoroso y con suficiente basamento popular como para superar la situación de crisis permanente en que el mismo deberá desenvolverse, será imperativo para dicho estado recurrir a un alto grado de movilización y participación popular que pueda ser esgrimido como arma para rechazar los intentos de resistencia que se generen.

Pero esta movilización popular puede ser, precisamente, la que provoque avances progresivos en el modelo planteado, presionando al estado a profundizar las transformaciones y cambiando de contenido al proyecto. Esto dependerá obviamente del nivel y orientación de la organización política.

Los dos aspectos mencionados, énfasis en el desarrollo del mercado interno y movilización popular, que constituyen requisitos para el funcionamiento del modelo, hacen de ésta una política económica interesante como alternativa frente a la política liberal clásica o al desarrollismo y abre atractivas perspectivas en cuanto a una profundización revolucionaria de la misma, por vía de la presión popular.

Bases para el análisis del Plan

Pedro Paz

Estas notas buscan indagar acerca de las causas que explicarían el rápido desmantelamiento sin

Escritos inéditos de José B. Gelbard acerca del programa económico de 1973 y del clima político imperante en el momento en que renunció al cargo de ministro de economía

1) Párrafos de la carta dirigida el 13 de enero de 1976 al Presidente de la CGE, ingeniero Julio Broner, a la Comisión Directiva y al Consejo Superior del organismo, en respuesta a un manifiesto empresario de crítica a los resultados de la gestión de Gelbard.

Los economistas profesionales, los libros de texto de política económica, proponen un conjunto de objetivos de desigual jerarquía, como los que resumen el porqué de la política económica: Crecimiento económico, nivel de ocupación y distribución del ingreso, nivel de las reservas monetarias internacionales y estabilidad de los precios. No es fácil alcanzar las metas en todos ellos al mismo tiempo, pues es evidente que el avance en unos compromete el avance en otros. La concertación puede concebirse como una metodología destinada a lograr avances en todos esos objetivos al mismo tiempo. La concertación era una necesidad para la Argentina de aquellos días, pues era necesario tanto crecer como distribuir, lograr el pleno empleo como consolidar la posición de reservas y expandir nuestro comercio exterior al mismo tiempo que contener el proceso inflacionario.

¿Fue posible una política tan ambiciosa? ¿Fue sana una política de transformaciones profundas en términos de la coyuntura?

El producto bruto interno en 1974 creció en 7 por ciento; 4,8 por ciento durante 1973, mientras que durante 1971 y 1972 no alcanzó al 4 por ciento. El crecimiento de la inversión bruta fija durante 1971 y 1972 no alcanzó el 6,5 por ciento, mientras que en 1974 superó en 14,2 por ciento el nivel del año anterior. En nuestro entendimiento el comportamiento del objetivo crecimiento fue plenamente logrado. Las reservas monetarias internacionales pasaron de 950 millones de dólares a 1.693 millones entre el segundo trimestre de 1973 y el tercero de 1974. La tasa de crecimiento de los precios del 80 por ciento en Mayo descendió al 30 por ciento en Octubre. La tasa de desocupación descendió del 6,1 por ciento en Abril de 1973 al 2,5 por ciento en Noviembre de 1974. La distribución del ingreso que se había deteriorado sustancialmente a lo largo de los últimos años y que era estimada inferior al 35 por ciento en el segundo trimestre de 1973 se recuperó y alcanzó en 1974 a más del 42 por ciento, prácticamente la tasa prevista en el Plan Trienal.

Estos son los hechos que ninguna argumentación puede ocultar. Hemos cometido errores. Reconocemos que esos errores seguramente indujeron a otros errores posteriores y así como heredamos muchos problemas que no pudimos solucionar, también dejamos al irnos otros sin resolver.

Recuerdo las palabras del Ministro Palme¹ que, en una reunión interna-

cional realizada en París sobre la economía y la sociedad contemporánea hace algunos años, al analizar la experiencia sueca de los últimos años afirmó: hemos cometido errores pero marchamos por el buen camino. Estoy convencido que nuestra experiencia permite afirmar lo mismo. Los errores no nos hacen arrepentir del camino elegido. Eramos en Octubre de 1974 muy conscientes de la necesidad de realizar algunas rectificaciones en nuestra política. La estructura de los precios relativos se había deteriorado en los meses anteriores, primero por el peso de la coyuntura internacional y como consecuencia de un manejo demasiado lento de la política de flexibilización de precios. Unos puntos más de inflación era el precio que debíamos pagar para romper los vicios que se estaban incorporando a la estructura de precios. Necesitábamos con esa política aliviar la presión de precios que sufría especialmente el sector agropecuario. Necesitábamos recomponer la política de promoción de exportaciones usando los instrumentos tradicionales para no afectar más el financiamiento del sector público. El tipo de cambio de paridad teórica se había apartado un 20 por ciento respecto de los tipos oficiales de comparación. Era necesario abrir nuevos cauces para incorporar masas de recursos que habiéndose generado al amparo de las presiones de un mercado en expansión acelerada constituían en ese estado un elemento de distorsión. Era necesario reequilibrar la situación salarial, de tarifas y de recursos del sector público. Para ello contábamos con la realización de muchas de las metas propuestas y con condiciones para proponerse metas más ambiciosas. Para ello convocamos a la Gran Paritaria para marcar las líneas de ajustes que no se concretaron durante nuestra gestión que terminó en esos días. En síntesis, esos ajustes que resultan hoy de tasa muy modesta eran necesarios y posibles. Lo que vino después es un poco presente y no nos corresponde a nosotros juzgarlo en este lugar.

La política que fue capaz de todos esos éxitos irrefutables fue inmediatamente abandonada acusada de ser una manera de contención temporal de supuestos males que luego deberían aflorar. No es justo cargar sobre ella ni los méritos ni los errores de los demás. La política de concertación para

la transformación de la economía argentina tenía su propio sistema de retroalimentación. Frente a los errores, los necesarios mecanismos de autocorrección y el foro abierto de discusión funcionaban plenamente y funcionaron hasta el último día.

Toda marcha necesita rectificaciones, toda política la continua redefinición de los instrumentos para ejecutarla. Pero lo que no se puede hacer con ella es interrumpirla abiertamente, cambiar de rumbo o aplicarla de manera vacilante. Durante nuestra gestión desplegamos una acción en varios frentes que fueron luego abandonados. *Uno fue la transformación de la legislación económica con un amplio paquete de leyes hoy vigentes y tal vez en un futuro potenciadas en toda su magnitud; otro fue la puesta en marcha de un mecanismo de armonización de conflictos y encauzamientos de esfuerzos, la política de concertación, tal vez la experiencia de participación más amplia y vital de nuestra historia; y finalmente la política de coyuntura que, planteada en etapas se proponía lograr los prerrequisitos de una auténtica etapa de expansión de la economía nacional en el marco del mercado interno y en el mercado internacional.*

La concertación

El Plan Trienal, en consecuencia, fue sometido al análisis y discusión con todos los partidos políticos argentinos sin excepción a quienes se les recabó opinión y comentarios para mejorar el contenido de una propuesta para el país y que no podía ser realizado si no tenía el consenso de todos los que participan en la formación de las decisiones nacionales.

Es que la concertación requiere un estado permanente de discusión y diálogo para el que es necesario proveer todos los mecanismos, y que para mantenerse viva requiere un estado de ánimo proclive al diálogo y a la autocorrección.

Durante la gestión que nos tocó cumplir, ese estado de ánimo estuvo siempre presente y no hubo una sola medida económica que tuviera alguna

resistencias del proyecto económico de José B. Gelbard. Este desmantelamiento significa no sólo la caída de un equipo económico, sino y fundamentalmente la imposibilidad de casi todo un pueblo de cambiar el signo de la historia de la Argentina de esos días (1973-1974).

Dos aspectos básicos se deben tomar en consideración. En primer lugar, el proyecto económico de Gelbard es una expresión parcial de un proyecto socio-político más global. En segundo lugar, hechos aislados, por muy trascendentes que éstos sean, como la muerte de Perón, de Rucci, el acceso a posiciones de mayor poder del grupo López Rega, los nuevos cambios en la cúpula militar, etc., son insuficientes para explicar el quiebre de un proyecto. Es la debilidad misma de ese proyecto, lo que explica que tales hechos se expresen como pasos que conducían inevitablemente a sepulcros.

No se trata de rescatar o de hacer la apología de dicho proyecto económico; sino de identificarlo correctamente, precisar su significación y ubicarlo históricamente. Quizás ello permita avanzar en una explicación más profunda de la descomposición del peronismo en el gobierno, del avance en su propio seno de las posiciones más represivas y conservadoras y por último de apreciar sobre qué bases se apoya el esquema de poder de la actual Junta Militar Argentina.

I. Identificación del proyecto económico de Gelbard

El Proyecto Económico que se denomina aquí como Proyecto Gelbard es la expresión en el plano de la política económica de un proyecto de capitalismo nacional autónomo, que se apoyó en una alianza entre sectores de la burguesía y del proletariado y se insertó en un acuerdo básico de la mayoría de los partidos políticos del país. Como podrá apreciarse al analizar su contenido, este proyecto alcanzó un alto grado de coherencia interna, a la par que parecía contar con una sólida base de sustentación política en la "sociedad civil" argentina.

1] Tres meses antes de las elecciones que dieron un amplio triunfo al peronismo (7 de diciembre de 1972), se firma un acuerdo político entre la CGT, la CGE y los principales partidos políticos nacionales y movimientos provinciales. Este acuerdo se conoce como las "Coincidencias Programáticas del Plenario de Organizaciones Sociales y Partidos Políticos". En este acuerdo se fijan como objetivos el desarrollo nacional autónomo, la justicia social, la independencia económica, la integración regional del país, la transformación del estado y el cambio en el modelo económico por entonces vigente. Se establecen los lineamientos generales de la política económica y social que cualquier partido u organización social firmante del acuerdo, se comprometía a implementar. Se explicitaron los contenidos de la política demográfica, de la política laboral y de seguridad social, de la política tributaria, crediticia y de comercio exterior. Se señalaba el nuevo papel que el estado debía cumplir, las

nuevas pautas del desarrollo regional, las bases de una política de liberación con un nuevo trato al capital extranjero, el apoyo a la empresa nacional y una política internacional de claro corte tercermundista. Por último se planteaban orientaciones generales para la política social (vivienda, educación, salud, seguridad social) y para la política sectorial (agricultura, pesca, industria, minería, tecnología, turismo y ambiente humano).

2] Sólo cinco días después de que el peronismo arriba al gobierno, el 30 de mayo de 1973, se firma el "Acta del Compromiso Nacional para la Reconstrucción, Liberación Nacional y la Justicia Social" por parte de José Rucci de la CGT en representación de los trabajadores, de Julio Broner de la CGE en representación de los empresarios y de José B. Gelbard en representación del estado. Con este compromiso se fijaban normas para la redistribución de ingresos y para el reordenamiento de la actividad económica, en concreto se establecía el compromiso de enviar al Congreso un paquete de 19 leyes que contarían así con el apoyo de la CGE y CGT desde su origen. Este paquete iba encabezado por el Proyecto de ley sobre el Impuesto a la renta normal y potencial de la tierra y entre otras se destacaba la ley de Inversiones Extranjeras, de Registro de Agentes Extranjeros, de nacionalización de los Depósitos Bancarios, de nacionalización de las Exportaciones de Granos y Carnes, de creación de la Corporación de las Empresas del Estado, etc. El control total del peronismo en ambas cámaras permitió que varios de estos proyectos se transformaran en leyes; pero algunas de las más significativas (como el impuesto a la renta potencial de la tierra, de nacionalización de las exportaciones de granos y carnes, etc.) empiezan a encontrar resistencia. En el seno del movimiento obrero, luego del asesinato de Rucci, se comienza a encontrar una creciente oposición a la conducción económica.

3] El 1° de Agosto se firma el "Acta de Compromiso del Estado" ante el Poder Ejecutivo Nacional y los Gobernadores de Provincia donde se fijan criterios para las asignaciones presupuestarias de todo 1973 y se compromete al estado nacional y a las provincias a respetar los lineamientos dados por el Acta de Compromiso Nacional de la CGT, CGE y estado.

4] El 7 de Septiembre de 1973, se firma el "Acta del Compromiso del Estado y los productores para una política concertada de expansión agropecuaria y forestal", donde se establecen pautas generales respecto del régimen de la tierra, de la comercialización, de la política de ingresos, crediticia, impositiva, etc. Este compromiso lo firman casi todas las organizaciones de la mediana y pequeña burguesía agraria del interior del país.

5] Finalmente, en diciembre de 1973 se aprueba como ley de la República el "Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional" Sobre las bases de este Plan se convoca a

todas las Provincias para que formulen sus Planes Trienales y así, en los primeros meses de 1974, se asiste a un intenso proceso de concentración entre los organismos públicos, federales y provinciales, los representantes de los trabajadores y de los empresarios y representantes de las empresas públicas y entes financieros del sector público. Aparte de ser un elemento movilizador del sector público y de constituir un muy novedoso mecanismo de planificación, el proceso de concertación permitía apreciar cómo se enfrentaban los diferentes centros de poder a este proyecto.

Con lo señalado hasta el momento, se puede apreciar el alto grado de coherencia que se intentó imprimirle al proyecto; el amplio espectro de la sociedad civil en el que intentaba apoyarse, el tipo de alianza de clases que intentaba expresar, la articulación entre los objetivos buscados y la legislación propuesta para poseer los instrumentos de acción que permitieran alcanzar tales objetivos, etc. Ese intento de coherencia, presentaba un panorama poco común en la compleja trayectoria de la economía argentina. Porque aparte de los acuerdos y compromisos explícitos a que se hizo referencia, el Proyecto Gelbard contaba con el apoyo del propio Perón; o dicho de otra manera, el Proyecto Gelbard era la dimensión económica del Proyecto de Perón para la sociedad argentina. Proyecto del cual nunca se alejó y, tampoco ofreció otro distinto al pueblo en toda su trayectoria política. Aparte del apoyo de Perón, el Proyecto Gelbard contaba indirectamente con el cansancio y repudio que en una buena parte de la sociedad civil había generado la sucesión de gobiernos militares y civiles condicionados en los dieciocho años anteriores. Demasiado apoyo, bastante coherencia; entonces ¿Por qué su rápido desmantelamiento, su corta vigencia? ¿Qué había sucedido en el capitalismo argentino y en el sistema de poder; es decir, cómo había cambiado la sociedad argentina que hacía inviable un proyecto con tanto apoyo? Significa esto que el populismo, o un proyecto de capitalismo autónomo basado en una alianza de clases no tiene cabida en la sociedad argentina? ¿Qué expresaba el peronismo en esos días y luego de la muerte de Perón? En fin, hay tantos interrogantes en la historia reciente de Argentina, que difícilmente puedan siquiera responderse los aquí planteados. La intención es más modesta, y consiste en ir avanzando hacia una respuesta que nos permita identificar mejor el tipo de capitalismo argentino, a la luz de los desafíos que el proyecto Gelbard le impuso, y las respuestas sucesivas que fue dando en el plano político y en los nuevos esquemas de política económica para actuar eficazmente en términos de su reproducción.

Se intentará, a través del examen específico de las medidas e instrumentos de política económica usados, identificar las fracciones de la burguesía que sustentaron este proyecto y las fracciones afectadas por él. Se buscará reconstituir preliminarmente el esquema de poder por entonces vigente, y que dicho proyecto no logró



modificar. En otras palabras, se intentará explicar la conjunción de una debilidad intrínseca del Proyecto, con una cobertura política amplia dada por los partidos políticos, las organizaciones de empresarios y trabajadores y el uso de una parte del aparato del estado.

Quizás de esta forma evitemos caer en las explicaciones de que la pérdida de vigencia de este proyecto se debió a las muertes de Rucci, Adeliño Romero, Perón, a los designios malévolos de López Rega y su grupo de gánsters, al "microclima" de Isabel Perón, etc. O bien, a las explicaciones generales en las que *ex-definito* un proyecto de capitalismo nacional autónomo, o de populismo, o de alianzas donde se encuentren burguesía y proletariado, no puede existir.

Primera fase de la Argentina potencia Alberto Spagnolo

a] Consideraciones metodológicas

En principio, una breve nota en torno al punto de partida y a la forma de tratamiento de la política económica. En primer lugar, el interés de clase que se expresa a través de los mecanismos económicos concretos de cualquier política económica se enfrenta a un conjunto de intereses sociales distintos, enfrentamiento del cual surge una resultante —el acontecimiento histórico— que puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. En segundo lugar, en el mismo sentido de Marx, concebimos como proceso de historia natural el desarrollo de la formación económico-social y, en esa medida, reivindicamos la existencia de leyes que no sólo son independientes de la voluntad, conciencia e intenciones, sino que, además, fijan los límites dentro de los cuales dicha voluntad, conciencia e intención pueden expresarse. Así, las leyes tendenciales básicas que rigen el proceso de reproducción social pueden ser afectadas en su forma, ritmo o extensión de vigencia social, pero nunca puede ser eliminada la ley en sí, su vigencia misma, salvo en el caso de ruptura revolucionaria, entendida ésta como cuestionamiento directo de la forma capitalista de producción. Por último, y en consecuencia, la crítica de una determinada política económica no puede reducirse al análisis de la idea o de las buenas intenciones del proyecto global, sino que, por el contrario, debe contrastarse la idea con el fenómeno externo y sobre todo, la continuidad o ruptura de éste con los hechos u órdenes sociales anteriores.¹

b] Gelbard y el proyecto global

Discutiremos aquí, tres cuestiones fundamentales del proyecto global y la especificidad que adquieren en la formulación de la PE de Gelbard: el papel del estado, la ampliación del consenso

y sus mecanismos y la situación internacional.

La reconstrucción del estado capitalista como aparato de dominación, preocupación permanente del propio Perón, cobraba en el ámbito de la PE una dimensión particular, al colocar al estado como motor fundamental del desarrollo, "el más importante instrumento del proceso de cambio y expansión planificado que se propone contemplar el gobierno" y, además, "pieza clave del proceso e instrumento de acción por excelencia de la política de transformación nacional".² A lo largo del período, tendieron a concentrarse en el estado capitalista los resortes fundamentales del proceso de acumulación, aspecto fácilmente deducible del paquete de medidas adoptadas. Así, a través de la ley de inversiones extranjeras, se crearon zonas de privilegios para la burguesía local, al reglamentarse la distribución de las mismas por regiones y ramas de actividad; la ley de nacionalización de los depósitos sirvió también para una redistribución del crédito, al poner en manos del Banco Central la disponibilidad de depósitos de bancos y financieras; la reforma impositiva, el control del comercio exterior de granos y carnes, la ley del impuesto a la renta normal potencial de la tierra, el manejo de tasas cambiarias diferenciales etc., actuaron como mecanismos complementarios para fortalecer la decisiva presencia del estado. En el mismo sentido operó el manejo a discreción por parte del ejecutivo (con informes semestrales al legislativo) de todos los procedimientos fiscales y arancelarios, tales como licencias, suspensión de importaciones y exportaciones, aumento hasta el triple de su monto de las nomenclaturas de exportación e importación, etc., a lo que se sumaba el control directo de todos los mecanismos de promoción industrial, tales como la reducción del impuesto a los réditos, los precios sostén para productos mineros, la adquisición del producto total, el uso de certificados de promoción para el pago de impuestos o para descuento y, en general, siempre a criterio de la autoridad de aplicación, la intervención decisiva del capital de estado en la industria promocionada. Colateralmente, además, se proyectó la Corporación de Empresas Nacionales, ente estatal que favorecería la mejora en la conducción y supervisión de empresas del estado, racionalizando su actividad y consolidando su papel rector en la economía (la corporación se transformaría en una de las 30 empresas más grandes del mundo, con una capacidad calculada de compra de 2.400 millones de dólares y de venta de mercancías y servicios por 4.500 de la misma moneda).³ En conclusión, el estado espialista aparece convertido en eje central del proceso de acumulación, creando verdaderos "cotos de caza" para la burguesía local, en una actitud permanente de intervención, reglamentación, subsidio y protección: se beneficiarían así sectores importantes de la burguesía industrial argentina, entre los cuales se cuentan pequeños y medianos productores, sectores caracterizados por asentar su fortaleza en el estado y su actividad.

Por otro lado, el aprovechamiento del aval

relevancia que no haya sido discutida y concertada en todos los niveles técnicos y políticos cuya participación la sensatez general reclamaba. Finalmente, como muestra de esfuerzo adicional, en el mes de setiembre de 1974, todos los funcionarios en la administración pública en el área económica, realizaron una evaluación del Plan Trienal destinada a generar y a potenciar la necesaria actitud crítica que se requería para una efectiva participación del funcionario.

Es indiscutible que hasta entonces jamás el país había asistido a un período de diálogo permanente y fecundo como en el que a nosotros nos tocó participar. También, como dicen los críticos, es indiscutible que hubo discusiones y enfrentamiento entre sectores, pero estos sectores encontraban ahora un modo de conciliar posiciones y convenir acuerdos, un modo institucional, antes que la apelación a la acción directa.

Cuando abandonamos el Ministerio, en octubre de 1974, el sector laboral requería como conquista un aumento nominal del 15 por ciento de los salarios, y ésta era una manera, si se quiere, de medir la dimensión del enfrentamiento entre los sectores empresarios y laborales. Pero no era esta cuestión ni otras que por cierto existieron, una que pudiera llamarse situación límite, como afirmaron los críticos. Por el contrario, había una vocación y una posibilidad de diálogo que permitía superar las parcialidades y, tan es así, que ocupando el Dr. Gómez Morales el Ministerio de Economía se firmó la última Acta de compromiso en las que ambas entidades convinieron los ajustes que estimaron necesarios a la política hasta allí implementada.

La política de concertación aplicada durante toda la gestión, fue, lo dijimos antes, una manera avanzada de poner en marcha la vocación de participación de las distintas organizaciones sociales y políticas. La mención de distintos instrumentos que hemos realizado no es por cierto exhaustiva. Una memoria detallada es obra más propia de quienes realizan los análisis históricos despersonalizadamente. Nosotros sólo hemos querido dar una visión, apoyada en los hechos, de lo que fue esa experiencia de par-

ticipación y concertación. No son los mecanismos lo importante o lo que debe perdurar. Es más que nada la conciencia acompañada por la decisión de que los despotismos supuestamente ilustrados no tuvieran más lugar en la orientación de la economía nacional. Y es a esta conciencia a la que debemos reivindicar con orgullo.

Todos los sectores participaron en la elaboración del programa. Cada decisión trascendente fue materializada a través de un documento discutido y avalado con la participación necesaria y por todos los sectores contrapuestos. El país no es de nadie sino de todos y en ese entendimiento buscamos la coincidencia, el camino común para todas las decisiones. No importa el nombre de la política. Lo que importa es afirmar que pudo demostrarse, no nosotros sino las grandes mayorías, que el interior desplazado debe y puede ser escuchado con beneficios para todos, que el empresariado pequeño y mediano, sin prensa y sin lobbies, debe ser atendido como lo que realmente es, una vanguardia para las realizaciones que el país necesita, que el empresariado nacional y que las organizaciones laborales, presentes en el diálogo aportan al conjunto y entonces construyen. Para todo esto ha servido la política de concertación.

Marginación y desempleo

No hay variables económicas de corto plazo para medir lo que puede denominarse la "eliminación de la marginación social" pero los programas de erradicación de villas, que Economía financió haciendo verdaderos esfuerzos, la sostenida elevación de los salarios mínimos actualizados permanentemente a tasas más altas que las medias, así como el crecimiento de las asignaciones familiares y la extensión a otras áreas de estos beneficios, deben computarse como elementos coadyuvantes.

Pero quizás el dato más contundente sea el que se refiere al desempleo. En abril de 1973 la tasa de desocupación del Gran Buenos Aires alcanzaba a 6.1 por ciento. En noviembre de 1973 había descendido sistemáticamente

hasta alcanzar el 2.5 por ciento, la cifra más baja de la serie estadística. En San Miguel de Tucumán, el nivel de desocupación alcanzaba en octubre de 1972 a 11.7 por ciento y en noviembre de 1974 había descendido a 7.2 por ciento. Con excepción de Gran Mendoza, donde los datos revelan una situación estancada o no favorable, en todos los puntos de relevamiento la situación resultó igualmente positiva.

Reforma impositiva, sector público y déficit presupuestario

Durante el mismo período fue sancionada una profunda reforma impositiva que consultaba al programa de coincidencias, las Actas de Compromiso y la opinión de los más calificados especialistas en la materia.

La estructura de esta reforma tributaria que en un país con las alternativas de cambio del nuestro requiere permanentes ajustes, han sido consideradas por diversos organismos internacionales especializados en la materia como una avanzada doctrinaria en materia impositiva.

Este es uno de los elementos de largo plazo puestos en marcha a partir de mayo de 1973 a los que se debe agregar la creación de la Corporación de Empresas Nacionales como un elemento fundamental para la transformación del rol del estado en la economía argentina. Este proyecto cuya trascendencia algunos aún no han alcanzado a percibir en plenitud, constituye el avance mayor en cuanto al objetivo de lograr un estado eficiente, rompiendo con la anarquía de un conjunto de empresas del estado aisladas y con programas y políticas fuera del contexto principal de la programación económica.

Heredamos al 25 de mayo de 1973 un déficit presupuestario que se estimaba para ese año en 30.000 millones de pesos y que fue reducido en un 50 por ciento en el año 1973, permaneciendo aun por debajo de esa cifra en el año 1974, cuando el déficit alcanzó a 27.000 millones de pesos, ambos en términos nominales. No fue en términos reales un déficit record del estado ni de sus empresas, ni tampoco un déficit destinado a debilitar las

economías regionales ni a realizar inversiones negativas. Por el contrario, fue un instrumento para fortalecer los ingresos de las regiones más postergadas a través de transferencias programadas, así como fuente de recursos para llevar a cabo programas fundamentales de la economía nacional.

La legislación destinada a la protección del trabajo y la producción nacional y las leyes de promoción industrial, forestal, y de fomento agrario, tuvieron el objetivo de estimular las inversiones regionales, reorientar y coordinar el gasto público, las inversiones e importaciones del estado y redistribuir equitativamente el ingreso.

Salarios y conflictos obreros

Durante el período la participación de los asalariados en el ingreso nacional pasó de menos del 35 por ciento en mayo de 1973 a más de 42 por ciento a fines del año 1974. El salario real se incrementó entre mayo y octubre en un 15.3 por ciento.

El número de conflictos sociales, así como las jornadas de trabajo perdidas, fue significativamente menor que en los períodos inmediatos anteriores y, fundamentalmente, la tasa de crecimiento de los precios que a mayo de 1973 alcanzaba el 80 por ciento, se redujo al 30 por ciento en octubre de 1974.

A ello ha de sumarse la obtención de una tasa de desocupación que resulta la más baja de la serie histórica hasta ese momento. Nuestra política de ingresos y prestaciones absorbió el desempleo y el subempleo, redistribuyó el ingreso a favor del sector asalariado y lo hizo desde el área metropolitana hacia al interior del país, como lo muestran los precios remunerativos alcanzados por los productos regionales.

Fue mejorado el poder de compra del salario y se redujo sustantivamente el descontrolado proceso inflacionario, como lo muestran las cifras obtenidas con la misma metodología y por los mismos conceptos que se computaron durante los gobiernos anteriores.

político del rotundo triunfo electoral se expresaba, a nivel de la economía, en el decidido impulso a la política de concertación económica, a través de la cual el respaldo social al proyecto tendía a ampliarse, al lograr la participación y colaboración de las corporaciones económicas, sociales, profesionales y sindicales (Acta de Compromiso Nacional, Acta de Compromiso del Estado, Acta de Seguridad Social, Acta de Compromiso del Campo, etc.). Por detrás de la política de concertación se pretendía impulsar lo que el mismo Perón denominó "democracia integral" que incluía la reforma a la constitución, al crear el cargo de Primer Ministro y un Consejo de Estado donde estuvieran representadas las corporaciones: se intentaba elevar a rango institucional el Pacto Social y la alianza política del justicialismo y el radicalismo.⁴

Por último, en el contexto internacional, la agudización de las contradicciones provocada por la crisis capitalista mundial, particularmente las existentes entre EEUU y Europa-Japón, en un marco de profunda internacionalización del capital y de crecimiento de la importancia económica y política de los países del bloque socialista, permitió a Perón repetir con fundamento las conocidas afirmaciones de la tercera posición, los dos imperialismos, etc. Lo que comenzaba a discutirse para el capitalismo argentino era su inserción en el marco de la nueva división internacional del trabajo y en el convulsionado mercado mundial capitalista. La consigna de liberación nacional y de lucha contra la dependencia de la burguesía argentina, poco tenían que ver con un corte frente a las leyes que rigen la reproducción del capital a escala mundial: se trataba del proceso de reubicación del capitalismo argentino en el capitalismo mundial.

c] La incidencia coyuntural del proyecto

Aquellas ideas generales tendieron a cristalizar inmediatamente en resultados concretos. Se firmaron diversos convenios cooperativos con los países del bloque socialista, particularmente Cuba, Hungría y Polonia; en el marco de una apertura comercial mayor; se insistió en la propaganda a favor de un ingreso masivo de capitales europeos y, en general, en el impulso a acuerdos comerciales con Europa en su conjunto; se intentó favorecer un proceso de diversificación de exportaciones absorbiendo el estado crecientes costos, a través de subsidios otorgados tanto a las exportaciones como a las importaciones. Este período coincidió con una mejora sustancial en los términos de intercambio de los productos agrícolas de exportación, lo que tendió a mejorar la situación de la balanza comercial y de pagos. Todo este conjunto de elementos descriptivos coincidieron con un reactivamiento inusitado de la actividad económica interna, situación fácilmente observable a través de los indicadores de capacidad inutilizada, que disminuyeron para el período; dicha reactivación se asentaba sobre dos variables: el incremento del consumo, debido a la recuperación del poder adquisitivo por parte de los asalariados, y la mejora de las

exportaciones. El aumento en la velocidad de rotación del capital permitió a los capitalistas, sumado a las facilidades crediticias, arancelarias e impositivas otorgadas por el gobierno, soportar los incrementos salariales y el congelamiento de precios. Sin embargo, pronto los problemas comenzaron a manifestarse; creció en poco tiempo y en forma desmedida el déficit estatal, dada la política de subsidio permanente a las exportaciones e importaciones y al duplicarse las erogaciones en salarios y transferencias a las empresas y triplicarse el gasto transferido a las provincias. Pero donde mejor se observa el rápido deterioro del proyecto es en el movimiento de las variables fundamentales: control de precios, ganancia y salario y la cuestión del costo de la vida.

La política de inflación cero se transforma en una ilusión del equipo económico, frente a un mundo capitalista caracterizado por altas tasas inflacionarias. En un principio, a través de subsidios permanentes y de diversos tipos, el gobierno logra reducir la inflación: desde julio de 1973 a marzo de 1974 el costo de la vida en Buenos Aires, ajustado, aumentó en un 7 por ciento y, entre marzo de 1973 y marzo de 1974, la inflación fue sólo del 14 por ciento, contra el 80 por ciento contabilizado en mayo de 1973; el elemento clave fue el Pacto Social. La congelación de precios se mantuvo estrictamente hasta abril de 1974 (liberación de algunos precios, particularmente el del petróleo). Posteriormente, comienzan a cambiar los indicadores económicos: la tasa anual de incremento del costo de la vida para dicho año osciló alrededor del 27 por ciento; sobran razones para el cambio.

En primer lugar, en febrero de 1974, mientras los precios tendían a crecer a un 7 por ciento, los componentes importados lo hacían a un ritmo superior: 43.6 por ciento; sin subsidio, la tasa de ganancia se hubiera desplomado abruptamente. En segundo lugar, la incidencia de los aumentos salariales no pudo contrarrestarse, a pesar del incremento de la velocidad de rotación del capital y de las facilidades de todo tipo otorgada por el gobierno; el Pacto Social sólo podía producir efectos cortoplacistas y la "indisciplina" obrera cerraba toda posibilidad de incrementos sustanciales de la productividad e intensidad del trabajo. En tercer lugar, pese a ser el sector privilegiado por el proyecto económico, los incrementos salariales afectaron más a la pequeña y mediana empresa, al aumentar los mínimos salariales vigentes y tender a la homogeneidad salarial. Este sector, por otro lado, es incontrolable en el proceso de reproducción del capital, al constituir el grupo social más numeroso y alrededor del cual, entonces, pierde eficacia la política de concertación. En cuarto lugar, desatada la especulación, se agudizó el marco de contradicciones y se puso de manifiesto lo endeble de la recuperación capitalista anterior: la reactivación se había desarrollado a partir de la reducción de los márgenes de capacidad ociosa, habiendo disminuido la inversión bruta fija para el período, salvo la realizada en equipo de transporte. Por último, la reacción de la burguesía ter-

teniente no se hizo esperar, acicateada por el hecho de que el precio internacional doblaba el precio interno; los proyectos de ley de impuestos a la renta normal potencial y ley agraria, precipitaron el enfrentamiento. Cabe aclarar que el impuesto sobre la renta potencial funciona en sus resultados como un impuesto sobre el valor venal de la tierra y un efecto colateral importante puede ser el de abaratarla favoreciendo el ingreso a dicha rama de producción de otros sectores capitalistas. De todos modos, "el impuesto aparece como la única forma viable de conseguir, tal vez, una intensificación de las inversiones de capital en la actividad agropecuaria sin afectar relaciones sociales de producción".⁵

d] Algunas conclusiones

El retorno del peronismo en 1973 se inscribe en un marco interno e internacional radicalmente distinto a la primera época. La inexorabilidad de las leyes básicas de la reproducción del capital social cerraron paso a las buenas intenciones del proyecto; el capitalismo argentino no estaba en condiciones de soportar la presión permanente ejercida sobre sus leyes tendenciales: era necesario derrotar a la clase obrera (o por lo menos disciplinarla a través de la institucionalización del Pacto Social), eliminar de la competencia capitalista a vastos sectores medios de la burguesía, redefinir la forma de inserción de Argentina en el mercado mundial, favorecer la consolidación económica de sectores importantes de la gran burguesía (terrateniente y financiera) y también incrementar la eficiencia de la intervención estatal. El período de Gelbard, más allá de las buenas intenciones (y fueron muchas!), representa el duro tránsito del capitalismo utópico al capitalismo real, de un capitalismo para las masas hacia un capitalismo coherente y, por esto mismo, contrario a los intereses de éstas.

1. Karl Marx, Prólogo y Postfacio a la primera edición de *El Capital*, varias ediciones.
2. *Plan Trienal*, pp. 61-62.
3. *Realidad Económica*, núm. 15, p. 101, Buenos Aires.
4. *Comercio Exterior*, julio de 1974, México.
5. *Realidad Económica*, véase el artículo de Guillermo Flichman sobre la renta agraria y el impuesto a la renta potencial en núm. 15, p. 84.

La posibilidad del modelo

Jorge Todesca

En mi opinión existen algunos aspectos iniciales que conviene a clarar. Por un lado creo que el plan Gelbard se enmarca bastante ajustadamente dentro de las líneas clásicas de la política económica del peronismo. Suele afirmarse que, sin embargo, tenía un carácter más "conservador" o menos audaz que la política aplicada durante la primera gestión. Sobre este último aspecto hay posibilidad de argumentar en uno u otro sentido, aunque un examen inicial pareciera

dar la razón a quienes se enrolaron en esta segunda posición. Desde mi óptica creo que vale más la pena analizar el marco de posibilidades del Plan Gelbard, tanto en lo económico como en lo político y que éstos son los aspectos fundamentales.

En otros términos, una política puede ser más o menos progresista desde dos puntos de vista. Desde el ángulo de los principios (o la deseabilidad) o desde un enfoque comparativo con una situación preexistente. Entonces, afirmar que la política económica del primer gobierno peronista fue más progresista que la que expresaba el Plan Gelbard, ambas comparadas con sus respectivas situaciones previas.

Esto me sirve de introducción para analizar por qué se agotó el Plan Gelbard, al menos en lo económico. Su propósito era restaurar las bases económicas y sociales del peronismo y avanzar sobre los logros alcanzados en 1955. Aquí está el primer problema: planteaba una continuidad falsa a mi juicio. Digo que era falsa en tanto el modelo aplicado a partir de 1946 había llegado a un punto crítico hacia 1952.

En mi opinión esa crisis no fue cabalmente superada desde entonces hasta 1955, lo que no quiere decir que ese fuera el determinante del golpe militar de setiembre de ese año, cosa que disto de pensar.

En el trasfondo de toda esta argumentación está el problema central de los modelos del tipo Plan Gelbard, la contradicción creciente entre la redistribución del ingreso que plantean y la necesidad de una expansión económica sostenida que requiere que el proceso de acumulación mantenga determinado ritmo.

Así, por un lado las condiciones de la Argentina en 1973 eran diferentes a las de 1955, lo que restaba condiciones en cuanto al avance en la redistribución del ingreso sin afectar la rentabilidad empresarial, de modo tal que la inversión se retrajera.

Por supuesto se puede actuar de manera más compulsiva, pero esto implica salirse de los límites del propio Plan. Cualquiera puede decir que es posible obligar al empresario, por decreto, a reinvertir un cierto porcentaje de las utilidades, pero hay que tener la intención de llegar a estas medidas y la posibilidad política de sostenerlas.

Está claro que lo primero no formaba parte de la filosofía del Plan y en cuanto a lo segundo, las contradicciones existentes al interior del peronismo no se saldaron en una definición en este sentido que se tornara hegemónica, por decirlo de una manera simplificada y eufemística.

Como resultado de lo anterior, el Plan Gelbard se estrelló prematuramente contra las contradicciones que planteaba.

El estudio de los datos existentes revela de una manera clara una contracción en la inversión que no llegó a superarse, a esto se suma el alza de los precios internacionales de los insumos importados, que contribuyó a desestabilizar el precario equilibrio de precios logrado en



los primeros meses y el comportamiento especulativo de sectores del empresario, entre otros factores.

Es más, me parece que si en 1973 no hubiera mediado un buen comportamiento del sector agropecuario, como producto de los altos precios internacionales que se registraban, el Plan hubiera enfrentado mayores obstáculos aún.

O sea que coloco la crisis del Plan Gelbard antes de la muerte de Perón, por lo tanto después de este suceso era muy difícil que el modelo se mantuviera en una situación en la que le faltaba su principal —y quizás única, aunque no menos importante— base de sustentación.

Sólo encuentro a favor del Plan la posibilidad de que, de no haberse muerto Perón, llegarán a superarse en lo político las tensiones generadas en lo económico y que esto diera tiempo a que se concretaran los famosos proyectos de inversión provenientes del área socialista. He revisado estos proyectos, aunque no con toda profundidad, y me parece que aun esto hubiera sido insuficiente para sostenerlo. De todos

modos no sé si por esta vía de análisis no podríamos caer en un poco de historia ficción.

Ahora bien, mis afirmaciones anteriores no significan que piense en la inviabilidad absoluta, con abstracción de tiempo y espacio, de modelos como el de Gelbard. Es más, creo que pueden funcionar según cuáles sean las condiciones imperantes. Es decir, concretamente, si en la Argentina continúa el deterioro de la participación de los asalariados en el ingreso, se desnacionaliza aun más la economía, se resignan áreas de la actividad productiva del estado y se continúa con una política que fortalece las reservas internacionales del país —por citar sólo algunos aspectos— entonces posiblemente habría condiciones para un remozado "Plan Gelbard", por que existiría margen para la redistribución del ingreso, espacio para el crecimiento o reparación de la burguesía nacional y divisas para la compra de los insumos importados que se requirieran sin depender de inmediato del comportamiento de las exportaciones.

Pero, aun suponiendo que este ejercicio de ciencia ficción funcionara, la vigencia de tal política volvería a ser limitada y esto me parece que tenemos que tenerlo muy claro. O sea, habrá que pensar en su agotamiento y en su superación.

Finalmente, me gustaría anticiparme a decir que creo que es difícil, aunque no imposible, que estas condiciones se produzcan. Más bien me inclino a pensar que toda la economía mundial está cambiando en un sentido que no favorece este tipo de modelos, sino que induce opciones más radicales en uno u otro sentido, lo cual vuelve a poner las cosas en el plano de lo político que es donde en efecto se dirimen.

Desde este último punto de vista, el debate es fundamental para el futuro político del peronismo. No puede menos que reconocerse que en general la lucha interna dentro del movimiento peronista se ha ocupado poco de estos problemas. La izquierda peronista cuestionó el Plan Gelbard sin proporcionar opciones ni realizar un análisis en profundidad. El sindicalismo tampoco generó opciones y utilizó su capacidad de negociación para imponer sucesivos ministros de economía que supuestamente garantizaran el logro de sus reivindicaciones, pero indudablemente careció de un proyecto propio. Naturalmente, la disputa por la hegemonía dentro del peronismo tuvo características tales que era difícil que los sectores de pugna dirimieran posiciones alrededor de estos ejes. Pero las posibilidades futuras en mucho dependen de un esclarecimiento del proyecto político del peronismo que debe contemplar necesariamente estas cuestiones.

Es decir, el peronismo debe plantearse de manera integral la problemática de la acción de gobierno. Las tres banderas históricas del movimiento son un punto de partida que requiere articulación con un programa de gobierno y aunque el perfil definitivo de este último no pueda lograrse en abstracto, es posible ir tanteando bases desde ahora.

Inversión

El proceso de inversión sufrió durante 1973 el arrastre de un largo período de estancamiento que no se inició en mayo sino que por el contrario venía desde lejos, como lo diagnosticaron las Coincidencias Programáticas.

A partir de 1974 se produjo un crecimiento acelerado en la Inversión Bruta Fija, que llevó en el tercer trimestre de ese año la tasa de inversión anual al 14.3 por ciento, siendo el crecimiento de la inversión en maquinarias, equipos y otros del 14.5 por ciento.²

A ello ha de agregarse que la Secretaría de Desarrollo Industrial recibió a octubre de 1974 más de mil proyectos destinados a localizar plantas productivas en el interior del país, producto del entusiasmo inverso que se produjo al amparo de una legislación conveniente, como lo demuestran las cifras oficiales de inversión en maquinarias y equipos.

Política agropecuaria

Durante el año 1974, el producto agropecuario creció el 7.2 por ciento³ más que duplicando así la tasa de crecimiento histórica del sector. Se expandió abiertamente la capitalización del sector mediante la incorporación masiva de equipos y se expandió fundamentalmente el mercado interno de los productos agropecuarios como lo demuestran las cifras de todos conocidas.

La legislación y el sistema crediticio estuvo destinada a implementar la eficiencia del sector, a expandir producciones en zonas no tradicionales, contribuyendo así a la integración física y a la descentralización económica.

La política coyuntural permitió paliar los efectos muy negativos que se operaron en todos los países del mundo como consecuencia de la crisis internacional desatada en el año 1974.

Esta crisis pone ante los ojos de todos el único camino de la liberación, que al quebrar los canales de la dependencia nos vuelve fuertes ante las crisis de las metrópolis y nos hace invulnerables, apoyados ante todo en nuestra propia inteligencia y en nuestro trabajo.

La legislación de fondo que en materia agropecuaria pretendió implementar una transformación fundamental se puso en marcha a través del Acta de Compromiso con el sector agropecuario y por cierto no pudo materializarse en plenitud a raíz de la crisis internacional comentada y del abandono que del camino iniciado se hizo posteriormente; pero el crecimiento de la producción, a nivel de stocks ganaderos alcanzados, y la producción y rendimiento de cereales, indicaron claramente la rectitud del camino iniciado. En materia de precios para el productor hubo una serie de problemas y moras que no podemos dejar de reconocer, pero no es menos cierto que permanentemente se hicieron esfuerzos para encontrar soluciones que quizás no satisfacían plenamente a todos pero armonizaban el conjunto.

Política industrial

Durante el período, el ritmo de actividad industrial creció en forma sostenida siendo en el último trimestre de 1974 superior en un 16 por ciento al nivel de producción industrial alcanzado en el segundo trimestre de 1973.

El producto industrial creció en el año 1974 respecto de 1973 en un 6.8 por ciento. Ello representó un aumento importante en la productividad y en el empleo de recursos disponibles en materia industrial, especialmente en el ámbito de la construcción, actividad que alcanzó en el último trimestre de 1974 un ritmo 13 por ciento superior al del segundo trimestre de 1973 y que creció en el año 1974 un 12.5 por ciento.

No hubo desaliento de la actividad empresarial. Por el contrario, la expansión del nivel de actividad dio lugar al crecimiento de las inversiones, que como antes comentamos de acuerdo con las cifras disponibles, tuvie-

ron un impulso significativo como respuesta al nivel de la coyuntura.

Por primera vez se estableció un régimen que permitió la repatriación de técnicos y profesionales emigrados durante los años anteriores y se promovió su radicación en el país mediante un sistema de créditos y subsidios. Los argentinos que habrían sentido la necesidad de irse, encontraron el estímulo para volver. Y muchos que habían rondado la idea de expatriarse, la abandonaron.

Se promovió mediante la legislación adecuada el desarrollo de la empresa nacional, en particular de la pequeña y mediana a través de condiciones especiales para su desarrollo y desde organismos de apoyo, como la Corporación de la Pequeña y Mediana Empresa, que a su vez tenía por misión promover el desarrollo regional.

Nuevos sectores industriales se integraron al comercio internacional mediante la realización de convenios con países latinoamericanos y de otras áreas con las que el país no mantenía flujos importantes de comercio, todo lo que resultó en importantes programas de exportación para la industria automotriz, del tractor e industrias conexas.

Exportaciones

Las exportaciones se acrecentaron sustancialmente, alcanzando el ritmo de las mismas en octubre de 1974, un nivel mayor en un 50 por ciento en dólares a igual período de 1973, lo que permitió llevar las reservas monetarias internacionales a, como dijimos, más de 2.000 millones de dólares durante el año 1974, habiendo partido de 950 millones y luego de reducir significativamente la deuda externa de corto plazo.

Nuevos sectores se incorporaron al comercio internacional, los convenios y nuevas líneas de créditos, incluso de los organismos financieros tradicionales, demostraron no sólo el impulso dado a la política de exportaciones sino que también organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo estimaron positivo el

desarrollo alcanzado por la política imperante. A ello no le reclamamos ningún acuerdo especial, pero sería bueno que quienes lo reclamaron alguna vez o lo crean necesario hacerlo en el futuro, lean lealmente sus informes sobre la economía argentina de 1973 y 1974.

Durante el período se expandió el intercambio internacional y las áreas de comercio y se adoptaron las medidas para lograr una adecuada maximización de los recursos externos y la plena capacidad para obtener divisas, reorientando las pautas de consumo y adecuando específicamente la demanda de automotores como quedó reflejado en el Acta de Compromiso de la Industria Automotriz.

Mercado interno y demanda

Esta política coexistió con la necesaria expansión del mercado interno y transcurrió en el marco de una aguda crisis de desabastecimiento internacional que no pudo dejar de repercutir en nuestro país.

La transformación de la estructura de la demanda, como consecuencia de la redistribución de ingresos, el costo inevitable de ruptura del estancamiento prolongado del aparato industrial y productivo, especialmente en el ámbito de la construcción, produjeron en materia de política comercial un conjunto de anomalías que no podemos negar pero que de ninguna manera son elementos para establecer las afirmaciones negativas que se hacen respecto a una supuesta recesión que no era tal y del auge de un mercado negro que hasta octubre tenía dimensiones relativas.

La reunión de Mar del Plata de setiembre de 1974 fue la más clara demostración de la concepción política que sobre el aparato del estado tenían quienes en aquel momento ejercían la conducción económica.

Queríamos un estado al servicio de la comodidad, eficiente y cooperador de las obras positivas que desarrollaban los organismos provinciales y la iniciativa privada, un estado desconcentrado y en el que todos los estamentos de la comunidad tuvieran una adecuada participación. Por ello creamos la

Segunda intervención

La importancia de la crisis política
Carlos Ábalo

En mi primera exposición no me referí a los efectos de la crisis mundial sobre el programa de Gelbard. Creo que esos efectos no hubieran sido excesivos. Argentina importa 10 por ciento del petróleo que consume, que representa menos del 15 por ciento de las importaciones. En la balanza comercial, lo que perdía con el aumento en el valor de las importaciones petroleras se compensaba con creces con el incremento en los precios de los productos agrarios, lo que está demostrado por la evolución comercial posterior. El déficit comercial de casi 1.000 millones de dólares en 1975 se debió a una política deliberada para crear una crisis en el sector externo, mediante el aumento indiscriminado de importaciones, el descontrol de la sobrefacturación de esas mismas importaciones y la reducción de exportaciones agropecuarias. La inflación importada existió, pero se debió sobre todo al incremento interno del precio del dólar. El tipo de cambio estaba indudablemente retrasado en 1974, pero menos que en la actualidad. Para que ese tipo de cambio depreciado generara expectativas inflacionarias y periódicas y brutales correcciones del tipo de cambio, se necesitó la virtual disgregación del estado, una especulación orientada a la suba del dólar en el mercado paralelo, el control de las importaciones y una dirección complaciente en el Ministerio de Economía y en el Banco Central, cuyo objetivo fue liquidar lo poco que quedaba del programa de 1973, tratar de hacer creer a la gente que ese programa causó la inflación y lanzar una carrera inflacionaria que quebrara el sistema de precios, depriera los salarios y contribuyera a preparar las condiciones para el golpe de estado. La crisis del Plan Gelbard estaba antes de la muerte de Perón en el sentido de que la crisis estaba presente en cualquier economía nacional sometida a las presiones del mercado mundial en crisis. Estas presiones se hicieron más intensas porque se mantuvo el tipo de cambio sin modificaciones, pero —a mi juicio— la crisis que decidió la suerte del plan fue de origen político y —es más— si las reformas se hubieran afianzado, las perturbaciones hubieran sido leves. El aumento del precio de las exportaciones agrarias permitía el subsidio del tipo de cambio mediante la apropiación de una parte de la renta agraria por vía impositiva y de la comercialización externa. En la actualidad, por otros medios y para otros fines, pasa algo parecido: el bajo tipo de cambio sirve para fomentar las importaciones y dejar fuera de competencia a una parte de la industria. Por otra parte, el debilitamiento de los mercados tradicionales de exportación (el cierre del Mercado Común Europeo para las carnes) estaba más que compensado por la diversi-

ficación de los productos exportados y de los mercados de destino. Esto no quiere decir que, con el desarrollo de la crisis, el plan no hubiera necesitado de ajustes en los precios y el tipo de cambio. Simplemente, afirmo que la crisis que terminó con el plan fue, sobre todo, de origen político y, en parte, estuvo orientada por el poder del estado para desbaratar la redistribución de ingresos y crear el precedente de que las reformas proyectadas eran inaplicables. Quedaría por ver si la crisis política incluía lo que algunos llaman la "indisciplina obrera", dando a entender que esta clase ya no aceptaba más limitaciones en su participación en el ingreso, ni siquiera las que surgían del Acuerdo Social. Las aspiraciones obreras necesitaban de una dirección de clase que abriera el camino a una salida obrera o que, en la imposibilidad de hacerlo, ofreciera a la clase una táctica integral para ese momento, lo que necesariamente incluiría un acuerdo salarial. La burocracia sindical discutió el acuerdo social, pero atacó el programa económico sin brindar otra perspectiva integral. Las fracciones políticas que combatían a la burocracia proponían terminar con el acuerdo social, pero no podían tomar el poder ni ofrecían una opción táctica: en definitiva, carecían de política. Sin posibilidades serías de terminar con el capitalismo y roto el acuerdo social, el salario quedó sometido a la completa dictadura del capital. Existe la creencia de que durante el período en que se desarrolló el programa de Gelbard se retrajo la inversión. Las cifras oficiales dicen que en 1974 la inversión bruta interna creció 10.8 por ciento. La desinversión empezó en 1975, cuando dicha tasa cayó 12.5 por ciento y los empresarios se dieron a la tarea de reevaluar sus capitales por medio de la deuda pública ajustable destinada a financiar el presupuesto. El programa de Gelbard no podría ser aplicado en cualquier momento y condición. No podría ser revitalizado ahora, con los cambios ocurridos en la economía mundial y en la economía y la sociedad argentinas. Para la Argentina sigue sin existir, en el corto plazo, una opción no capitalista y cualquier programa de modificación del capitalismo será, en el futuro próximo, más limitado y muchísimo menos progresivo que en 1973. El programa peronista de redistribución de ingresos está bloqueado por la crisis del capitalismo. El porvenir programático del peronismo está en su negación, que es la superación de un populismo que, despojado de reformas, se mostró incapaz de dar una salida a la clase obrera y al pueblo. En un sentido más amplio, las reformas del programa de Gelbard constituyen una oportunidad para discutir las posibilidades del capitalismo nacional. El programa de 1973 ponía, quizá, demasiadas ilusiones en las posibilidades de un capitalismo nacional. Lo que no se puede dudar es que las corrientes ortodoxas del peronismo sí creen en la utopía de un capitalismo autónomo. En la actual organización del mercado mundial capitalista es imposible concebir la autonomía del capital nacional, pero esta premisa correcta no basta para diferenciar distintos

grados de autonomía o para creer, de una manera muy primitiva, que todo desarrollo capitalista nacional está absolutamente subordinado al capital imperialista. La gran burguesía argentina no es absolutamente dependiente. Por lo contrario, sobre todo la fracción de la gran burguesía terrateniente tiene un amplio grado de autonomía, debido al monopolio que ejerce sobre una de las mejores tierras del mundo, a que no necesita tecnología sofisticada para producir, ni capital financiero que se agregue a su ciclo de acumulación, porque éste genera una masa de capital excedente susceptible de ser invertida en otras áreas y grandes saldos exportables. Esta burguesía tiene un gran poder de negociación porque uno de sus principales mercados es la URSS y porque, dominando el aparato del estado, puede ofrecer al capital imperialista una participación en la renta agraria. La promoción de los créditos y las inversiones extranjeras se hace para imponer los programas de estabilización, que —auspiciados por la banca mundial— favorecen sus propios intereses, y para ligar más estrechamente al capitalismo nacional con el capital imperialista. En la etapa de Onganía y Krieger Vasena, la gran burguesía industrial y financiera intentó una especie de socialización parcial de la renta agraria en favor de toda la gran burguesía. Gelbard, con el poder del estado, quiso utilizar esa renta agraria en favor del conjunto de la burguesía industrial (sobre todo del sector menos concentrado y de la burguesía reformista) y de la redistribución del ingreso. Por eso la redistribución no implicaba necesariamente la caída de las ganancias; se basaba en la apropiación de parte de una renta agraria creciente por aumento de los precios mundiales y de la producción. Si la redistribución afectó las ganancias fue porque la reforma impositiva no se aplicó. En la actual fase de crisis y recomposición del capitalismo existe una disputa por la apropiación de la renta agraria en escala internacional entre el capital monopolista y las clases que detentan el monopolio directo o indirecto de las tierras capaces de producir petróleo y alimentos en la periferia capitalista. Deducir la imposibilidad del replanteo del poder para la burguesía petrolera árabe o para la burguesía terrateniente argentina, o la posibilidad de una mayor autonomía para estas burguesías, en función del carácter atrasado de sus respectivos capitalismos o del dominio del capital imperialista sobre el mercado mundial, es minimizar las contradicciones del capitalismo internacional y de la crisis. En función de esa mayor autonomía, por ejemplo, Argentina puede rechazar el embargo de cereales a la URSS o proseguir con un programa nuclear irritante para Estados Unidos.

Pacto social, indisciplina obrera
Gustavo Lugones

Sin apartarme de la intención original planteada en mi primera intervención, esto es, especular respecto a si este tipo de modelos puede resultar interesante como alternativa económica dentro de ciertas condiciones políticas, parece necesario referirse, al menos brevemente, a la experiencia puesta en práctica por Gelbard durante 1973 y 1974, a fin de extraer algunas conclusiones, útiles principalmente para opinar respecto a la viabilidad de dichos modelos. Mencionaba antes que puede esperarse que una política económica de esta naturaleza, por sus características, deba desarrollarse en una situación de crisis permanente a raíz de la lucha entre las fuerzas que presionan por una profundización de las transformaciones y las que tratan de evitar el desenvolvimiento de cualquier gobierno más o menos progresista. Que, por ello, el estado que la adopte deberá tener cierto margen de maniobra y basamento popular y que tendrá que apoyarse en un alto grado de movilización y participación. Varios de los participantes en este debate han señalado que el gobierno contaba, en 1973, con un fuerte respaldo popular y que el fracaso de las experiencias militares anteriores dotaban al peronismo de suficiente margen de maniobras como para impulsar y defender esta política. Me gustaría discutir este punto. En primer lugar, si existía un apoyo masivo, también se presentaba un alto nivel de expectativas populares. Los sectores sociales que habían protagonizado la resistencia a los regímenes militares, esperaban obtener beneficios derivados del retorno del peronismo al gobierno, ya sea en posiciones políticas, reivindicaciones gremiales o situación económica. Baste recordar, como uno de los tantos ejemplos que pueden mencionarse, el crecimiento notable del número de huelgas y paros parciales que se produce en 1973. Desde la óptica del gobierno peronista existía, evidentemente, una grave "indisciplina social". De allí que la política de concertación se basara tan fuertemente en un instrumento como el Acta de Compromiso Nacional para la Reconstrucción, Liberación Nacional y la Justicia Social vulgarmente conocido como Pacto Social. Este instrumento resulta contradictorio con uno de los requisitos planteados para el desenvolvimiento del modelo: apoyarse en la participación popular. Es contradictorio ya que el Pacto Social era netamente desmovilizador. Evidentemente, no cualquier tipo o grado de movilización popular resultaba conveniente a los fines del equipo gobernante: probablemente se pensaba en una "movilización controlada". Sin embargo pienso que se cayó en el otro extremo al basar la política de concertación en un mecanis-

mo (la firma de "Acuerdos") cuya rigidez afectaba fundamentalmente a los grupos o sectores en que el gobierno debería haberse apoyado prioritariamente. Esto demuestra un alto grado de inseguridad por parte del poder ejecutivo, lo que nos lleva al otro requisito señalado oportunamente: estado vigoroso y con margen de maniobra. La conclusión a que puede arribarse es que o no existía tanto margen como en ocasiones se plantea (o al menos así lo creyeron las autoridades), o bien el propio Gelbard cayó presa de sus contradicciones y seató de manos llevado por sus temores a perder el control de la movilización popular. Más que nada, me interesa destacar la inconsistencia del Pacto Social con las características básicas de este tipo de modelos, ya que frecuentemente se los ha vinculado de tal forma que llega a confundirse la política de concertación con la utilización de este tipo de acuerdos o compromisos. Pienso que debemos interpretar al Pacto Social como un simple instrumento empleado por Gelbard para llevar adelante su política económica y que la importancia por él asignada al mismo fue un error, producto de sus contradicciones y de la debilidad sentida por el gobierno para controlar el complicado panorama político de Argentina en 1973. Esto nos puede dejar algunas lecciones. Por ejemplo, que el estado capaz de impulsar este tipo de modelos debe contar con un fuerte consenso, amplio margen de maniobra y auténticos intereses populares. Como de cualquier manera deberá librar una dura batalla contra los sectores y clases que sientan afectados sus intereses, cabe preguntarse si no será más lógico pensar en que un estado con esas características puede y debe encarar transformaciones estructurales más profundas que la búsqueda de mayor autonomía económica y justicia social, dentro de los estrechos márgenes del capitalismo dependiente. Esto depende, por supuesto, de las circunstancias históricas y de la situación política e internacional. Sin embargo, no creo que se necesite la misma correlación de fuerzas para impulsar cambios estructurales de fondo que para desarrollar este tipo de modelos. Para estos últimos los requisitos políticos necesariamente serán menores. Acumulación de posguerra y estructura de poder
Pedro Paz

En el trasfondo de una economía y sociedad que presentaban un desarrollo capitalista bastante complejo, a partir de la segunda mitad de los 50, comienza una nueva inserción del país en el proceso mundial de acumulación bajo la hegemonía norteamericana. Pero esta incorporación a la división internacional del trabajo en la pos-

guerra, encuentra un país con ventajas y desventajas para la penetración de las transnacionales como eje de su acumulación. Entre las ventajas se puede señalar un mercado interno amplio y con una demanda diversificada, ciertas economías externas, dado el avance del previo proceso de industrialización, recursos naturales disponibles, mano de obra calificada, sector exportador generador de excedentes y de divisas para hacer frente a los servicios del capital extranjero, sector público capaz de proveer energía, infraestructura y los insumos que requiera la acumulación. Pero junto con ello, el país muestra una estructura social compleja, un sector terrateniente con experiencia para defender los excedentes que genera, un sector de la burguesía nacional que buscará, cada vez con menos éxito, mantener su cuota en el mercado interno y sobre todo una clase obrera organizada que rápidamente ganará experiencia en la defensa de sus salarios reales y que además fue capaz de movilizarse en la coyuntura política para negociar con cierta habilidad y para establecer alianzas en defensa de sus intereses. Estos elementos explican las dificultades del proceso de acumulación de ese período en Argentina y la presencia de fenómenos altamente conflictivos. Por ejemplo, continúa inestabilidad política que se manifiesta en la alternancia de gobiernos civiles y militares; políticas liberales ortodoxas y políticas desarrollistas; presiones inflacionarias crónicas que expresaban las luchas de diversas fracciones de la burguesía por apropiarse de una masa de plusvalor errática por la capacidad del movimiento obrero para defender sus ingresos reales, etc. Pero debe entenderse que estas alternancias de política económica y de ejercicio del poder, se expresan dentro de una continuidad sostenida por las necesidades de la acumulación en esa fase del desarrollo capitalista de Argentina. Esta modalidad de acumulación se caracterizó por la penetración de las empresas transnacionales, por nuevas funciones del estado (económicas y de represión), por la consolidación de pautas de consumo de bienes duraderos, por la presencia de la concentración y centralización de capitales, etc. En fin, todo lo que las interpretaciones del pensamiento económico latinoamericano identifican como modelo concentrador y excluyente, o nuevas formas de dependencia o proceso de desnationalización. Estos fenómenos estuvieron presentes siempre en el período, sólo que con manifestaciones diferentes. Los distintos gobiernos militares (Aramburu, Onganía, Levingston, Lanusse), los frondistas, los radicales del pueblo, no modificaron el sentido del proceso económico, ni las características centrales de la reproducción del capital. La presencia de Alsogaray como ministro de economía en distintos gobiernos es un ejemplo de esa continuidad. Ahora bien, la continuidad de ese proceso de acumulación, significa un bloque en el poder que se consolida, significa un control de las piezas claves del aparato del estado, significa un sistema de relaciones de poder que se perfecciona,

Corporación de Empresas del estado, por ello aplicamos la concertación, queríamos transformar al estado y reordenar sus funciones básicas. Este era el programa y en él avanzamos sistemáticamente.

Algunas cifras que vale la pena recordar.

Son repasados los temas de las solicitadas pero creo que para todo será también conveniente recordar algunas cifras del período y por ello las coloco aquí como un elemento más para la reflexión:

		Lo que heredamos		Lo que dejamos
Producto Bruto Interno (3)	+	5.7 (7)	+	7.6 (8)
Inversión Bruta Fija (3)	-	1.3 (7)	+	14.6 (8)
Precio al Consumidor (3)	+	79.6 (9)	+	30.2 (10)
Nivel Mensual de las exportaciones (4)		210.1 (9)		314 (10)
Reservar Monetarias Internacionales (4)		950 (9)		1.694 (10)
Tasa de Desempleo (5)		6.1 (11)		2.5 (12)
Salario Real (6)		100.0 (9)		115.3 (10)

- (1) Se refiere a Olaf Palme, primer ministro de Suecia.
- (2) Informe económico, Ministerio de Economía, Segundo trimestre de 1975.
- (3) Variación porcentual anual
- (4) Millones de dólares
- (5) Tasa en porcentaje sobre fuerza de trabajo, en el Gran Buenos Aires
- (6) Índice Base, mayo de 1973 igual 100
- (7) Segundo trimestre de 1973
- (8) Tercer trimestre de 1974
- (9) Mayo de 1973
- (10) Octubre de 1974
- (11) Abril de 1973
- (12) Noviembre de 1974

2) Síntesis de los dos caminos que se presentan.
(Carta dirigida a Isabel Perón en ocasión de su renuncia al cargo el 19 de octubre de 1974.)

1) El Actual: el del fracaso

- a) División del peronismo en sectores irreconciliables, primer paso para su derrota en las próximas elecciones.
- b) Ubicación de personas incapaces e ineficientes en los puestos claves o de carácter sectario.
- c) Aumento del odio popular a figuras que ejercen ostensible influencia sobre la Presidente. Repercusión de este ánimo sobre las FF.AA.
- d) Aumento del descrédito del país frente al mundo y frente a los propios votantes por los atentados del AAA, ERP, y Montoneros. Inseguridad y miedo de la población.
- e) Destrucción acelerada de la continuidad de lo construido en el campo económico.
- f) Dominación del partido por un grupo que no permita la apertura generacional.
- g) Imposibilidad de entendimiento con los gremios que, frente a la fragilidad del sustento gubernamental, darán su apoyo a costa de exigencias sindicales y para la conducción gremial que el país no puede afrontar por el momento.
- h) Ruptura de la unión nacional con el alejamiento de la oposición. Formación de una izquierda peronista que captará parte importante de su caudal original.
- i) Frustración y desviación del estudiantado por el cambio de 180° en la

- política universitaria.
- j) Advenimiento de tendencias totalitarias en el Gobierno. Resurgimiento de Alianza Libertadora Nacionalista.
- k) Peligro inminente de golpe militar o guerra civil. Pérdida posterior de todo control de la situación por las FF.AA.
- l) Pérdida del control de las bases por los gremios.

2) El de la Unión Nacional: la garantía del éxito

- a) Renuncia inmediata e indeclinable de todo el gabinete. Alejamiento total y definitivo de LR y su equipo. Formación de un nuevo gabinete de personal probadas y capaces.
- b) Fortalecimiento de la unidad nacional con la ampliación de consultas de gobierno y profundización de las coincidencias programáticas.
- c) Mayor participación generacional.
- d) Firmeza y equidad en la aplicación de la Ley.
- e) Desaparición de los grupos tipo AAA y supresión de prácticas de exterminación que en vez de derrotar al enemigo generan represalias sin límite no solucionando el problema sino agravándolo.
- f) Análisis de la reacción del extremismo frente a los cambios para determinar si disminuyen las hostilidades —(posibilidad de tregua definitiva)— o si se agravan o mantienen: estado de sitio.
- g) Ley agraria y estudio de medidas populares aceptadas por la nación. Cese de estatizaciones improductivas.
- h) Llamamiento conjunto del gobierno, partidos políticos, iglesia y FF.AA. a apoyar este plan.
- i) Mantenimiento de la alianza de clases a través del funcionamiento dinámico del acuerdo social.

significa la articulación, por parte de los que poseen la hegemonía, de una compleja red de intereses y compromisos que atraviesa la economía, y sociedad en su conjunto. A ese sistema de poder intentó enfrentarse el proyecto político de Perón y el proyecto económico de Gelbard. Y a pesar de la coherencia que se trató de imprimirle a esos proyectos, ellos fueron incapaces de transformarlo o de superarlo. Parafraseando un viejo adagio, se podría decir "dime cómo llegas al gobierno y te diré lo que eres capaz de realizar". En síntesis, se llegó al gobierno, pero no se tuvo el poder suficiente para superar la anterior estructura de poder. La entrega del gobierno a los peronistas fue una respuesta al cada día mayor cuestionamiento y resistencia de la sociedad argentina a esa estructura de poder; pero al mismo tiempo fue una forma de afrontar coyunturalmente su crisis, tener un respiro, contribuir a la descomposición del peronismo y prepararse para una nueva fase de ejercicio del poder, con mecanismos más directos de dominación.

Ese sistema de poder, producto del proceso de acumulación gestado desde los cincuenta, se materializa en el rápido desmantelamiento del proyecto Gelbard. Ese poder tuvo y tiene su presencia (disfrazada o no) en los partidos políticos, en el movimiento obrero, en las organizaciones empresariales, en organismos de la sociedad civil, en diversas estructuras del aparato del estado, en las relaciones internacionales, etc. Las muertes de Rucci y Adelino Romero significaron el ascenso en la dirigencia sindical de un proyecto alternativo al de Gelbard. Tanto López Rega como Gómez Morales y algunos connotados políticos "peronistas" como Cornejo Linares, Anchorena, etc., son la expresión adentro del peronismo de esa estructura de poder. Los organismos de represión no se modificaron; el manejo de varias empresas del estado (YPF, FM, FF.CC, etc.) al fracasar el intento de hacer operar la Corporación de Empresas del Estado, quedó en manos de esa estructura de poder. Esta lista puede ser interminable, y todos los que vivieron de cerca y por dentro el proceso de los años 1973 y 1974 pudieron apreciar cómo no se pudo desmontar la maquinaria de poder que se entregó al peronismo en mayo de 1973. Es en esta perspectiva que se debe explicar el rápido desmantelamiento del Proyecto Gelbard, en el interior del gobierno peronista. Los López Rega, Rodrigo, Julio González, Lorenzo Miguel, Gómez Morales, cumplieron su papel en la descomposición del peronismo y contribuyeron, quizás inconscientemente, para que se comenzara desde el propio gobierno de Isabel Perón a reagrupar fuerzas para rearticular con la máxima coherencia (y también con la máxima represión y dictadura) un nuevo esquema de poder que no necesitara de alianzas políticas, que tuviese continuidad y que garantizara por largos años el reinado de

la explotación en Argentina.

Así como se sostiene que desde 1955 a 1973, hubo continuidad, se postula que el proyecto político de Perón y el proyecto económico de Gelbard constituyeron el mayor intento de la sociedad argentina por romper esa continuidad. Justamente el proyecto de Gelbard permite avanzar en la identificación de las fracciones de la burguesía que lo apoyaban y de aquellas fracciones que el proyecto intentaba desplazar o controlar su excedente. El paquete de leyes en las que buscaba apoyarse la política económica del equipo Gelbard y el Plan Trienal, sugieren que los sectores afectados son las empresas transnacionales, la burguesía agraria latifundista exportadora, el capital financiero, y la burocracia estatal que controlaba las empresas públicas. Las fracciones de la burguesía que suscribieron los diversos pactos, actas de compromiso, etc., estaban constituidas por parte del sector monopolítico nacional (por ejemplo: el mismo Gelbard, Broner, etc.), la mediana burguesía industrial que buscaba llenar los espacios que dejarían las empresas transnacionales, la mediana y pequeña burguesía agraria e industrial del interior y ciertos sectores del comercio. Son precisamente estos sectores los más afectados por las medidas económicas del actual gobierno militar. También se desmanteló su organización (la CGE nacional y provinciales) y la represión política se ejerció sobre varios de sus dirigentes.

El movimiento obrero, si bien en un primer momento a través del pacto social participa del proyecto Gelbard, nunca lo sintió como su proyecto, siempre tuvo una profunda desconfianza en él y finalmente pasó a oponerse a la conducción económica de Gelbard. El partido peronista nunca concibió a Gelbard y su equipo como hombres del partido (en contraste con Caffiero o Gómez Morales, por ejemplo). Muerto Perón, roto el pacto social, desvinculado el partido peronista de la suerte de Gelbard, y la acción de la estructura de poder y de dominación que el peronismo no logró modificar, significaron la convergencia de fenómenos que terminaron por sepultar el proyecto Gelbard. Acabó así el intento de transformar el proceso de acumulación dependiente en aras de un proyecto de capitalismo nacional autónomo.

Queda para otra oportunidad el análisis de las repercusiones de la salida de Gelbard de la conducción económica y de cuáles fueron las características del proceso que condujeron a la actual dictadura militar en el país.

La ideología del capitalismo autónomo

Alberto Spagnolo

Las presentaciones tienden a girar en torno a dos cuestiones; por una parte, la posibilidad de un capitalismo autónomo definido a partir de un proyecto nacional y popular y asentado sobre una alianza de clases entre burguesía y proletariado. Por la otra, las preocupaciones alrededor del rápido desmantelamiento del proyecto Gelbard, expresión histórica concreta del planteamiento general anterior. Desde nuestra línea de argumentación, una duda responde a la otra: dada la utopía del proyecto, su rápido desmantelamiento es consecuencia necesaria.

La ideología del capitalismo autónomo se explica fundamentalmente a partir de la situación del capitalismo mundial en el período entreguerras y básicamente a partir de la crisis del 30. El desmantelamiento del mercado mundial, la caída del comercio, la ruptura de los vasos comunicantes entre naciones sobre la base de un agudo proteccionismo, generaron fuertes trabas a la circulación de mercancías y capitales. Para América Latina es el período caracterizado por una permanente transferencia de capitales desde ramas agrícolas o mineras hacia la industria manufacturera, con altas tasas de ganancia sobre la base de mercados protegidos y casi siempre con la presencia decisiva del estado, subsidiando, protegiendo o asumiendo costos propios del capital privado. Tal situación tiende paulatinamente a revertirse a partir de fines de la década de los 40 y en Argentina cobra relieve particular ya que el peronismo debe cambiar sustancialmente la orientación de la política económica, favoreciendo la producción y exportación agropecuaria, concediendo mejores oportunidades al capital privado nacional y extranjero y limitando la intervención global del estado.¹ El período de posguerra y particularmente a partir de los 60 significan para América Latina un profundo desarrollo capitalista en el contexto de un agudo proceso de internacionalización y centralización del capital a escala mundial. Se reconstruyen los mercados de mercancías y capitales, se recupera el nivel de comercio, tienden a caer las estructuras proteccionistas. Tal reconstrucción, incluso, cuenta con una importante participación de los países socialistas en el flujo de mercancías y capitales. La crisis abierta a finales de los 60, aparentemente reflota la posibilidad del desarrollo autónomo: la socialización de la producción a escala mundial, la internacionalización del capital, el grado de integración de los procesos productivos, el ordenamiento piramidal e interdependiente de la economía mundial, tienden a desvirtuar tal posibilidad. El proceso de reconstrucción a que esta nueva crisis dio (y sigue dando lugar) implica nuevas formas de inserción de las economías nacionales con un hecho incontrovertible: se discuten las formas de inserción pero no se pone en tela de juicio la integración misma como proceso. Para el caso de Gelbard en particular, mientras la tónica general de las leyes de reproducción del capital a escala mundial indicaban una progresiva liberalización del comercio sobre la base de especializaciones productivas de las economías nacionales que les permitieran insertarse en buenas condiciones en la competencia capitalista mundial, Gelbard "por decreto" pretende inaugurar una nueva cruzada por la liberación nacional y contra la dependencia, fundamentación política de nuevo tipo para el viejo sueño del capitalismo autónomo. El rápido agotamiento de las posibilidades de financiamiento de los subsidios a la importación y exportación dan en parte cuenta del rápido fracaso del proyecto.

Pero no acaban allí las inconherencias. Los altos niveles salariales y los controles de precios afectan las posibilidades de valorización del capital salvo que se utilicen mecanismos contrarrestantes efectivos. La lucha reivindicativa permanente de la clase obrera que arrancó la burguesía aumentos y mejoras en las condiciones de trabajo al margen de los aumentos oficiales cerraba el camino a los aumentos de productividad e intensidad; el escaso ejército industrial de reserva que hubiera permitido presionar hacia la baja el monto de los salarios y quebrar así la unidad social de clase; la evolución de los precios internacionales que superaba por amplio margen los internos, etc. Todos estos mecanismos eran imposibles de utilizar en la Argentina de

Gelbard. Quedaba solamente uno, pero de caracteres coyunturales: el incremento de la velocidad de rotación del capital dado el apoyo al consumo vía incrementos salariales y la facilidad de crédito, aspecto que tenía fundamentalmente que ver con el aceleramiento del tiempo de circulación. Rápidamente la burguesía se había ubicado en la nueva situación: la respuesta a las presiones de demanda se dio a partir de la utilización de capacidad ociosa y la inversión bruta fija para el período decreció en un 2,7 por ciento, decremento que hubiera sido aún mayor de no haber mediado la inversión en equipo de transporte (14,7 por ciento), elemento que se explica a partir del impulso dado al incremento de la velocidad de circulación. A pesar de la apariencia del consenso y del acuerdo con la política de concertación, la burguesía no depositó confianza en un equipo económico que afectaba su nervio motor como clase, la tasa de ganancia.

Por otro lado, las exigencias de productividad lanzadas contra la burguesía terrateniente (impuesto a la renta normal potencial), ligadas a las amenazas de expropiación (Ley Agraria) representan en Argentina amenazas contra sectores enteros de la estructura productiva dado el grado de diversificación de actividades de dicho sector social y la centralización del capital en el conjunto de la economía. Pero además, la defensa "objetiva" de la burguesía industrial a través de este tipo de medidas y de otras tales como la política cambiaria, la promoción, el manejo del crédito, etc., entraba en conflicto con la "subjetividad" y la "discrecionalidad" del manejo global del proyecto a través del aparato del estado. Discrecionalidad que, por otra parte, entró rápidamente en conflicto con el ejército y en particular con la tecnoburocracia empresarial del mismo, fuertemente integrada al manejo de resortes económicos básicos del estado burgués. Velozmente así, el proyecto Gelbard terminó existiendo sólo con el aval del propio Perón pero inmerso en un mar de contradicciones, cuestionado por los distintos sectores de la burguesía y fuertemente sacudido por el comportamiento obrero que se negaba, en los hechos, a su institucionalización en el Pacto Social.

El fracaso Gelbard es un acontecimiento histórico singular que exige reflexiones en direcciones precisas. Apuntaremos sólo dos de ellas, para nosotros las más importantes. En primer lugar, el agudo proceso de internacionalización del capital a escala mundial acentúa el carácter internacional, a su vez, de los conflictos de clase y la necesidad de asentar los cursos revolucionarios nacionales en una perspectiva de la revolución mundial (o regional, al menos). Por último, el llamado al retorno a la "Argentina popular" es imposible en la medida que no se defina cla-

ramente el proyecto y se concrete en las alianzas de clases que tal proyecto supone. En este sentido, pensamos que las contradicciones interburguesas difícilmente puedan avanzar hacia un capitalismo autónomo, progresista y nacional. La ruptura revolucionaria planteada en Argentina es de neto corte socialista con clara dirección obrera y con perspectiva de enfrentamiento directo con el estado y el ejército. Así, una reflexión sobre Gelbard impone la necesidad de definiciones claras en torno a ambas cuestiones.

Resultados destacables y límites

Jorge Todesca

En mi anterior intervención omití los aspectos descriptivos del Plan Gelbard, es decir las medidas concretas que se aplicaron y sus resultados, en razón de que en un artículo que se publicará en el próximo número de *Controversia* hago un análisis más detallado de estas cuestiones que lo que permite la extensión de esta mesa redonda. De manera tal que para terminar lo que fundamentalmente me interesa es exponer aquí lo que en cierto sentido podrían ser las conclusiones de ese artículo.

Me parece que hemos avanzado en explicar el fracaso del Plan Gelbard desde la óptica del análisis económico, lo que naturalmente conlleva la incorporación de algunos elementos políticos.

Sin embargo, resulta útil hacer una síntesis de los resultados más destacables del Plan, ya que de lo contrario podría quedar una imagen incompleta de éste.

En ese sentido los puntos principales serían: a) Una mejora importante en la participación de los asalariados en el ingreso durante el primer año de aplicación, con tendencia a estancarse en el nivel alcanzado hasta entonces. Esto condujo a un crecimiento importante de la demanda, lo que a su vez indujo a un aumento en la utilización de la capacidad productiva instalada en la industria. También como resultado de este hecho se incrementaron las compras de insumos importados.

b) Asociado a lo anterior, se manifestó un aumento sustancial en el empleo, tendencia que en términos generales se sostuvo de manera persistente durante 1973 y 1974 y aun con posterioridad.

c) Exitoso control de la inflación, en especial durante el primer año del Plan, con un deterioro posterior debido tanto a causas internas como externas.

d) Estancamiento de la inversión en equipo y maquinaria, que en parte fue paliado por el incremento de la misma en el rubro construcción. Este hecho es uno de los aspectos más importantes a tener en cuenta, máxime si se advierte que se preveía un incremento anual promedio del 12,5 por ciento en la inversión bruta interna, distante de las tasas que efectivamente se alcanzaron.

e) Un incremento del 6,1 por ciento en el producto interno bruto en 1973 y del 6,6 por ciento en 1974 que más que duplicaba la tasa alcanzada en 1972 (3,1 por ciento) y que resulta casi sorprendente comparado con el descenso del 2,0 por ciento en 1975.

f) Comportamiento favorable de las exportaciones en 1973 como resultado de los buenos precios agropecuarios en el mercado externo. Hacia 1974 esta tendencia se mantuvo, pero con un ritmo menor, sostenida en buena medida por los esfuerzos para fomentar las exportaciones no tradicionales. Por lo que toca a las importaciones, la tendencia fue un mayor crecimiento en 1974 que en 1973. Esto originó un aumento importante en las reservas internacionales en 1973, que se mantuvo, aunque atenuado en 1974.

Estos resultados muestran de manera bastante clara un éxito inicial de la política económica, cuya duración fue efímera ya que en 1974 la situación comenzó a revertirse ostensiblemente.

El cambio operado a partir de 1974 fue el resultado de la contradicción entre las dos premisas básicas del modelo en el plano político económico: necesidad de lograr incrementos sustanciales en la inversión y avances importantes en la redistribución del ingreso.

Compatibilizar ambos elementos requeriría un nivel alto de apropiación de la renta agraria, lo que a su vez era contradictorio con la necesidad de asegurar niveles altos de exportación agropecuaria.

El estrecho sendero que quedaba al Plan exigía, entonces, un alto grado de control social. En ausencia de éste su viabilidad enfrentaba un callejón sin salida, como efectivamente ocurrió. Claro que todo esto es fácil decirlo desde el análisis histórico, que permite escoger las líneas de argumentación que mejor convienen a la explicación del fenómeno. Lo difícil es tener la misma percepción desde el presente y adoptar comportamientos políticos correctos, y en este último sentido el fracaso del Plan Gelbard no estuvo solo.



EL JUGLAR

LIBROS DISCOS
PZA. DE LA RUEDA AVE. REVOLUCION 1915 TEL. 548-26-97 MEXICO 20, D. F.

secciones

méxico • américa latina • marxismo
antropología • historia • feminismo
comunicación • psicología • teatro
literatura • economía • lingüística
poesía • sociología • educación

DIRECCION Y REDACCION:
Dr. Karl-Ludolf Hubener (Director).
Adjuntos a la Dirección:
Diana Maggiolo
Daniel González

DIRECCION, REDACCION Y DISTRIBUCION:
Apartado 61712. Chacao. Caracas 106.
Venezuela
Oficinas: Edif. IASA. 6º piso Of. 602
Plaza La Castellana
Teléfonos: 313189 - 313397 - 329975 - 320593
Telex: 25163 ILDIS. Cables: ILDIS-CARACAS
Caracas, VENEZUELA.

SUSCRIPCIONES:
Apartado Postal 874. San José. Costa Rica
Oficina: Edificio Plaza Artilería. 6º. Piso
Teléfono: 22-62-69
San José, COSTA RICA.
Suscripción 1978
6 Números US Dólares 10.
© by Editorial Nueva Sociedad Ltda.
San José, Costa Rica
Impreso en los talleres de Italgraf. S. A.
Bogotá, Colombia
Printed and Made in Colombia 1978.
Edición al cuidado de
Ediciones Internacionales S.R.L.
Apartado Aéreo 91373 Bogotá. 8 - Colombia

NUEVA SOCIEDAD



Envío a ustedes la cantidad de _____

importa de mi suscripción a "Nueva Sociedad" por seis números, a partir del número _____
Pago mediante cheque bancario a la orden de "Nueva Sociedad" o giro postal.

Seis números: US\$ 10 o su equivalente en moneda nacional.

Nombre _____

Dirección _____

LA CRISIS DEL MARXISMO

El marxismo y el minotauro: respuesta a Oscar del Barco

Ludolfo Paramio y Jorge M. Reverte

No hay para el marxista pecado más nefando que el teoricismo. Por ello es muy de agradecer la piadosa preocupación que expresa Oscar del Barco (en el número 2/3 de *Controversia*) por nuestro extravío hacia cimas tan procélicas. Sin embargo, no hay que hacerse demasiadas ilusiones sobre nuestra posible enmienda: "Un hombre acostumbrado a hablar cosas vituperables jamás se corregirá" (*Eclesiástico* 23, 8). Así, en las líneas que siguen, antes cabe buscar nuevas pruebas de nuestra obcecación en el error que posibles indicios de un regreso al buen camino.

La crítica de Oscar del Barco descansa sobre la tesis de que el marxismo no es una teoría. Podría pensarse que lo que intenta subrayar es que el marxismo no es sólo una teoría, pero no hay tal: es la misma noción de teoría el origen del escándalo. En primer lugar, dice Del Barco,

el marxismo no es neutral, luego mal puede ser un conocimiento científico. En segundo lugar, la misma noción de una teoría "capaz de rendir cuenta de la totalidad de lo real" supone la reintroducción en el discurso marxista de la racionalidad del sistema.

Si no hay una teoría en el marxismo, cabe preguntarse cuál puede ser la naturaleza de éste. La respuesta de nuestro crítico es inequívoca: el marxismo, como el minotauro, no es hombre ni bestia. Es "una globalidad [...] en la que es imposible aislar ontológicamente tanto su momento político como su momento teórico". Entre tan singular no es fácil de clasificar, y Oscar del Barco recurre a la "categoría de forma": el marxismo sería el conjunto de las "formas (teóricas) de ser de las clases y sectores de clases explotadas".

De principio, tal afirmación parece un tanto arriada. Y habría que preguntarse si el marxismo es algo "innato", propio de las clases dominadas, inherente a su propia existencia. En primer lugar, porque empíricamente tal cosa parece difícil de demostrar: la historia ofrece abundantes ejemplos de clases dominadas que no utilizan el marxismo para su rebelión, sino otras doctrinas que oscilan entre las tesis anarquistas y la interpretación del Corán. En segundo, porque es más que probable que el propio Marx se levantara de la tumba al oír afirmación así, ya que el marxismo es algo más que el reconocimiento de la explotación por esas clases explotadas. Además, sería pertinente hacer una

segunda pregunta. ¿A dónde conduce el razonamiento de Oscar del Barco? A la conclusión de que la crisis del marxismo no posee un origen teórico, sino político: es la crisis de un modelo de revolución y de práctica política. Es el resultado del fracaso de la revolución en los países del Este y de la incapacidad de la socialdemocracia para transformar radicalmente las sociedades capitalistas avanzadas.

Al llegar aquí un hipotético lector dotado de buena memoria puede sentirse confuso, ya que éste es precisamente nuestro punto de partida en el artículo criticado por Del Barco, aunque sea de forma implícita: allí se hace referencia al hecho de que el origen de la crisis del marxismo se encuentra en su incapacidad para ofrecer alternativas a la dominación del capital en Occidente y en la toma de conciencia del fracaso de la revolución en Oriente (véase *Controversia*, 1, p. 14). ¿Cuáles son entonces nuestras diferencias?

Cabe aventurar la hipótesis de que tales diferencias más imaginarias que reales surgen a partir de algunos equívocos de índole más bien lingüística. En primer lugar, de la negativa de nuestro amable crítico a reconocer que dentro del marxismo existe una teoría. El proyecto marxiano se caracteriza, sin embargo, por la unidad de tres elementos claramente diferenciales:

- 1] una opción ética o política por el socialismo;
- 2] una teoría materialista de la sociedad;
- 3] una visión del mundo susceptible de fundamentar una moviización colectiva por el socialismo.

Como se sabe, la opción por el socialismo o por el comunismo es bastante anterior al marxismo. Lo que Marx y Engels reivindicaban (muy justamente) en el *Manifiesto* como su aportación específica es el hecho de que sus tesis teóricas (las "tesis teóricas de los comunistas") "no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo". Por el contrario, "no son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existentes, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos".

Es decir, que para Marx y Engels la opción por el socialismo no es una opción idealista, sino una opción basada en un análisis materialista (científico) de la realidad social, análisis que permite enraizar la estrategia en el movimiento real de lo existente. Así, tenemos una opción individual (ética) o colectiva (política) por el socialismo, y una teoría de la sociedad que fundamenta la legitimidad de esta opción en términos de racionalidad. Ahora bien, no es posible pretender fundir estos dos elementos en ningún tipo de misteriosa "globalidad" sin caer en la vieja y familiar falacia naturalista o en el teleologismo histórico.

¿Por qué afirmar entonces que el marxismo no tiene una componente teórica? Cabe buscar varias explicaciones de esta singular posición, que tanto habría sorprendido a Marx. En primer lugar existe una tradición crítica, más o menos vinculada a la Escuela de Frankfurt, que ha centrado su artillería en el conocimiento científico como muestra de la "racionalidad ins-

trumental". En segundo lugar, una buena parte de la filosofía francesa contemporánea insiste en pensar al marxismo como crítica y no como ciencia; la hipótesis subyacente parece ser la misma que maneja Del Barco: cualquier afirmación sustantiva sobre la realidad social supone una reintroducción y un fortalecimiento de la racionalidad del sistema.

Estas posiciones pueden ser respetables, pero no parecen compatibles con el proyecto marxista clásico. Más bien se presentan como una respuesta idealista a las dificultades teóricas y prácticas a las que se enfrenta este proyecto en coyunturas tan imprevisibles como el auge de los fascismos, la expansión capitalista de la posguerra o la consolidación de formaciones sociales atípicas como las de los países del Este. Pero esta respuesta es una huida, no una alternativa. El marxismo debe ser capaz de explicar la realidad social para edificar sobre ella la estrategia de lucha por el socialismo. Y esto requiere una teoría.

En este sentido, la conversión del marxismo en un objeto indefinido y ambiguo aparece claramente como una maniobra de evasión. Frente a las evidentes insuficiencias de la teoría económica marxista, por ejemplo, los filósofos "críticos" no responden con un intento de reconstrucción de la teoría, sino con la ingenua afirmación de que el marxismo no es una "economía", sino una "crítica de la economía". Se puede imaginar lo que diría de tales expedientes el propio Marx, a juzgar por su crítica de Proudhon, de quien afirma: "En Francia tiene derecho a ser mal economista por ser buen filósofo alemán. En Alemania tiene derecho a ser mal filósofo porque pasa por ser economista francés de los más importantes". ¿Es éste también el destino del marxismo?

¿Dónde interviene entonces la política en la crítica del marxismo? Conviene dejar en claro, de entrada, que el marxismo es, por definición, un discurso, y que sólo en este plano, el plano de los sistemas de representaciones, puede entrar en crisis. Quizá esta afirmación tenga un sonido teorístico, pero eso no es culpa nuestra, desde luego. Si aceptamos esto, la cuestión es saber cómo el fracaso de la revolución se refleja en una crisis del discurso marxista.

La respuesta es doble. En primer lugar, el fracaso de la revolución crea una crisis específicamente teórica, que se resume en el hundimiento del modelo de revolución que tradicionalmente se identificaba con la revolución de Octubre. Pero en segundo lugar, y este es el aspecto políticamente activo de la crisis del marxismo, la crisis teórica se traduce en el estallido del marxismo como concepción del mundo, es decir en la crisis del tercero de los elementos que antes señalábamos como constitutivos del marxismo.

En efecto, sin un modelo de revolución (sin un paradigma de transición al socialismo) no es posible constituir una ideología, una concepción del mundo capaz de aglutinar a un nuevo bloque social portador del proyecto socialista aquí y ahora. Esta es una de las grandes tragedias de la izquierda en el momento actual, como ya se ha señalado en muchas ocasiones: frente a la ofensiva política e ideológica de la derecha, la

izquierda carece de una visión del mundo alternativa, de una imagen creíble y deseable del socialismo.

Del Barco parece creer que la elaboración de un nuevo paradigma de transición al socialismo exigiría como condición previa el triunfo de la revolución (de alguna revolución). No es cierto: sólo exige una proyección verosímil de las tendencias que percibimos en la lucha de clases actual. Y a la inversa: sin una imagen del socialismo y de la transición al socialismo es más bien improbable que llegue a configurarse un proyecto socialista sólido.

No se trata de hacer teoricismo ni de volver a la vieja imagen del partido leninista, nuevo Prometeo que lleva la conciencia a los movimientos sociales. Se trata simplemente de reconocer que un grupo social sólo se transforma en fuerza política cuando se dota de un sistema de representaciones capaz de cuestionar la legitimidad simbólica del orden existente.

La falacia lingüística sobre la que se edifica el razonamiento de nuestro amable crítico, por lo demás, es muy visible: "esta carencia de modelos de transición", nos dice, "no proviene de una falsación, vale decir de un movimiento cerrado del orden teórico, sino que es producto de la experiencia global del movimiento revolucionario, es producto del fracaso de los países socialistas y de la imposibilidad de realizar la revolución según la estrategia reformista o bolchevique". Pero decir que una falsación es un movimiento cerrado del orden teórico es jugar con las palabras: una falsación sólo es posible mediante la confrontación de la teoría con un hecho exterior, el fracaso de la revolución en nuestro caso.

Y es que todo es muy sencillo si se acepta llamar a las cosas por su nombre, sin excesivos miedos al posible teoricismo o a otros males: la experiencia política del movimiento obrero y de la lucha por el socialismo es un material real sobre el que se edifica el discurso teórico marxista. Si el movimiento de lo real desmiente las predicciones del discurso, el problema es reconstruir éste para conseguir que dé cuenta de la realidad. Y en la medida en que la visión marxista del mundo sea parte importante de la aglutinación de una fuerza política socialista, la resolución de la crisis teórica del marxismo será una parte no despreciable de la lucha por el socialismo.

Del Barco mantiene a lo largo de su análisis un malvado paralelismo entre nuestro pecado de teoricismo y la teoría leninista del partido como portador de la conciencia de clase y de la teoría revolucionaria. Una lectura atenta de nuestro anterior artículo puede revelar fácilmente que nuestra visión del papel que desempeñan la teoría y los sistemas colectivos de representación, en general, en el proceso histórico, es bastante más modesta. Cabe sospechar, en cambio, del posible leninismo de su afirmación de que la actual crisis del marxismo "es consecuencia del fracaso de las propias clases explotadas en su lucha por construir una alternativa socialista". Repárese aquí la muy Jacobina idea de que, si el movimiento real de la historia no coincide con nuestras concepciones teóricas, ha de culparse a la historia (o a las clases explotadas) por su torpeza.

Más sensato sería reconocer que los teóricos marxistas (de alguna manera habrá que llamarlos) se equivocaron en sus análisis, llevados por la impaciencia revolucionaria o por la imposibilidad de prever el futuro: son ellos, y no las clases explotadas, quienes han fracasado en su lucha. Las clases explotadas no lo están haciendo nada mal, aunque probarlo sería tema de otro artículo. Así, lo que podemos ir haciendo los "teóricos" (incluyendo a Oscar del Barco, con su permiso) es abandonar nuestros prejuicios y concepciones heredadas y tratar de comprender "el movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos". Quizá nos acusen de teoricismo, pero al menos estaremos siendo honrados.



El camino histórico del concepto de hegemonía

Corrado Vivanti

Quizás no sea del todo inútil remontarse al doble desarrollo del término hegemonía en el lenguaje político moderno, desde el momento en que es recuperado por el vocabulario especializado de los estudiosos de la antigüedad clásica, en los años en que el destino nacional de los pueblos divididos en varios estados se convirtió en central en los intereses políticos europeos. Así, en la primera mitad del siglo XIX, se habla de una aspiración del Piamonte a la hegemonía sobre Italia, o de Prusia a la hegemonía sobre Alemania. En este sentido el término se desarrolló en una acepción muy próxima a la de definir, sobre todo en la cultura alemana, hasta definir una forma de relaciones entre estados de diversas nacionalidades. Si, para limitarnos a la más completa enunciaci3n de este modo de concebir la hegemonía, nos referimos al estudio de H. Triepel (editado en Stuttgart en 1938), vemos como esta noci3n es empleada para definir "una especie de influencia particularmente fuerte", ejercida sobre otros países por un estado en condiciones de no recurrir, para afirmarse, a la brutalidad del inmediato sojuzgamiento. Ya Cantimori, en una importante reseña de 1941, observaba que, en este sentido, el fenómeno de la hegemonía se aproximaba hasta identificarse con el del imperialismo "en su forma clásica" definida por Lenin.

Sin embargo, vale la pena señalar también un significado distinto de hegemonía. Gioberti (objeto de un atento estudio, como es sabido, por parte de Gramsci, que en la cárcel tuvo ocasi3n de leer también la monografía de Anzilotti, dedicada en los capítulos finales al "nudo histórico de 1848-1849" y a las reflexiones atinentes a nuestro tema) había usado en el *Rinnovamento civile d'Italia* (1851) el término hegemonía, definiéndola como una "supremacía [...] no legal ni jurídica, propiamente hablando, pero de eficacia moral". Y en esta acepci3n, que me parece característica de esas actitudes giobertianas que Gramsci llamó "jacobinas" (*Quaderni*, pp. 1914-1915), el término es sin duda usado desde la famosa página de *La cuesti3n meridional*: "Los comunistas turinenses se habían planteado concretamente la cuesti3n de la hegemonía del proletariado, es decir de la base social de la dictadura proletaria y del estado obrero".

Hay que tener en cuenta justamente la relaci3n que aquí se establece entre hegemonía y una noci3n, hoy tan crucial, como la de dictadura del proletariado. Sabemos que esta noci3n deriva a Marx del pensamiento revolucionario francés y, en particular, de ese filón bouvista que encontr3 en la obra de Buonarroti su ilustraci3n más exhaustiva.

En la elaboraci3n ideal posterior a 1848, el concepto de dictadura del proletariado se contrapondrá cada vez más decididamente, tanto en Marx como en Engels, al proyecto blanquista de una dictadura de la minoría revolucionaria activa, especificándose en la idea de "revoluci3n de mayoría". Y esta visi3n habrá de desarrollarse particularmente después de la experiencia de la Comuna, cuando la funci3n hegemonía de la clase obrera se irá delineando a través de la concepci3n de los "productores" —una probable recuperación saintsimoniana, operada también en base a las consideraciones sobre el capital productivo, desarrolladas luego en el libro tercero de *El capital*— y la aserción de que la revoluci3n comunista había puesto las bases para esa emancipaci3n del trabajo por la cual "todos se convierten en obreros y el trabajo productivo cesa de ser un atributo de clase". La comuna es, en efecto, "la primera revoluci3n en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisiense" (*Obras escogidas*, t. II, p. 238). Si el término hegemonía no aparece aquí, está, por cierto, bastante próximo.

Pero es preciso destacar otro punto para comprender la relaci3n entre la hegemonía y el problema de la dictadura del proletariado. No por azar en ese famoso fragmento de la carta a Wey-

demeyer de 1852, en el que Marx destaca su propia contribuci3n al análisis de la sociedad (la relaci3n entre clases y sistemas productivos, y entre lucha de clases y dictadura del proletariado) se detuvo Lenin al preparar la segunda edici3n de *El estado y la revoluci3n*, después de la conquista bolchevique del poder; así como las diferentes formas de los estados burgueses —observa— se resumen en última instancia en la dictadura de la burguesía, así la transici3n del capitalismo al socialismo "no puede menos que dar un gran número y una gran variedad de formas políticas", aun siendo siempre una dictadura del proletariado.

Si este principio, afirmado precisamente apenas ocurrida la Revoluci3n de octubre, estaba destinado a ser obliterado después del fracaso de la revoluci3n mundial, cuando, todavía con Lenin, aunque con mucha mayor rigidez en los años del régimen estaliniano, la experiencia soviética es acogida como modelo repetible, válido para todos los países, no es menos cierto que la importancia del texto leniniano permitía mantener viva la hipótesis de diversas vías nacionales al socialismo; así como en las diversas edades se desarrollaron siempre distintas formas políticas, aun en el ámbito de las mismas relaciones de producci3n, según fuera su mayor o menor desarrollo, y por tanto el nivel alcanzado por las fuerzas sociales en contraste, así también el advenimiento de una nueva clase dominante no puede evidentemente verificarse fuera de un preciso contexto histórico, que condiciona por igual la existencia y las instituciones de la nueva formaci3n estatal. Es verdad que esto no significa que dicha multiplicidad de formas en la transici3n al socialismo deba conducir a menospreciar el carácter esencial de la transici3n misma, es decir la transformaci3n de fondo de los aparatos de gobierno, la creaci3n de un estado nuevo. Sobre todo debe observarse cómo en relaci3n a las experiencias políticas que en algunos casos se están operando no han sido suficientemente elaboradas todas las implicaciones institucionales necesarias de la fase de transici3n. Si la experiencia política concreta precede, y en gran medida, toda tentativa de sistematizaci3n conceptual, en este sentido no se trata tanto de innovar o rever conceptos y análisis de la tradici3n del pensamiento marxista como de desarrollar observaciones, ideas, y reflexiones todavía con frecuencia embrionarias.

Por lo tanto, cuando Antonio Giolitti observa que los comunistas parecen preferir el insistir sobre la continuidad de su elaboraci3n ideal antes que poner de relieve las grandes e importantes novedades de las posiciones actuales, conviene examinar en qué medida nuestra adhesi3n a una tradici3n de pensamiento es mero conservadurismo doctrinario (ortodoxia) y en qué medida, en cambio, es el inevitable afinamiento en las fuentes culturales de las que extraemos la savia vital. Hasta las propias indicaciones nuevas suscitadas por la iniciativa de los mayores dirigentes del PCI —de las vías nacionales al socialismo, hasta la estrategia del compromiso histórico— perderían obviamente su adherencia, reduciéndose a meros expedientes tácticos si —expulsadas de su contexto ideal y de un debate hoy ya más que secular— fuesen privadas de su espesor cultural.

Piénsese en qué ha significado para el socialismo y para el marxismo el problema de los campesinos y el de los intelectuales. La hipótesis de una dicotomía, con la que es caracterizada en el *Manifiesto comunista* la sociedad de la época, derivada del antagonismo entre burgueses y proletarios, se ha venido articulando cada vez más, en particular después de las transformaciones económicas y sociales de los últimos veinte-treinta años del siglo XIX, cuando, a continuaci3n de la crisis de 1873 y de la "gran depresi3n", se desarrollaron las tendencias a la concentraci3n monopolista y a la formaci3n del capital financiero, junto con aquellos fenómenos de conquista y de expansi3n colonial, que fueron los aspectos evidenciados particularmente en el imperialismo

por los ensayos y estudios de los primeros años del nuevo siglo (desde Hobson a Hilferding y a Lenin). Entre los elementos esenciales que a caballo del siglo se desarrollaron en los ambientes variadamente inspirados en el marxismo (del cual se estimó inevitable la "revisi3n" por la capacidad de recuperaci3n demostrada por el capitalismo) existió ciertamente la necesidad de no aislar a la clase obrera en los procesos políticos que la comprometían sino, por el contrario, de englobar en la perspectiva revolucionaria a nuevos estratos sociales, en relaci3n a los cuales veremos desarrollarse la rápida observaci3n marxiana sobre la "iniciativa social", reconocida por las distintas clases productoras parisenses al proletariado, precisamente en el sentido de la hegemonía.

Uno de los méritos históricos de Kautsky reside indudablemente en haber indicado el estrecho nexo existente entre "cuesti3n agraria" y proceso de democratizaci3n del estado. En *La cuesti3n agraria* (1899), aun atribuyendo a la socialdemocracia alemana una "esencia" urbana, destinada a perdurar y a diferenciarse de los partidos campesinos, Kautsky indicaba en la transformaci3n en un "estado civil" del "estado policial" existente el objetivo de una lucha que habría de resultar ventajosa también para los trabajadores del campo, aproximados de tal manera a la causa revolucionaria. Procacci, en su introducci3n a esta obra de Kautsky, ya observó que "por primera vez revoluci3n democrática y revoluci3n proletaria, democracia y socialismo acertaban a ser presentados no como movimientos y corrientes competitivas y diferentes, sino como fases históricas y sucesivas de un mismo proceso de liberaci3n".

En torno a esta línea habría de desarrollarse el debate, sobre todo apenas sucedida la revoluci3n rusa de 1905, y precisamente el concepto de hegemonía pudo aparecer como un punto de referencia significativo, si (independientemente de la terminología usada: direcci3n y dirigente, con mucha mayor frecuencia que hegemonía y

hegemónico, en el texto ruso) prestamos atenci3n al sentido general que él asume ya en los escritos de Lenin de este periodo (véase Luciano Gruppi, *El concepto de hegemonía en Gramsci*, pp. 30 ss.). La bien conocida indicaci3n por la cual "desde el punto de vista proletario, la hegemonía corresponde [...] a quien lucha con mayor energía (...), a aquel cuyas palabras no difieren de los hechos y que es, por lo tanto, el dirigente ideológico de la democracia que critica todo lo que sean posiciones a medias" (*Obras*, t. 8, p. 73), no puede hacernos pensar simplemente en una "direcci3n política" precisamente por la valencia cultural e ideológica que se le atribuye al término. En efecto, en los límites de una revoluci3n democrática, Lenin juzgaba posible "unir la voluntad del proletariado y de los campesinos", porque la precisa determinaci3n de los fines revolucionarios permitía a la clase obrera afirmar la propia direcci3n y realizar "la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos" (*Obras*, t. 9, p. 50).

Precisamente contra esta formulaci3n que había orientado la crítica de Trotski, quien, en *Resultados y perspectivas* (1906), planteaba fuertes reservas sobre la capacidad de campesinos e intelectuales de desarrollar posiciones revolucionarias consecuentes; por esto, sólo la clase obrera debía ejercer la hegemonía en un gobierno revolucionario y por lo tanto en el paí, y sólo al proletariado se le asignaba el papel de guía, en cuanto que fuerza dominante y dirigente. Así, la idea de hegemonía era subsumida en la dictadura de clase en base a una rígida consideraci3n de las fuerzas productivas. Indudablemente la actitud distinta de Lenin se debía a su concepci3n particular derivada de lo que Sereni ha indicado como el redescubrimiento de la categoría de "formaci3n económico-social" elaborada por Marx, pero soslayada por toda la II Internacional (*La categoría de "formaci3n económico-social"*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 39, pp. 55-95). Como observa Sereni, este concepto, "lejos de permanecer confinado en la esfera económica, asume la totalidad de la vida social, en la unidad de todas las esferas, en la continuidad y, al mismo tiempo, en la discontinuidad de su desarrollo histórico". Así, si desde cierto punto

de vista una distinción separa, en los escritos de Lenin, la fase democrática de aquella socialista, se señala que entre ambas existe una relaci3n dialéctica, y los dos estadios revolucionarios, que todavía en Kautsky eran vistos separados por un lapso de tiempo correspondiente en la práctica al desarrollo de toda una época histórica —la del dominio de la burguesía— en Lenin se suceden en cambio sin soluci3n de continuidad.

Desde este punto de vista podemos relevar un desarrollo importante: aquello que, en las *Dos tácticas de la socialdemocracia* (1905), era considerado todavía como un momento transitorio de la lucha revolucionaria —la alianza con los campesinos del proletariado, hasta la instauraci3n de esa "dictadura democrática de los obreros y de los campesinos", que debe ser luego superada a través de las transformaciones a realizar aun en violento contraste con los aliados de ayer— deviene, después de la Revoluci3n de octubre, en una visi3n estratégica, si a través de esta alianza se realiza precisamente la dictadura del proletariado. Es el mismo tejido de la nueva sociedad el que se torna cada vez más complejo y adecuado a las exigencias de un paí moderno, y en la construcci3n de las nuevas formas de vida económica, capaces de permitir la transformaci3n de Rusia, el partido revolucionario debe saber exaltar aquellas relaciones de fuerza que, antes que aplastar a la sociedad civil en las formas más funcionales a una visi3n economicista del desarrollo, intensifican los momentos de creaci3n del consenso en condiciones de desplegar un papel dinámico en la relaci3n misma con los elementos estructurales de la nueva formaci3n económico-social. Así, mientras el momento restrictivo de la direcci3n estatal —la dictadura del proletariado— permanece limitado a la esfera de las relaciones con la clase antagónica, reducida a una minoría derrotada, aunque no todavía del todo en desbandada, la hegemonía obrera es vista como preponderancia de un grupo social en el interior de un conjunto dialécticamente unitario de fuerzas concurrentes a un único fin: la construcci3n del socialismo. Los escritos de Lenin del último periodo —cuando, superado el huracán de la guerra civil y la fase

del comunismo de guerra, la construcci3n de una nueva sociedad socialista en una perspectiva de amplio aliento se impone como elemento central a su reflexi3n— nos permiten aferrar el significado que asume para él el problema de la hegemonía obrera precisamente a través de la angustiante preocupaci3n por asegurar a la revoluci3n el apoyo siempre más profundo y convencido de los campesinos.

Procacci ha indicado convincentemente "un primer esbozo de una teoría socialista de la divisi3n de los poderes" en la funci3n asignada por Lenin a los sindicatos en el debate que sucedió al lanzamiento de la NEP (*El partido en la URSS 1917-1945*, Barcelona, Laia, 1977, p. 81). Precisamente en la relaci3n entre dictadura del proletariado y sindicatos, Lenin indicaba en éstos "una organizaci3n de la clase dirigente, dominante, de la clase en el poder que ejerce la dictadura, que aplica la constricci3n ejercida por el estado", y sin embargo no en cuanto que "organizaci3n coercitiva", sino como "una organizaci3n que se propone educar, hacer participar, instruir" (*Obras*, t. 32, p. 10). Así, la desconfianza expresada en el *¿Qué hacer?* acerca de las posibilidades de una clase obrera privada de la guía de un partido revolucionario, madura aquí una consideraci3n que permite explicar algunas características institucionales del estado socialista.

Subsisten sin embargo fuertes elementos de continuidad en la visi3n de la relaci3n entre el partido y las masas: así como en *Dos tácticas de la socialdemocracia* se postulaba al partido obrero como responsable del poder en una revoluci3n democrática, por desconfianza hacia la burguesía liberal, juzgada demasiado débil para cumplir en Rusia aquello que en otros países del Occidente europeo había sido su funci3n histórica, así también, después de la revoluci3n, precisamente a través del poder político, Lenin pensaba como posible la construcci3n de la "base material" indispensable para una sociedad socialista. Y precisamente el partido revolucionario debía ser el instrumento de la hegemonía obrera —y no viceversa— para hacer transitar al paí "del pobre rocín campesino del mujik [...] al caballo de la gran industria mecánica" (*Obras*, t.



TEATRO DEL OPRIMIDO 1
teoría y práctica

Augusto Boal

Uno de los renovadores más fecundos del actual teatro latinoamericano, el brasileño Augusto Boal, desarrolla en este volumen una serie de trabajos que abren la perspectiva para una concepci3n del arte dramático más acorde con las urgencias de nuestro tiempo y, en especial, de nuestro continente.

EDITORIAL NUEVA IMAGEN
SACRAMENTO 909 MÉXICO D.F. TEL. 534-1005 Y 543-5642



SIGLO VEINTIUNO EDITORES

una editorial al día con el mundo

IMPERIALISMO Y CRISIS POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

CLASES SOCIALES Y CRISIS POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA
Instituto de Investigaciones Sociales

UNA EXPLOSI3N EN AMÉRICA: EL CANAL DE PANAMÁ
Enrique Jaramillo-Levi (compilador)

LAS CORPORACIONES TRANSNACIONALES Y LOS TRABAJADORES MEXICANOS
Antonio Juárez

PUERTO RICO Y ESTADOS UNIDOS: EMIGRACI3N Y COLONIALISMO
Manuel Maldonado-Denis

BELIZE. EL DESPERTAR DE UNA NACI3N
Ma. Emilia Paz Salinas

ACUMULACI3N DEPENDIENTE Y SUBORDINADA
Carlos Perzabal

EL DESARROLLO Y LA POBLACI3N EN AMÉRICA LATINA
Raúl Urzúa

COLOMBIA HOY
Varios autores

ECUADOR HOY
Varios autores

TRANSICI3N, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA
La experiencia chilena
Sergio Bitar

FUERZAS ARMADAS Y ESTADO DE EXCEPCI3N EN AMÉRICA LATINA
Mario Esteban Carranza

LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA
Eduardo Galeano

IMPERIALISMO Y LIBERACI3N EN AMÉRICA LATINA
Pablo González Casanova

EL ENEMIGO
Lo que todo latinoamericano debe saber sobre el imperialismo
Félix Greene

Muy próximas a las indicaciones de Lenin sobre la "construcción material de la nueva sociedad", una vez conquistado el poder, son "como ya se ha observado— las consideraciones de Gramsci sobre la dictadura del proletariado, que estará en condiciones de "romper los derechos y las relaciones antiguas inherentes al principio de la propiedad privada" a condición de que acompañe su "acción destructiva y de control" con "una obra positiva de creación y de producción" (*L'Ordine Nuovo*, p. 42). Pero si "la revolución es proletaria y comunista sólo en cuanto es liberación de fuerzas productivas proletarias y comunistas que habían venido elaborándose en el seno mismo de la sociedad dominada por la clase capitalista" (*ibid.*, p. 136), bien presto el concepto de dictadura parece identificarse con el de hegemonía: "la dictadura del proletariado es expansiva, no represiva. Un movimiento continuo se verifica desde abajo hacia arriba, un continuo intercambio a través de todas las capilaridades sociales, una continua circulación de hombres". Obsérvese que en este escrito ("Jefe", de 1924, dedicado a la muerte de Lenin) Gramsci intenta establecer una neta contraposición entre las instituciones y las formas del dominio del proletariado y las del fascismo, bastante preocupado por precisar aquel concepto de dictadura sobre el cual el éxito del régimen mussoliniano proyectó una sombra de ambigüedad.

Sin embargo, el problema de la hegemonía —ya en *La cuestión meridional* y desde las primeras notas de los *Cuadernos de la cárcel*— implica la relación dialéctica entre las clases en el período de transición, más allá del aspecto político del poder. La distinción entre clase dirigente y clase dominante da precisamente la medida de la amplitud del concepto de hegemonía. No es preciso destacar que el párrafo central de esta reflexión (*Quaderni*, p. 41) nace de consideraciones sobre el proceso de formación del nuevo estado unitario en Italia, o sea del examen de un proceso que, si había llevado al predominio de una nueva formación económico-social, había comprometido con un movimiento sólo en ciertos aspectos revolucionarios a estratificaciones sociales capaces de transformarse y de reubicarse en nuevos equilibrios sin sacudidas traumatizantes. Es por lo tanto un mecanismo que puede ofrecer sugerencias útiles para la "guerra de posición", o sea para la estrategia revolucionaria señalada como "la única posible" en Occidente (*Quaderni*, p. 866).

La derrota del movimiento obrero en Europa en la "guerra de maniobras" entre 1919 y 1921 y quizás la misma lección de la crisis de 1929, que no había, en efecto, desencadenado las fuerzas revolucionarias, inducen a Gramsci a recalcar que también en política la guerra de maniobras está reducida a una función táctica, "al menos

en lo que respecta a los estados más avanzados, donde la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las irrupciones catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.)" (*Quaderni*, p. 1615). En la Rusia zarista, "el estado era todo, la sociedad civil era primordial y gelatinosa; en Occidente entre estado y sociedad civil existía una justa relación y en el sacudimiento del estado emergía de inmediato una robusta estructura de la sociedad civil. El estado era sólo una trinchera avanzada, detrás de la cual había una robusta cadena de fortalezas y casamatas" (*Quaderni*, p. 866).

Desarrollando esta reflexión, Gramsci observará que "la guerra de posición, en política, es el concepto de hegemonía": ella puede nacer sólo en sociedades desarrolladas, dotadas de grandes organizaciones populares modernas, que constituyen el nervio de la "sociedad civil" (*Quaderni*, p. 973).

Precisamente en esta óptica se puede entender la importancia que asume para Gramsci la crítica del economicismo a los fines de un coherente desarrollo de la filosofía de la praxis (véase C. Buci-Glucksmann, *Gramsci y el estado*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 295 ss.). Y es significativo el propósito de resolver políticamente la relación entre ciencia y vida en la civilización moderna en una visión que disuelva todo subjetivismo filosófico para replantear la XI tesis marxiana sobre Feuerbach en los términos en los que Lenin, "en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política, y en oposición a las diversas tendencias 'economicistas', ha revalorizado el frente de la lucha cultural y construido la doctrina de la hegemonía como complemento del estado-fuerza y como forma actual de la doctrina cuarentiochesca de la 'revolución permanente'" (*Quaderni*, p. 1235). A este respecto es central uno de los fragmentos más amplios y conceptualmente esenciales de los *Cuadernos* que, para esclarecer la expresión genérica corriente de "relaciones de fuerza", encara el problema de las relaciones entre estructura y superestructuras (*Quaderni*, pp. 455-465, y pp. 1578-1598). Con extrema claridad aparece como una rígida distinción entre estos dos momentos de la realidad, para Gramsci dialécticamente unidos en el concepto de bloque histórico, acaba por desviar en términos "economicistas" al pensamiento. La complejidad de la historia es aquí analizada en el entrecruzamiento de los diferentes planos y en sus distintas expresiones, y en el centro está el problema de la hegemonía, porque "si la hegemonía es ético-política, no puede menos de ser también económica, no puede dejar de tener un fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica" (*Quaderni*, pp. 1590-1591). Para combatir la de-

generación economicista es por lo tanto necesario llevar la lucha "especialmente a la teoría y a la práctica política", o sea a un campo donde esa "puede y debe ser conducida desarrollando el concepto de hegemonía" (*Quaderni*, p. 1595).

Precisamente a través de la complejidad de estas relaciones sería examinado a fondo el problema de la relación entre partidos y sociedad civil. Si hasta ahora es superfluo anotar que el término pluralismo es ajeno a la temática gramsciana, y si es justo señalar la importancia y la novedad del aporte de Togliatti (desde las *Lecciones sobre el fascismo* a los debates en el seno de la Constituyente y hasta el *Memorial de Yalta*, que muestra la plena adquisición teórica de los caracteres peculiares de los países de la Europa capitalista y del valor revolucionario de las formas democráticas de participación popular), debe no obstante ponerse de relieve cómo nuestra intervención en el debate actual sobre el problema del pluralismo debe desarrollar también ciertas notas de los *Cuadernos* para contribuir a él con todo el peso de nuestra tradición cultural. La problematización con que Gramsci afronta el problema de la relación entre clase y partido, su visión crítica del partido "orgánico" y del partido "totalitario" deben ser confrontadas, por ejemplo, con todo lo que se dice a propósito del "parlamentarismo", del modo "burocrático" de superarlo con la supresión de los partidos, o también con las sutiles indicaciones de las fracciones inevitablemente políticas existentes aun en los países dirigidos por un partido único (*Quaderni*, pp. 1807-1809 y 1939-1940).

Por otra parte, sería por cierto esquemático poner en relación hegemonía con sociedad civil, y dictadura con estado, aun cuando es verdad que, en las sociedades complejas, el momento de la hegemonía precede el de la dictadura de clase. La dictadura puede ser, como dice Hegel, el momento de la constitución de un nuevo estado, pero la hegemonía da inicio a un proceso que conducirá al nuevo estado y, respecto de la dictadura, en el caso del proletariado, debe también favorecer el proceso de disolución del aparato coercitivo del estado.

Aquí está el gran valor liberador de la reflexión gramsciana, sobre la cual ha recientemente atraído la atención R. Zangrandi, al indicar en Gramsci más que el "teórico", el "crítico de la política" del mismo modo que Marx fue el crítico de la economía política ("Gramsci: el poder e il consenso", en *Libri nuovi*, Einaudi, junio de 1976). Si hasta ahora para el marxismo la disolución del estado es remitida a los tiempos que suceden a la conquista revolucionaria del poder por parte del proletariado, proyectándolo sobre lejanos horizontes que pueden quizá justificar el escepticismo de Bobbio (*¿Qué socialismo?*, Plaza & Janés, 1977, p. 35), para Gramsci la irrupción de las masas en la historia, su intervención activa pone fin a toda forma de dominio.

Que siempre hayan existido —como observaba Giolitti en Bolonia— gobernantes y gobernados, tiene una significación bastante relativa si las formas políticas pueden comprender un arco infinito de instituciones, desde la teocracia esclavista a la democracia socialista. Y tiene razón Zangheri al observar que el elemento en verdad nuevo del pensamiento de Gramsci está en la crítica de la política desnuda, en la "crítica del dominio sin hegemonía, del poder sin consenso, de la política como manipulación de las masas, como medio para mantener a las masas en una posición subalterna". Precisamente de la elefantiasis, de la omnipresencia de los aparatos estatales en la sociedad moderna debe nacer la crítica de la política: "la línea a seguir es la de la búsqueda de una libertad que no se reduzca a la liberación social sino que derive de ella y sobre ella funde elementos seguros de autonomía y de autogobierno". En una visión dialéctica de la relación entre democracia y socialismo es posible afirmar que "en un estado que apele al consenso libremente obtenido está la condición para que mañana desaparezcan, en una sociedad socialmente renovada, las fuerzas y los instrumentos de la represión".

Publicado en *Rinascita* núm. 49, 10 de diciembre de 1976, pp. 25 y 26. Traducido por J.A. El artículo de Vivante es un comentario a la mesa redonda sobre el volumen *El marxismo y el estado*, realizada en Bolonia, el 19 de noviembre de 1976 y con la participación de Reichlin, Giolitti, Granelli y Coen.

AMÉRICA LATINA

Experiencia sandinista y revolución continental

Julio Godio

1. Un estilo correcto de pensar

El objetivo fundamental de este artículo consiste en tratar de incorporar al cuadro contradictorio de la situación latinoamericana, donde los ciclos de revolución y contrarrevolución siguen caracterizando estratégicamente a la situación en su conjunto, aquellas lecciones del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional para el movimiento nacional-revolucionario en nuestros países.

En efecto, con casi dos décadas de "atraso", la revolución nicaragüense ha sancionado con su éxito tanto al foquismo como al reformismo obrero. A este último lo ha sancionado con la crítica de las armas, demostrando una vez más que el reformismo obrero sólo puede "abrir brechas en el sistema", pero que es impotente para destruir al sistema en sus bases políticas, económicas y culturales.

Pero a quien ha sancionado con mayor fuerza es al infantilismo de izquierda, a aquellos que pensaron que todo se resolvía creando "comandos operativos", "columnas guerrilleras", "ejércitos del pueblo"; y que creyendo que iban a la "guerra popular", sólo iban a choques de aparatos de guerrilleros contra los ejércitos latinoamericanos sin la participación de las masas. Así, las armas de la crítica, esto es la concepción de la política tal como la ejecutaron los sandinistas, ha demostrado una vez más la validez de aquella sentencia gramsciana según la cual una clase para ser dominante debe ser antes dirigente a través de una organización política de masas. Se trataba, en el caso del foquismo, más que de errores, de un estilo no nacional de pensar en oposición a un correcto estilo de pensar como lo verificó ya en 1959 el Movimiento 26 de Julio.

2. ¿Qué es lo esencial de la revolución nicaragüense?

¿Es acaso lo principal de la revolución nicaragüense el hecho de que triunfó por la lucha armada?

En mi opinión, lo esencial de la revolución nicaragüense puede sintetizarse así: formación de un núcleo revolucionario, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que ha sido capaz de resolver correctamente el carácter democrático popular de la revolución nicaragüense; que ha sabido apoyarse en aquel segmento de tradición histórica que sintetizaba en el plano cultural-político las luchas del pueblo nicaragüense, esto es el sandinismo, cemento articulador del bloque popular; ubicar correctamente al enemigo principal, esto es al somocismo, que representa para el pueblo la imagen concentrada de la negación de la necesidad ya madura de transformaciones democrático-populares, por ser materialmente la representación directa del uso privado de la nación; ser capaz de ceñir esta contradicción en el plano político como contradicción entre democracia y dictadura, con lo cual creaba condiciones para incorporar a la acción antisomocista a fracciones liberales de la burguesía; plantear un programa de reformas democráticas avanzadas, pero basadas casi exclusivamente en la expropiación del somocismo, con lo cual daba garantías a las fracciones burguesas, especialmente rurales, excluidas históricamente del bloque dominante; hacer hincapié en la responsabilidad de los Estados Unidos exclusivamente, como sostén del somocismo, sin plantear como objetivo inmediato la nacionalización de los bienes americanos salvo aquellas empresas comprometidas abiertamente con el somocismo y, al mismo tiempo, exigir a Carter ser consecuente con su

política de "derechos humanos", lo cual lo obliga a adoptar una política de neutralidad (aunque el Departamento de Estado apoyara con armas a Somoza hasta el último momento) puesto que no podían intentar salvar a la dictadura a través de una invasión que sepultaría su política de derechos humanos; apoyarse en la tendencia democrática de los países del Pacto Andino, Costa Rica, Panamá, Jamaica y otros, y personalidades, como el ex presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, lo que condujo a la propia OEA a sancionar al somocismo y dificultar la ayuda militar a Somoza por ejemplo, de la dictadura militar argentina; ubicar esta estrategia sin hacer hincapié en el factor antimeritista, es decir tratando permanentemente de golpear centralmente a Somoza, táctica que implicaba de hecho golpear a los Estados Unidos, apoyarse en las masas populares para aplicar esta estrategia, lo que significaba dar un contenido real de izquierda al proceso de revolución armada por la democracia política, y por último movilizar a las masas a través de una guerra popular que inevitablemente conducía a la fusión entre vanguardia armada y masas, a la derrota de la Guardia Nacional en las grandes ciudades y a su disolución como institución por el desplome del gobierno autocrático y por lo tanto a la formación de un nuevo tipo de ejército de naturaleza revolucionaria y popular, como instrumento de defensa de la nación, con lo cual se creaba la principal premisa para un verdadero estado democrático.

Estos son, me parece, los rasgos más importantes que concentran la experiencia nicaragüense, pero en ellos hay que buscar aquellos que pueden tener validez para el conjunto de los países latinoamericanos y del Caribe.

La desigualdad de desarrollo económico, social y político, que se expresa en nuestros países, hacen imposible homologar las peculiaridades de la revolución nicaragüense a otros países del continente. Pero la revolución nicaragüense presenta sí un aspecto que debe ser, a mi juicio, estudiado detenidamente, porque en él se concentra un dato político-cultural común a todos los países del área: los revolucionarios nicaragüenses supieron encontrar el eslabón político-cultural que los unió orgánicamente a las masas trabajadoras, esto es el sandinismo. El sandinismo debe ser analizado como el cemento político-cultural de la unidad popular. En esto reside el núcleo de un estilo de pensar que permitió a los revolucionarios nicaragüenses analizar correctamente las vías para implantarse en el pueblo. Al mismo tiempo ser sandinistas le permitió trazar un comportamiento internacional de amplias alianzas, captar las características del repliegue de los Estados Unidos en el campo internacional y poder así inmovilizarlo durante la fase de ofensiva de la guerra popular antisomocista.

3. Aprender a hacer política

Antonio Gramsci llevaba ya varios años de prisión en Italia cuando llegó, a principios de los años treinta, a la conclusión de que se necesitaba reconstruir al PCI desde la misma cárcel. Y, para ello, reunió a un grupo de comunistas presos para iniciar un curso de educación. Pasaron seis meses y Gramsci, irritado por la permanencia de concepciones sectarias, sorprendió un día a sus alumnos diciendo que no soportaba más ese "esquematismo" y que "debían aprender a hacer política".

Gran parte de la izquierda latinoamericana ha adolecido de no saber hacer política, entendiendo esto más allá de la práctica política cotidiana. Es decir, hacer política como elaboración de estrategias a partir de las contradicciones concretas nacionales y de la relación de fuerzas existentes. En esto, la gran ventaja en América Latina ha sido paradójicamente para los movimientos nacional-democráticos, en detrimento de la izquierda. Los movimientos nacional-democráticos han sabido penetrar e implantarse nacionalmente en el seno de la sociedad civil, mientras que la izquierda latinoamericana, subordinada usualmente a estrategias externas, ha operado generalmente impulsando la combatividad y organización clasista del movimiento obrero o movimientos de resistencia de otras capas sociales, pero sin lograr convertirse en cen-

cuadernos de pasado y presente

SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL

- PP 30 MATERIALES PARA LA HISTORIA DE AMÉRICA LATINA
K. Marx y F. Engels
- PP 52 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y EL PROBLEMA COLONIAL
R. Schlesinger
- PP 69 LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS
K. Marx y F. Engels
- PP 71 EL DESARROLLO INDUSTRIAL EN POLONIA Y OTROS ESCRITOS SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL
R. Luxemburg
- PP 72 IMPERIO Y COLONIA. ESCRITOS SOBRE IRLANDA
K. Marx y F. Engels
- PP 73 LA II INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL, Vol. 1
K. Kautsky y otros
- PP 74 LA II INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL, Vol. 2
K. Kautsky y otros
- PP 80 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y AMÉRICA LATINA. LA SECCIÓN VENEZOLANA
M. Caballero
- PP 81 LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA AUTONOMÍA
R. Luxemburg
- PP 83 NACIONALISMO Y LUCHA DE CLASES
Ber Borojov

el ágora



febrero
SIGLO XXI
20%
de descuento

INSURGENTES SUR 1632

tros de aglutinamiento de movimientos nacional-populares, salvo en Chile, o coyunturas momentáneas (por ejemplo Venezuela en 1958, Uruguay en 1972).

Si la práctica es el criterio de verdad, hay que rendirse ante la evidencia de que en América Latina han sido los movimientos nacional-democráticos quienes han logrado concitar, desde Haya de la Torre y el APRA, lo que Gramsci llamaba "voluntad nacional popular".

Muchos militantes de la izquierda latinoamericana están preocupados hoy en saber quién vencerá entre los sandinistas, si vencerán los terceristas, los partidarios de la tendencia proletaria o de la guerra popular. Nadie niega la importancia de este hecho, aunque dudo que el problema esté así planteado luego de la toma del poder en Nicaragua, puesto que esas diferencias se planteaban esencialmente acerca de cómo tomar el poder y no tanto sobre qué hacer luego de lograrlo. Creo más bien que se producirán reagrupamientos nuevos alrededor de qué tipo de sociedad construir. Pero, al margen de esta digresión, lo importante es señalar que de la experiencia nicaragüense no se capta lo esencial, que consiste en que bajo la ideología genérica antimperialista y democrática del sandinismo se fue articulando una ideología orgánica de nueva sociedad, democrática, pluralista, socialista, de convergencia de distintas clases sociales, que encontraron en el sandinismo la matriz "moral" común para actuar como frente único contra la dictadura. El sandinismo ha logrado así desde un nuevo eje de clase, recuperar el estilo político que permitió a los grandes movimientos policlasistas implantarse en las sociedades latinoamericanas. El mérito histórico del sandinismo en este aspecto es que ha demostrado que hacer política implica un estilo de pensar en el cual las categorías universales del marxismo se hacen concretas a través de categorías político-culturales nacionales. Pero esto no ha sido lo común entre muchos teóricos marxistas latinoamericanos, quienes han operado intelectualmente al revés, subsumiendo y desintegrando las categorías nacionales en las categorías universales, las cuales han perdido así toda operatividad concreta.

4. Imágenes populares del enemigo principal

Es evidente que no toda la gente llega al antiperialismo por los mismos caminos. Pero en América Latina demasiados han llegado por los textos, no por la vida, no a través de la imagen simple que los pueblos latinoamericanos tienen del imperialismo. Este último fue el camino recorrido por Sandino.

Distintas clases sociales, distintas personas de cada clase, marchan a la identificación del imperialismo a través de caminos originales.

"Hacer política" significa descubrir las tradiciones sociales nacionales cristalizadas en sentimientos, en tradición, y procesarlos en su abstracción como teoría, como estrategia, a partir de la práctica de las masas. Cuando se dice que Mao Tse-tung caminó en los años veinte miles de kilómetros en China, o cuando se recuerda a Recabarren recorriendo durante años los barrios obreros del Chile minero, nos estamos refiriendo a algo más que un simple reconocimiento empírico de la realidad. Estamos hablando de un estilo para verificar en la práctica las formulaciones teóricas, para estudiarlas en su movimiento real. Y el movimiento real de esas categorías existe en el lenguaje popular: por eso, cuando el pueblo se refiere a los imperialistas y se dice simplemente "gringo", se está refiriendo, a su manera, a las categorías abstractas del capital monopolista descritos en Hobson o Hilferding, Bujarin o Lenin.

El hecho es que el sentimiento antiyanki unifica en América Latina al pueblo. Es por eso un componente de la conciencia nacional, y quienes desde la izquierda han violado este principio en nombre del internacionalismo abstracto, han quedado aislados de las masas, en algunos casos por décadas.

5. Estado, democracia y pluripartidismo

La experiencia histórica nicaragüense implica un camino diferente, un camino de intransigencia

cia nacional con el imperialismo a partir de las vivencias populares.

Puede decirse que los sectores populares más conscientes ven al estado represor y militarista como el símbolo práctico de la Santa Alianza entre las oligarquías latinoamericanas y los Estados Unidos. La historia de América Latina, desde la colonia hasta nuestros días, esquemática y metafóricamente, es la historia del autoritarismo estatal. Esto se explica dado que no se produjo una revolución burguesa clásica, que hubiera permitido el despliegue libre entre productores en la sociedad civil y como corolario la construcción de un estado regulador de relaciones sociales históricamente progresistas. En América Latina y el Caribe, desde la colonización, el estado jugó el rol de institución que garantiza la apropiación coercitiva del plusvalía de las masas indígenas o negras.

Por esa ausencia de civilización burguesa clásica, y en cambio presencia de estados autoritarios, que en vez de ser el resultado de una sociedad civil articulada eran más bien el instrumento para mantener unida a sociedades civiles económicamente desarticuladas, ha sido imposible plasmar sociedades democrático-liberales estables. Y las experiencias democráticas parecen impotentes frente a los interminables golpes y contragolpes de estado. Pero, por eso mismo, las masas populares intuyen, presienten, cuando no son abiertamente conscientes, que los períodos de democracia sirven sólo para poder obligar a las clases dominantes a hacer concesiones y aprovechar esos momentos para ejercer un control sobre el capital extranjero. Las masas populares valoran la importancia de la democracia política, pero comprenden también sus limitaciones.

Las masas sienten como suya la lucha por la democracia. Este hecho no fue comprendido en los años sesenta cuando varias organizaciones guerrilleras se lanzaron a la lucha armada en países donde se habían implantado regímenes parlamentarios como en Venezuela, y quedaron aisladas de la población. Pero debe reconocerse que la lucha por la democracia política, paradójicamente, tiene un contenido ideológico ambivalente. Por un lado en las grandes batallas por la democracia en América Latina ha habido y habrá una continua perseverancia por implantar democracias estables. Pero, al mismo tiempo, y esto no afecta a la disposición de lucha sino que introduce una componente más realista, hay también una dosis importante de incredulidad en cuanto a que la democracia política va a resolver los problemas de fondo del pueblo.

Nadie puede asombrarse por eso cuando ahora, triunfante el Frente Sandinista de Liberación Nacional, las masas populares nicaragüenses, en un país donde el somocismo impidió la construcción de partidos populares, con su intuición popular consideran superfluo hablar de sistemas políticos pluripartidistas y, en cambio, lo que sí esperan, es que el estado cambie, que cambie su naturaleza de clase y pase del estado autocrático somocista a un estado democrático. Esto mismo ocurrió en Cuba en 1959. Es que cuatrocientos años de experiencia sedimentada sobre el carácter autoritario del estado en América Latina, han terminado por fijar en las masas esa simple y correcta idea de que no se trata de partidos, se trata de lograr gobiernos para el pueblo.

Pero toda esta exposición sobre el estado no debe conducir a la idea de que el autor de este artículo es partidario de regímenes de partido único en América Latina. No es así, porque en América Latina, y particularmente con el desarrollo capitalista dependiente, con la constitución de amplios movimientos nacional-democráticos y partidos obreros y sindicatos, la transformación progresista de la sociedad latinoamericana puede ser realizada a través del pluralismo político. En varios países como Argentina, Perú, Brasil, México, Venezuela y otros, esto exige que la izquierda expulse esa simplificación del marxismo que la llevó a identificar mecánicamente dictaduras militar-terroristas con sistemas políticos democrático-burgueses. También implica comprender claramente que el reconocimiento del valor de la democracia política no debe confundirse con ilusión democratista.

6. Clase social y clase nacional

Es sabido que la categoría movimiento obrero abarca fundamentalmente dos aspectos recíprocamente vinculados, y contradictorios. Estos son: el sindicato y el partido obrero. En

América Latina, desde comienzos de siglo, conocemos al partido obrero bajo el nombre de partido socialista. Sin embargo, estos partidos socialistas, en Argentina, Uruguay, Brasil, México y otros países, salvo Chile, no lograron constituirse en dirección real del movimiento obrero. Hubo, en cambio, una subestimación por parte de los partidos socialistas, imbuidos en la práctica parlamentaria, del rol de la acción sindical, y este vacío fue cubierto desde principios de siglo por el anarcosindicalismo. Este se apoyaba en dos fenómenos socioculturales muy interesantes para la época. El primero consiste en que una gran parte del proletariado en América Latina en aquella época eran inmigrantes extranjeros que vivían en nuestros países un doble extrañamiento; uno de origen social que viene del sistema de explotación y otro de origen nacional que proviene de su desarraigo de la vida latinoamericana. El sistema de explotación empuja la resistencia obrera frente a los patronos. Esto obviamente constituía una tendencia favorable al desarrollo del sindicalismo en América Latina. Pero al mismo tiempo, el hecho de que una gran parte de estos obreros fueran extranjeros facilitaba que el politicismo y el cosmopolitismo anarcosindicalista penetrara en las masas trabajadoras.

El otro fenómeno consiste en que una parte de la clase obrera se va a conformar a partir de las migraciones internas, tendencia que desde 1930 se convierte en dominante. En este caso se trata de campesinos que emigran a las ciudades con muy bajo nivel cultural, y que obviamente están marginados de la vida política. Estos obreros consideran la política como algo que les es ajeno y en cambio quieren soluciones concretas a sus demandas.

La primera conclusión es que en América Latina el camino clásico de relación entre sindicatos y partidos socialistas no fue seguido, porque estos partidos copiaron las estrategias europeas y trataron de aplicarla en forma mecánica a naciones dependientes y atrasadas organizadas en estados autoritarios, aún cuando muchos de ellos adoptasen formas liberales y que temporalmente facilitasen la libertad de acción sindical y política para el movimiento obrero como fue Argentina, Uruguay o Chile.

Es sabido que, a diferencia de los socialistas, los anarquistas no aceptaban la categoría de clase social. Ellos la reemplazaban por la de "explotados". Y esta categoría teórica favoreció paradójicamente al anarquismo, puesto que facilitaba su inserción en masas de trabajadores donde no era fácilmente distinguible el obrero propiamente fabril del obrero semiartesanal. El anarquismo pudo así lograr una mayor sensibilidad frente a los movimientos de protesta de asalariados no fabriles y cierto espontaneísmo populista que le permitía una más rápida implantación entre los trabajadores todavía motivados por ideologías individualistas derivadas de su origen rural o a través de su cosmopolitismo que le facilitaba implantación entre los trabajadores europeos.

De manera tal que en América Latina, hasta avanzados los años 1930, la relación entre sindicato y partido tuvo este rasgo permanente: debilidad de los partidos socialistas y hegemonía anarquista o sindicalista. Se produjo así una histórica escisión en el movimiento obrero entre acción política y acción sindical.

Pero hay también otro hecho político de gran importancia que también incide en el curso que sigue el movimiento sindical en muchos países y que genera un tipo particular de relación entre acción sindical y acción política: a partir de la primera década de este siglo irrumpen los llamados movimientos nacional-democráticos o nacional-revolucionarios, de composición policlasista, en oposición a las oligarquías tradicionales y al gran capital extranjero.

Grandes masas trabajadoras pasan a incorporarse a la vida política de los países latinoamericanos a través de partidos de base social policlasista. Hay efectivamente diversidad de situaciones. Por ejemplo, una es la del movimiento sindical mexicano de origen anarcosindicalista, que pasará masivamente a incorporarse dentro de lo que después de la segunda guerra mundial cristalizará como el PRI; en este caso la integración del movimiento obrero en el partido hegemónico de la revolución mexicana es el resultado directo de una revolución que desemboca en la aplicación de un proyecto nacionalista democrático y antilatifundista avanzado. Un caso diferente, por ejemplo, es el de Brasil, donde en la década del treinta se produce el ascenso al

gobierno de Getulio Vargas. Como consecuencia de ello se produce una modificación en la estructura del estado que pasa a ser un estado burgués nacionalista y favorable al desarrollo industrial autónomo. Y que aplica una política de incorporación de la clase obrera al sistema político dominante, para lo cual desde el gobierno se fomenta el desarrollo de sindicatos obreros subordinados al aparato del Estado Novo. Un tercer caso fue el peronismo en Argentina: en 1944-1945, la alianza entre sectores del antiguo partido radical, de militares nacionalistas y militantes provenientes del socialismo o del sindicalismo, da lugar a la constitución de un movimiento nacional-democrático de amplia base proletaria. En este caso, el movimiento obrero ya contaba con una larga tradición de lucha y organización, de manera tal que el peronismo necesitó para poder incorporar a los trabajadores, no sólo satisfacer las reivindicaciones postergadas de las masas asalariadas urbanas y rurales sino al mismo tiempo introducir ciertos elementos de la ideología socialista en su doctrina, como ya había ocurrido en el caso del movimiento nacional-revolucionario mexicano.

El rasgo común de este proceso de participación obrera consiste en que estos movimientos nacional-democráticos de base policlasista logran incorporar a la mayoría de los asalariados porque ellos permiten al obrero identificar su interés inmediato de clase con los intereses del conjunto de la nación y al mismo tiempo como clase reconocida en el frente nacional popular. Esta última idea tiene como objeto criticar la interpretación simplista que trata de explicar la incorporación de fuertes contingentes del movimiento obrero y de organizaciones sindicales en los movimientos nacional-democráticos sólo como el resultado de reivindicaciones sociales otorgadas por la burguesía al proletariado. Esta idea es extremadamente simplista y errónea. La razón última y fundamental fue que los obreros se reconocían políticamente en estos movimientos nacional-democráticos. Ante la ausencia de partidos socialistas de carácter nacional buscaban en los movimientos nacional-democráticos combinar sus intereses inmediatos con su

identidad de clase social nacional. Ha sido ésta una constante histórica del comportamiento de la clase obrera latinoamericana y responde al criterio metodológico de que es imposible analizar la práctica sociopolítica de una clase aislada del comportamiento global de una nación y su pueblo en el contexto mundial. Y en los países coloniales, neocoloniales o dependientes, cuya situación genera la tendencia a la unidad popular antimperialista y antioligárquica, la clase obrera tiende espontáneamente a aliarse con otras clases, proceso que puede conducir a convertirla en hegemónica o a comportarse como clase subalterna en el frente nacional-popular. En América Latina, la incapacidad histórica de los llamados partidos obreros socialistas o comunistas, para ser capaces de generar proyectos nacionales, capaces de permitir al proletariado constituirse en la clase hegemónica, han traído como consecuencia que el espacio político popular haya sido ocupado predominantemente por los movimientos nacional-democráticos. Por lo tanto, lo que es necesario entender es que este proceso de constitución de movimiento nacional-democráticos, salvo en aquellos países donde dictaduras tipo Somoza lo ha impedido, han cristalizado como sentimiento nacional-popular.

Pero, a partir de la década de 1960, un hecho político —la revolución cubana— un hecho económico —el agotamiento de la estrategia de sustitución de importaciones y la apertura hacia estrategias de economía de escala neoliberal—, y un hecho social, el crecimiento de la clase obrera industrial y de nuevas capas de profesionales y técnicos en el seno de las capas medias, ha traído aparejado la posibilidad histórica de que amplios movimientos de tipo socialista puedan continuar y superar desde un eje proletario la antigua tradición nacional-democrática.

El hecho que tanto en Cuba como en Nicaragua hayan triunfado movimientos y no partidos, plantea un problema teórico interesante al movimiento revolucionario latinoamericano. Durante décadas la izquierda latinoamericana se aferró a una concepción mecánica de la teoría supuestamente leninista del partido. En nombre de partidos que representaban teóricamente

a la clase obrera, se dotó a estos partidos de una concepción estrecha y obrerista que dificultó que en estos partidos pudiesen sintetizarse la práctica social de los obreros, de los campesinos y de la pequeña burguesía bajo la hegemonía de la práctica proletaria.

En cambio, a partir de la revolución cubana se pudo apreciar que un movimiento como el 26 de Julio, ideológicamente heterogéneo, permitía la síntesis de diferentes prácticas sociales desde un eje proletario y socialista, permitiendo transitar a vastas masas sociales desde la lucha por la democracia al combate por el socialismo. Y hoy esta experiencia puede ser reafirmada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

La experiencia nicaragüense ha planteado claramente aún para países donde los asalariados urbanos son la mayoría de la población económicamente activa, como Argentina, que es necesario dejar de lado maneras de pensar escleróticas. Y que hay que saber buscar las formas orgánicas que realmente faciliten la construcción de partidos o movimientos socialistas con capacidad de sintetizar en su seno, desde un eje proletario, la práctica histórica de las masas populares.

Este artículo ha tratado de presentar temas para la reflexión latinoamericana acerca de la experiencia de la revolución nicaragüense. Creo que lo más importante de ella no consiste en redescubrir que la violencia popular es la condición principal para garantizar la liquidación de la explotación del hombre en América Latina: esta necesidad histórica responde al viejo principio de que allí donde hay opresión hay resistencia, y de que allí donde la opresión se ejerce a través de métodos violentos, la resistencia popular debe ser también violenta. Pero me parece que para poder comprender correctamente cómo la violencia fue capaz de ser asumida por las masas, es necesario previamente entender que sólo una concepción nacional de la política puede crear las premisas para proponer formas de lucha que encarnen en las masas y que hagan posible que se incorporen a la lucha abierta contra los regímenes reaccionarios y proimperialistas en América Latina.

alianza editorial mexicana, s.a.

novedades

EL LIBRO DE BOLSILLO

- BENJAMIN JARNES:
726 EL CANTAR DE ROLDAN
HERMANN HESSE:
727 LECTURA PARA MINUTOS, 2
H.L. EYSENCK:
**728 LA RATA O EL DIVAN

ALIANZA UNIVERSIDAD

- 231 KARL BUHLER:
TEORIA DEL LENGUAJE
448 págs.
232 ROY HARROD:
DINAMICA ECONOMICA
208 págs.
233 JONATHAN BENNETT:
LA "CRITICA DE LA RAZON PURA" DE KANT
1. La analítica
272 págs.

- 234 PETER CALVOCORESSI:
GUERRA TOTAL
1. La Segunda Guerra Mundial en Occidente
592 págs.

- 235 PETER CALVOCORESSI:
GUERRA TOTAL
2. La Segunda Guerra Mundial en Oriente
432 págs.

- 236 ANTHONY GIDDENS:
LA ESTRUCTURA DE CLASES EN LAS SOCIEDADES AVANZADAS
360 págs.

- 238 ARON GURWITSCH:
EL CAMPO DE LA CONCIENCIA
Un análisis fenomenológico
496 págs.

- 237 JULIUS KLEIN:
LA MESTA
464 págs.

- 239 ROBERT NISBET, THOMAS S. KUHN, LYNN WHITE Y OTROS:
CAMBIO SOCIAL
256 págs.

- 240 ALVIN W. GOULDNER:
LA SOCIOLOGIA ACTUAL: RENOVACION Y CRITICA
429 págs.

ALIANZA FORMA

- 2 BONFANTI, BONICALZI, ROSSI, SCOLARI, VITALE:
ARQUITECTURA RACIONAL
304 págs.

- 3 RUDOLF ARNHEIM:
ARTE Y PERCEPCION VISUAL
560 págs.

- 4 ERWIN PANOFKY:
EL SIGNIFICADO EN LAS ARTES VISUALES
432 págs.

EL EXILIO Y EL RETORNO

“A saudade mata a gente...”: también el regreso a un país que ha cambiado

Carlos de Sá Rêgo

El exilio es mucho más que cierta etapa en la historia política de cada uno de nosotros. Si las distintas formas de militancia hicieron sobre todo eje en el divorcio entre vida política y vida privada, el exilio es la difícil experiencia en la cual, o logramos demitificar ambos planos y reconstituimos sin esquizofrenia nuestra realidad, o, por el contrario, cosificamos aún más las distancias. Nos apartamos de la política como manera de “reencontrarnos realmente”. Nos petrificamos en determinadas formas de haber sido de la política (como si el fracaso no pudiese en cuestión las prácticas) negando que lo sucedido, el alejamiento, las nuevas cotidianidades, el exilio como algo íntimo y a la vez compartido, trastoca profundamente nuestras humanidades.

En este artículo, un exilado brasileño relata el regreso a su país y el de muchos otros que vivieron, como perseguidos políticos, en otras latitudes. Describe el reencuentro con las referencias que hacen a la más honda identidad, y también el no encuentro de referencias. A nivel de paisaje, de ideologías existenciales, de lo psicológico, de lo político, el exilado, en este caso, descubre la particularidad de un “segundo exilio”.

1. Artículo publicado en Sin Censura, núm. 1.

Todo intento de teorizar sobre los problemas del retorno de los exiliados a su país de origen es un ejercicio peligroso. Toda generalización es foliosamente abusiva. Porque cada uno ha vivido el exilio de manera diferente, intelectual o trabajador manual, habitante de la ciudad o del campo, pobre o rico, hombre o mujer, exilado voluntario o forzado. Cada uno con su sensibilidad propia y su bagaje cultural, se ha ido adaptando más o menos —y algunos no lo consiguieron jamás— al país de asilo. A cada experiencia de exilio, corresponde una experiencia personal de retorno.

Me es difícil evocar las vicisitudes de los exiliados chilenos, bolivianos o argentinos. Mi intención, aquí, se refiere únicamente, al Brasil, donde una relativa distensión política ha permitido a la gran mayoría de los exiliados considerar el retorno al país. No se trata claro, de una investigación sociológica, sólo de la articulación de algunas impresiones personales recogidas en el Brasil, aquí y allá, de encuentro en reencuentro. De los latinoamericanos, los brasileños han sufrido uno de los más largos exilios. La mayor parte de ellos ha vivido fuera de su patria más de ocho años, algunos quince. Hoy esta diáspora vuelve masivamente a un país que ha cambiado profundamente durante su ausencia.

Por supuesto, cuando se habla del retorno, es necesario hacer abstracción de las grandes personalidades políticas para las que el exilio no era sino una “travesía del desierto” dentro de una carrera política ya larga. Su rol y el significado de su llegada al Brasil no puede, pues, compararse a la de la enorme mayoría de expatriados que hoy regresan.

Los brasileños tienen una gran cualidad: manejan el humor negro con deleite. Luego de promulgada la ley de amnistía, los exiliados se han convertido en personajes centrales de las bromas populares. Una gran sociedad financiera no dudó en apoderarse del lema gubernamental, con fines publicitarios, proponiendo (no a los exiliados, claro) un crédito “amplio, generoso y sin restricciones”. Por su parte, el gran semanario satírico de

izquierda *O Pasquim* no dejó pasar la ocasión y tituló en una de sus recientes ediciones: “Exiliados: no es obligatorio volver”. *O Pasquim* planteaba así una cuestión de la que nadie se atrevía a hablar, aun cuando estaba en el espíritu de todos.

Un miedo real

No pocos exiliados han rehecho su vida en el extranjero: un empleo, (a veces sumamente gratificante), una familia en la que los hijos se expresan con el idioma del país de asilo, un grupo de amigos, nuevas costumbres en la vida cotidiana y, además, ese orgullo secreto de ser reconocido en el extranjero como un “combatiente de la libertad”. ¿Es posible abandonar todo eso? ¿Comenzar otra vez de la nada?

Más allá de estas dudas legítimas, existe un miedo más profundo aún. Pese a la estabilidad material, la mayoría ha vivido el exilio como una etapa “provisoria”. Durante años, el retorno era su principal objetivo. Retorno hacia un país que se volvía cada vez más mítico y cuya imagen era de más en más idealizada. ¿Qué será ahora, de esos sueños que han ayudado tanto a soportar el exilio? El miedo está muy lejos de ser una mera abstracción.

Después de largos años de ausencia, el primer choque que se recibe al volver es realmente físico. En el Brasil, el paisaje urbano ha cambiado completamente en el curso de los últimos diez años. La primera sorpresa de quien desembarca es constatar que sus antiguos puntos de referencia en el espacio se ahogan en una avalancha de nuevos signos. Nada es como antes. Es inútil buscar ese viejo café de la esquina donde uno se encontraba para discutir del futuro del país y del mundo. En su lugar habrá, probablemente un parking o un edificio de treinta pisos.

Esta desestructuración provisoria no ayudará a afrontar un choque más violento: el encuentro con los viejos amigos, los camaradas de militancia o la familia.

Héroes de un día

Muchos exiliados han sido recibidos

como héroes. Multitudes de amigos con banderas e instrumentos de música iban a esperar a los “retornados” al aeropuerto para llevarlos en andas. Emocionados, los exiliados no se daban cuenta que la fiesta no era sólo para ellos, sino también para quienes la habían preparado. En efecto, durante meses, en los comités por la amnistía, miles de personas lucharon por la vuelta de los exiliados. En el aeropuerto los festejos mostraban su sincero cariño por los recién llegados, pero sobre todo la gente iba a celebrar su propia victoria política. Este malentendido pesará en adelante sobre los problemas de readaptación de los que regresan. Héroes de un día, los exiliados se quedan solos muy pronto, cuando aquellos que los habían esperado en el aeropuerto vuelven a sus ocupaciones cotidianas.

Esta situación presenta aspectos trágicos cuando se trata de la búsqueda de trabajo. Por supuesto, existe una cierta solidaridad mayor, por ejemplo en San Pablo, donde el mercado de trabajo es más abierto que en el resto del país. Pero los tiempos son duros. Conseguir un trabajo en el Brasil de hoy significa, automáticamente, quitarle el puesto a otro. Es comprensible, entonces, que aquellos que se habían quedado en el país se sientan amenazados cada vez que llega un nuevo contingente de “retornados”.

No es difícil escuchar reflexiones como “mientras nosotros nos aguantábamos los años negros de la represión ustedes hacían doctorados en la Sorbona y ahora vienen con esos diplomas a quitarnos nuestro trabajo”. Por supuesto, la respuesta de los exiliados es inmediata y también desatinada: “mientras nosotros soportábamos el sufrimiento del exilio ustedes se ocupaban de hacer su carrera profesional”.

¿Una polémica de golpes bajos? Ciertamente, pero la crisis económica también golpea abajo del cinturón. Todo el mundo tiene razón —y se equivoca a la vez— y de hecho existe un verdadero peligro de ruptura entre los exiliados y los otros.

Estos problemas son más serios cuando se trata de trabajadores manuales. Casi imposible para ellos hallar un patrón dispuesto a emplear un hombre que se ha ido del país justamente a causa de su combatividad. Además, los trabajadores que vuelven se han beneficiado en el exilio de una formación intelectual y de un nivel de vida incomparable al que deberán enfrentar en el Brasil. En otro plano, las mujeres sufren un problema de reinserción dramático. Muchas de ellas han adquirido una autonomía importante. Esto se revela inmediatamente incompatible con las convenciones sociales en vigor en su país de origen.

Los espejismos del exilio

Estos problemas de adaptación tienen su equivalente en las tentativas de reinserción política. Para muchos, las teorías elaboradas en el exilio constituían la base de su propia visión política. Esas teorías, se comprueba en general, tenían poco en el país, con su lucha real. Pero para alguien que ha vivido sus ideas intensamente durante años se hace difícil poner de golpe todo en cuestión. Por otra parte, no se excluye en los “retornados” un sentimiento de culpabilidad que los empuja a mostrar que nunca han abandonado el combate. No faltaron, por supuesto, los que han querido reintegrarse al país con actitudes de “salvador de la patria” o de “profesor de política”, lo que provocó serios malentendidos con los

militantes locales. Estas tensiones se hacen más evidentes cuando se observa que los militantes de hoy ignoran todo de la actividad de los “viejos” y ni siquiera conocen sus nombres. La nueva generación de activistas políticos ha crecido en un medio radicalmente diferente de aquél que vivieron los antiguos combatientes.

La problemática no es la misma, las reivindicaciones y las exigencias son otras. Ni siquiera el lenguaje es el mismo. Puede decirse que en el Brasil hay una verdadera ruptura tanto a nivel teórico como a nivel de la historia militante entre la “nueva” y la “vieja” generación. En muchos sectores el abismo generacional, agregando a cierta suficiencia de parte de los exiliados, provoca una hostilidad real. Esta situación puede tener consecuencias graves para el futuro de la organización de las fuerzas de oposición del país.

¿Un nuevo ghetto?

El retorno al país no se efectúa sin graves alteraciones y fuertes tensiones. Este rudo reencuentro con la “tierra natal” donde “el hábito no hace más al monje” ha comenzado a crear las bases de un verdadero ghetto de los exiliados.

En París durante años, en los cafés de la Contraescarpa, los brasileños practicaban un juego de cartas: “rua Riachuelo”, por ejemplo, y los otros respondían inmediatamente: “En tal barrio de Rio entre tal y cual calle”. Hoy, cuatro meses después de la amnistía, existe ya en Rio de Janeiro un bar en el que los exiliados se encuentran. El mismo juego hace furor. Pero esta vez las calles se llaman Gay Lussac, René Coty o Bobillot...

Este reagrupamiento es lógico en los primeros tiempos. Un exiliado que viene de París tiene más puntos de referencia intelectual y cultural con alguien que ha vivido su misma experiencia que con un viejo amigo que ha hecho su vida de otra manera en el Brasil. Así, la cultura del país de asilo, tantas vecespreciada y rechazada durante el exilio se convierte con el retorno, un medio de reconocimiento y de comunicación entre los miembros de una comunidad que se siente aislada en su propio país.

Los brasileños bromea y cuentan chistes sobre los portugueses (quienes, a su vez, les cuentan sobre brasileños). Uno de ellos narra la triste historia de Manuel da Silva, un emigrado en Francia que no aprende nunca el francés y, al mismo tiempo, olvida el portugués. El pobre Manuel se vuelve mudo.

Una generación de jóvenes brasileños ha conocido el exilio, voluntario o no, y aprendido mucho de las experiencias de otros pueblos. Esta enseñanza puede enriquecer decisivamente el patrimonio cultural y político brasileño. No es el caso todavía, y la charlatanería se impone al comienzo. Esta generación corre el peligro de nuestro Manuel da Silva: convertirse en una generación muda: o más bien, en una generación de charlatanes.

En el Brasil, una amiga me regala los primeros consejos para “retornados”: “Es necesario que todos puedan volver, pero sin tambor ni trompetas. Humildemente. A escuchar, porque tienen más para aprender que por enseñar. Nuestro Brasil no es más el de ustedes. Tienen que readaptarse y utilizar lo que han aprendido en el extranjero, pero para provecho de todos y no solamente del suyo”.

Conversaciones con Casildo Herreras

Mempo Giardinelli

Cuando uno lo ve, sentado a la mesa de un bar, lo primero que piensa es que está igualito. Vistiendo una campera de cuero sobre el suéter, y debajo del suéter una remerita azul, con un cigarrillo en la mano, las patillas canosas y el bigote prolijamente recortado, se tiene la sensación de que el tiempo no pasó. A los 51 años, casi sin amigos en España, Casildo Herreras conserva la misma presencia portañesa que le veíamos, hace unos años, en las pantallas de la televisión argentina.

Conserva, asimismo, algunas pasiones: sentarse todos los mediodías a la mesa de un bar, para tomar café, fumar increíbles cantidades de cigarrillos, y hablar de “las cosas del país”, mientras un lustrabotas immacula sus zapatos, algún conocido lo saluda y los mozos —invariablemente idénticos a los gallegos de la Avenida de Mayo— parecen dar un toque nostálgico, cómplice, al ambiente.

“No quiero entrevista”, me advirtió, al inicio del primero de nuestros tres encuentros, a fines de diciembre pasado. La grabadora quedó sobre la mesa, inútil, y esa advertencia, esa condición, fue respetada. De modo que quienes esperen de esta nota declaraciones exclusivas del último secretario general de la CGT, se llevarán un chasco.

A pesar de su negativa a hacer declaraciones periodísticas, Herreras se preocupó, en todo momento, por “aclarar algunos tantos”, como dijo, en ese idioma portañés en que habla, mechado de palabras lunfardas, de apreciaciones comparativas que recuerdan los metafóricos modismos del lenguaje peronista. “Por ejemplo —dijo— quiero que quede en claro que la inhabilitación que me aplicó la Junta es una aberración: lo único que yo tengo, Flaco, mi único bien, es la casa donde vive mi hijo Raulito, en Villa Ballester. Y la aberración consiste en que ese es un bien de familia, y por lo tanto inenajenable e inembargable. Todos los otros bienes que me atribuyeron son puras macanazas.”

Por momentos vehementemente, a medida que fumaba a razón de cuatro cigarrillos por hora, Herreras se entusiasma en su defensa: “Y quiero aclarar que yo no me borré, como se dijo: eso es una mentira grande como una casa. Todo lo que se me atribuyó desde el 24 de marzo de 1976, y lo que se puso en mi boca durante estos años de exilio son mentiras, invenciones sin excepción”. Y luego: “Y que se sepa que yo no soy un burocrata, como me decían, porque a mí siempre me eligieron las bases. Siempre me llevé mejor con las bases que con los dirigentes. ¿Qué voy a ser un burocrata, yo? —y apinaba los dedos, en ademan interrogativo— si laboré desde 1943 hasta 1970 ininterrumpidamente, levantándome todos los días a las cinco de la mañana para fichar en Grafi. Y en 1970 dejé la fábrica para cumplir con mis funciones como dirigente”.

Habitante de un pequeño departamento, que alquila en el barrio de Chamartín, una colonia de clase media en el noroeste de Madrid, Herreras es un hombre solitario, que frecuenta algunos restaurantes de comida argentina, que casi no tiene relaciones con la colonia de exiliados y que afirma que está “loco por volver a la Argentina. Es una locura estar esperando el momento”. Y mientras tanto, se aferra a sus costumbres, como la de tomar su café a la mediodía, saborear abundantes cucharadas de dulce de leche y tomar mate cocido todas las mañanas porque, “como decía el general, es barato, argentino y digestivo”.

Entre los infinitos temas tratados, y sobre los cuales no quiere hacer declaraciones —“porque vos entendés, Flaco, que como decía el general hay que esperar hasta que aclara; no tiene sentido que yo ande diciendo cosas, por ahora; ya voy a hablar cuando llegue el momento, y mirá que tengo mucho que decir, yo”— aparecieron todos los nombres

frecuentes del exilio: Videla, la Junta Militar (en general, fue escéptico, aunque sin hacer pronunciamientos críticos), Massera (fue mencionado dos a tres veces, no críticamente, pero tampoco con fascinación alguna; simplemente, un apellido), Raymundo Ongaro (“Y..., vos sabés como es: siempre le habla a cada uno en el idioma que cada uno quiere escuchar”), Rucci (“fue una barbaridad que lo mataran al Petiso, una provocación”) Cámpora (apellido que mencionó repetidamente).

Habilidoso, mentalmente ágil, y rápido y enfático para hablar, Herreras siempre sabe no apresurar una definición, cuando no quiere hacerlo o cuando no está seguro de lo que debe decir. (Me llamó la atención, además, que nunca cierra puertas.) Más interesado en hablar que en preguntar o escuchar, aunque habla mucho dice poco. No condenó a nadie, y ante menciones a la dictadura o a la gue-



rrilla, optó por muecas escépticas, por encender un nuevo cigarrillo (rubios, con filtro) o por frases más o menos ambiguas.

Mis insistencias cayeron en el vacío, “No, Flaco, no quiero entrevista —se defendía al inicio y al final de cada encuentro. Tenés que entenderme: charlemos todo lo que quieras, porque al fin y al cabo yo no tengo nada que ocultar. Pero entrevista, no”. Me preguntó a quién pensaba ver. Mencioné a los titulares de las Casas Argentinas en Madrid y Barcelona, así como al presidente del Centro Argentino de Madrid, y él simplemente se limitó a hacer un gesto que tampoco era contundente pero que interpreté como desdén, miró hacia otro lado, sorbió su café y cambió de tema.

En mis insistencias para obtener la entrevista grabada, argüía que era importante lo que él pudiera decir. Guste o no, para peronistas, antiperonistas o no peronistas, lo que diga en el exilio el último secretario general de la CGT, es importante. Como también lo que no diga, lo que calle.

Empedernido conversador, por momentos monotemático, en todo momento de las pláticas que sostuvimos, Herreras procuró hablar de lo que a él le interesaba: “Soy el perseguido por la Junta Militar al que más se ha difamado y del cual se han inventado más patrañas”; “Más que a Casildo Herreras, se atacaba a lo que él representaba”; o bien: “pero ché, hablé vos un poco: ¿Qué pasa con Cámpora; cómo está de salud?”; “Yo siempre criticé el entorno, fui el primer y único dirigente peronista que

le hizo una huelga general a un gobierno peronista”, luego de lo cual se encerraba en consideraciones sobre los errores cometidos por el gobierno de Isabel Martínez de Perón, pero aclarando que “a los trapos sucios los peronistas los tenemos que lavar en casa. Y por eso es inútil que me pidan pronunciamientos para la prensa”.

También habló de sus expectativas acerca del regreso. Herreras parece convencido de que 1984 será el año del retorno, “con la apertura que va a tener que dar Viola”. Y para apoyar su propio énfasis, se encargó de puntualizar en reiteradas ocasiones que “la CUTA es el camino” y que “naturalmente, en ningún momento yo he dejado de pensar que el peronismo volverá a ser gobierno”. Y en otra ocasión, como al pasar y sin darle importancia, explicó que en 1973 él iba a ser Ministro de Trabajo y Previsión del gabinete del doctor Héctor J. Cámpora, pero —dijo a entender— presiones metalúrgicas impulsaron a Ricardo Otero.

También respecto de la actualidad nacional, evitó hacer declaraciones. No obstante, a la fecha de los encuentros madrileños Casildo Herreras se manifestó preocupado. “No es posible —dijo— que se continúe intentando destruir al peronismo. Porque acá hay que ver en claro una cosa: todo lo que están haciendo, tiene como objetivo destruir al peronismo. Pero no van a poder, porque el peronismo es sencillamente indestructible. Lo que pasa es que, lamentablemente, el tiempo sigue pasando, y esto todavía llevará un buen rato”.

De todos modos, con su meticulosa manera de desviar los temas, con su firmeza —amable, amistosa firmeza— para evitar que de las pláticas surgiera un reportaje, y mirando cada tanto la grabadora apagada, me pidió que hiciera conocer —“si querés claro”— algo así como una declaración que acababa de enviar a la agencia Associated Press. En ella, censura la sanción de la nueva Ley de Asociaciones Profesionales, porque “implica una funesta segregación de la estructura del Movimiento Sindical Argentino y la marginación de los trabajadores del quehacer nacional”.

“Argentina ostenta con orgullo —continúa— uno de los movimientos obreros con más profunda vocación nacional de los que existen en el mundo, razón por la cual constituye el más poderoso baluarte contra la infiltración de ideologías foráneas a la idiosincrasia del pueblo argentino”.

Luego agrega que: “Mientras en toda la Europa Occidental y Democrática los trabajadores aumentan su legítimo protagonismo en la vida nacional, en mi país se los pretende retrotraer a épocas ya superadas por la evolución social”. Y concluye asegurando que censura “enérgicamente el despojo de las Obras Sociales de los sindicatos, que fueron levantados con el aporte y el esfuerzo de los trabajadores y sus dirigentes”.

A grandes rasgos, esta es la semblanza de Casildo Herreras, quien además fuera miembro del Consejo de Administración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) hasta junio de 1978.

Es un hombre que parece haber dado un paso al costado y que apuesta al tiempo. Un hombre que está sumamente preocupado por su imagen, que está informado y alerta, y que menciona como al pasar a nombres como “José” (por José Rodríguez, secretario general del SMATA) o “el gordo” (por Juan José Taccone, ex líder de Luz y Fuerza), con una naturalidad, con una sensación latente de cercanía y de familiaridad que parecieran querer indicar que en modo alguno está fuera de la jugada.

Adrede, he cuidado evitar toda mención calificativa, especulativa y, aunque no ha sido fácil, he procurado sencillamente dar esta visión de un dirigente que tuvo mucho que ver con nuestro pasado reciente, del que fue uno de los protagonistas principales. Y creo, asimismo, no haber traicionado los silencios prometidos acerca de mayores profundidades en los temas tratados.

Naturalmente, pienso que es importante que la colonia argentina en el exilio conozca estas referencias aunque a algunos les patee el hígado y a otros se les caiga la baba. Lo cierto es que acá hay material para discutir y para disentir. Y quizá eso sea lo bueno, que los argentinos desarrollemos capacidad para disentir y para escuchar —o para leer— lo que no nos gusta, sin encajar etiquetas. La madurez política, que le dicen.

Los fracasos de los trotskistas

Guillermo Almeyra

La llegada del peronismo al poder, en los años cuarenta, cerró una fase de la historia argentina y abrió otra: la de la alianza entre la burguesía industrial y la clase obrera, entre el estado y los sindicatos, con una política redistribucionista de los ingresos y de desarrollo de las bases para la industrialización pesada, al mismo tiempo. Dicha política sufrió muchas vicisitudes debido a los cambios en la coyuntura internacional y a los vaivenes impuestos por el sucederse de los diversos gobiernos desde la huida de Perón en 1955 (pues ellos la atacaron o modificaron en partes importantes), pero, en lo esencial, sólo naufragó junto con el gobierno de Isabel Perón.

En esos mismos años se hundieron las esperanzas políticas en el proyecto peronista y, también, las de una izquierda, peronista o socialista, que esperaba de un ascenso lineal del movimiento obrero, de una constante agudización de las contradicciones políticas y de clase, de una extensión casi automática y espontánea del "cordobazo" a todo el país. En el fracaso de esas esperanzas se inscribe también el de los proyectos de todas las tendencias trotskistas o de las que, sin serlo, utilizaban algunas de las ideas aportadas por Trotski.

La nueva fase que se abre en la Argentina con el golpe militar (nueva relación entre el estado y la sociedad civil, nuevo bloque dominante en el seno de la burguesía, polarización de la sociedad, nueva política económica basada en la concentración del capital, en el brutal rebaje de los salarios reales y en el esfuerzo por meter en un ghetto al movimiento obrero) encuentra así a la izquierda argentina en orden disperso y carente de programa y de capacidad para ofrecer una alternativa. Y encuentra al trotskismo, en particular, reducido a pequeños grupúsculos sin representatividad que se limitan a la propaganda de ideas generales y están confundidos por el hundimiento de sus políticas y por la incomprensión de la nueva etapa.

Buena parte del éxito logrado por los militares en la aplicación de su política y buena parte del retroceso enorme en la capacidad de organización y en la vida política de la clase obrera se deben, indudablemente, a esa inadecuación de la izquierda y, especialmente, de los trotskistas, a la nueva fase en que ha entrado la Argentina. O sea, a un largo período de transición y de recomposición de las relaciones entre la vanguardia y el grueso del proletariado, entre los obreros y los demás sectores asalariados, los estudiantes y los intelectuales, entre la base y la burocracia sindical, entre el nacionalismo (peronista) y el socialismo, en el campo de los explotados, y entre el nuevo bloque dominante (y su estado) y el imperialismo, por un lado, y los restos de la burguesía nacional clásica, por el otro.

Es importante tratar de profundizar cuáles fueron las bases de tal fracaso, pues en Argentina, a diferencia de muchos otros países latinoamericanos, no sólo existía una amplia capa intelectual interesada por el marxismo, una vasta difusión de éste (sobre todo por obra de Pa-

Capital), los trotskistas se fragmentaron y desaparecieron como organización debido a la discusión sobre si había que defender o no a la URSS (la de los procesos en Moscú y la invasión de Finlandia). Los pocos que decían que sí —apenas un puñado— se encontraron al comienzo del peronismo dentro del PS, o sea fuera de la clase obrera.

En tercer lugar, el peronismo dividió más a esos grupos y los diferenció en tres tendencias: la que, con J.A. Ramos, consideraba que Perón realizaba las tareas nacionales y antimperialistas y, por lo tanto, lo apoyaba (rompiendo así con uno de los postulados básicos marxistas sobre la independencia política de la corriente proletaria) y se lanzaba a preparar una burocracia sindical de izquierda y a desbordar al peronismo desde adentro; la que, con Nahuel Moreno y sus entonces Grupo Obrero Marxista comenzó siendo antiperonista furibunda (1945-1951) para después pasarse al peronismo en 1952 poniéndose "bajo la conducción del Consejo Superior Peronista" después del golpe de 1955; y, por último, la tendencia de J. Posadas y su Grupo Cuarta Internacional (después Partido Obrero [t.] que, aunque entendía la contradicción de clase existente entre la base y la dirección peronista, no podía superar un trabajo obrerista y de propaganda general.

Cuando se agudiza la crisis interna en el peronismo y los obreros se radicalizan, en 1952 (huelgas ferroviarias del 50, resistencia a la guerra de Corea, resistencia a la Campaña de la Productividad del 52 y al divisionismo oficial en la CGT, huelga metalúrgica contra la burocracia) y Perón se vio obligado a crear el PSRN, precisamente para contener ese curso socialista, parte de los "trotskistas" son peronistas (unos, desde el comienzo y desde la burocracia, repudiada por los obreros; otros, recién conversos después de haberse aislado de los obreros) y otra parte no movilizaba más de dos decenas de activistas sindicales.

A ello hay que agregar que la dirección de la IV Internacional oficializó al Grupo Internacional sólo en 1952 pero, incluso en esa fecha, daba ya por despatchado al peronismo (después de las elecciones provinciales en Buenos Aires), colocándose así en la imposibilidad de comprender al proceso y de influenciar una capa importante de intelectuales revolucionarios y de formar a sus militantes, en la Argentina y en el mundo, en la superación de la contradicción entre el anticapitalismo espontáneo de las masas peronistas y la dirección burguesa de las mismas. Además, aplicando un criterio ecléctico de la construcción del partido, que la había llevado, en 1948, a reunir en un congreso mundial (el II) a quienes atacaban a la URSS como "capitalista burocrática" (rompiendo así con Trotski) y a los trotskistas, la misma dirección de la IV Internacional impulsa e impone una fusión entre las tendencias de Moreno y de Posadas en la nueva sección posadista, en nombre del programa general (reduciendo así al trotskismo al papel de simple propagandista de ideas generales y educando en la manobra organizativa).

En tercer lugar, Posadas, que hasta entonces se alimentaba política y teóricamente en las fuentes del Secretariado Internacional de la IV Internacional, y cuyo grupo, por el control de ese organismo, mantenía una vida interna democrática, estimulado por el desarrollo de su tendencia en América Latina (el Buró Latinoamericano) y por la crisis de la dirección internacio-

nal en Europa y Estados Unidos resultante de la reconstitución del capitalismo en la posguerra,² rompió en 1962 con la IV Internacional y, librado a su primitivismo cultural y político, convierte a su grupo en una secta esotérica, con una política dedicada a asesorar a los movimientos nacionalistas y al Kremlin sobre cómo construir el socialismo.

La IV Internacional se encuentra así sin organización en la Argentina, y entonces, guiada por el mismo pragmatismo y eclecticismo anterior, reconoce al grupo de Nahuel Moreno (que en esos años recomenzaba a llamarse trotskista, tras haber renegado de ese calificativo) y al naciente PRT, con el cual éste se fusiona, aunque este partido, cuyo ingrediente principal era el grupo de Santucho, era en realidad una organización castromaoísta con algunos análisis tomados en préstamo al trotskismo. El castroismo y el maoísmo tienen, pues, vía libre para su desarrollo en esos años, ante la esterilidad y los errores de los trotskistas.

Y los que se forman a partir del cambio que se produce después del cordobazo, en 1969, encuentran así, como representantes del trotskismo, a una secta no marxista (por su idealismo, su funcionamiento burocrático, su apoyo a Perón, a los Montoneros, a Velasco Alvarado o a Breznev y sus locuras esotéricas) o a un partido (el actual PST) que tiene militantes obreros, pero que no es trotskista, está profundamente desprestigiado, es socialdemocrático en sus concepciones, es oportunista en su política. El resto, son escisiones y cismas de escisiones o sectas propagandistas que no inciden ni teóricamente ni organizativamente.

De ahí el desarrollo al margen del trotskismo (aunque influenciados por Trotski) de millares de jóvenes peronistas de izquierda, socialistas revolucionarios, grupos y tendencias. Y la incapacidad del trotskismo para crear una corriente intelectual que analizase la Argentina, que diese un programa, que reagrupase y rearmase para la comprensión de la nueva fase. Lo demás es historia contemporánea.

¿Qué queda del trotskismo en Argentina? La influencia del pensamiento de Trotski, en general, lo realizado en el movimiento obrero, como parte de la conciencia organizativa de éste, algunos cientos o miles de militantes que, en el país más politizado y con mayor peso del movimiento obrero de toda América Latina, reaparecerán, en poco, pero no es despreciable. Es todo en un proceso de recomposición de la vanguardia revolucionaria.

1. Ramos, como "Víctor Almagro", será teórico político de la prensa peronista y después organizador (junto con Moreno), del Partido Socialista de la Revolución Nacional, fundado por Perón a través de Emilio y Enrique Dickman en 1952.

2. El fenómeno de la afirmación del estalinismo y el fracaso de las ilusiones sobre una ruptura rápida de las masas con los PC y la socialdemocracia, el desarrollo del nacionalismo burgués en muchos países, la caracterización de la revolución china y de la táctica a desarrollar en los partidos obreros de masa para sacar de su aislamiento a los pequeños grupos trotskistas, provocaron una ola de escisiones en los años 50 (años de reconstrucción del capitalismo) que llevaron a la IV Internacional a perder su sección norteamericana, buena parte de su sección francesa, a quedarse casi sin sección en Inglaterra, Bélgica, Alemania, Austria, Italia, y produjeron una crisis de dirección cuando su secretario general de entonces, Michel Pablo, cayó preso por el apoyo a la revolución argelina. Posadas, con la fuerza que le daban "sus" secciones latinoamericanas, realiza entonces una brutal ruptura, puramente organizativa, sin discusión previa. Y sus militantes lo siguen llevados por una falsa concepción del partido basada en la idea de "con el partido somos todo, sin el partido no somos nada", entendida mecánicamente, de modo prácticamente estalinista.

Información bibliográfica

Revistas y periódicos

Aportes para la asociación obrera, año I, núm. 1, publicación trimestral, noviembre de 1979 (Buchladen Kleine Freiheit Bismarkstrasse 9, 6300 Giessen, Alemania Federal).

Comunidad núm. 14, Estocolmo, 20 de septiembre de 1979 (Cfksow "Comunidad" 4317236-0, Stockholm, Suecia).

Resumen de la actualidad argentina núm. 15, editado por el Club para la Recuperación Democrática Argentina, Madrid, 25 de enero-8 de febrero de 1980 (N.A.L., CC 150.189, Madrid).

Sociología y política

Carlos Abalo, "Notas sobre el carácter actual del capitalismo argentino", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Alvaro Abos, "Argentina: pena de muerte y terrorismo de estado", en El Cervo núm. 340-341, Barcelona, junio-julio de 1979.

Alvaro Abos, "La racionalidad del terror", en El Viejo Topo núm. 39, Barcelona, diciembre de 1970.

Argentina: genocidio y resistencia, América Latina 1, Cuadernos Aesla, Madrid, abril de 1977.

Jorge Luis Bernetti, "Izquierda: derrota y proceso democrático", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Enrique Dussel, "La iglesia argentina de 1968 a 1979", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Miguel Espejo, "Educación y valor de la energía", en Revista de la Educación Superior (ANVIEF), núm. 30, México, abril-junio de 1979.

Miguel Espejo, "Cuerpo a cuerpo o el vértigo de la historia Argentina" (comentario de Cuerpo a cuerpo de David Viñas).

Miguel Espejo, "Cuerpo a cuerpo o el vértigo de la historia Argentina" (comentario de Cuerpo a cuerpo de David Viñas [México, Siglo XXI, 1979]), en Siempre!, México, septiembre de 1979.

Miguel Gazzera, "La agonía de los proyectos nacionales", en El Universal, México, marzo 2 de 1980.

Enrique Guinsberg, "Marx y Freud, delincuentes ideológicos", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Noé Jitrik, "Las desventuras de la crítica", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Noé Jitrik, "Propuesta para discutir la actual situación argentina", en Cambio núm. 1, México, octubre-noviembre de 1975.

Edgardo Lifschitz, "Éxitos y fracasos de la política económica de la Junta Militar", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Pablo Enrique Maceiras, "Censura y autocensura", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Juan Carlos Marín, Argentina 1973-1976. La democracia, esa superstición, y los hechos armados, Cuadernos del Cela núm. 42, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, 1979.

Juan Pegoraro, "Los conflictos laborales, 1973-1976", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Juan Carlos Portantiero, "De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués", en Cuadernos de Marcha año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Esteban Righi, "La política exterior de la dictadura", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Oscar Terán, "El discurso del orden", en Cuadernos de Marcha, año I, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

Rodolfo Saltalamachia, "Sobre el proceso de formación de clase. Una crítica a Adam Pzewarski", en Izta-palapa núm. 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, diciembre de 1979.

Rodolfo Saltalamachia, Crisis política y escalones inferiores de la burocracia. El caso argentino, ponencia presentada en el Seminario sobre el estado en el capitalismo contemporáneo, Puebla, noviembre de 1979.

Alicia Ziccardi, Educação e estrutura ocupacional no Brasil, (tesis de maestría en sociología), IUPERI, Río de Janeiro, 1979.

Crítica

Noé Jitrik, Las contradicciones del modernismo, México, El Colegio de México, 1978.

Cartas de los lectores

Madrid, 11 de diciembre de 1979

Compañeros de Controversia:

Después de una larga interrupción en la comunicación con algunos de ustedes, me llegó por vía de otro compañero el Número 1 de Controversia. Debo decirles que, en general, comparto plenamente el editorial y que la revista tiene fuerza. Con respecto a los materiales, es evidente que son para polemizar y eso ya es positivo dentro de tanta mediocridad y puterío existentes en este exilio.

Yo estoy trabajando con otros compañeros en esto que denominamos Club para la Recuperación Democrática Argentina y que no es otra cosa que un club político de discusión y elaboración. Lo conforma gente de casi todas las tendencias (ex montos, ex perros, radicales, peronistas, ex PC críticos, social-cristianos, socialistas, etc.) pero a nivel personal y no partidario. Pensamos que al exilio hay que aprovecharlo para trabajar sobre los errores y tratar de enterrar para siempre el sectarismo, el corto plazo y las posiciones elitistas que nos aíslan del pueblo.

Espero que Controversia siga creciendo y que ustedes no cedan en el arduo trabajo de sacarla a la calle.

Carlos Aznárez

Casa argentina en Catalunya

La Casa Argentina en Catalunya se define democrática, anti-dictatorial y defensora de los derechos humanos, manteniendo el objetivo de lograr la unidad de la colonia argentina en Catalunya, para cumplir con fines de solidaridad dirigida al mejoramiento de sus condiciones de salud, trabajo y vivienda; la consolidación de su estado legal en España, el desarrollo de su especificidad cultural y de la integración plena en Catalunya.

Nuestra intención es que la colonia argentina consciente de su historia común, realice un considerable esfuerzo, se reagrupe e instrumente por sí misma un proceso de reconstrucción en el plano personal y colectivo, comprendiendo la estrecha relación existente entre estos dos niveles. Consideramos básica la aclaración de que el desarrollo de actividades políticas partidarias es incompatible con el objetivo de unidad dirigido a los fines propuestos.

Objetivos:

a) Lograr el reagrupamiento de la colonia argentina mediante una acción solidaria tendiente a unificar criterios en torno a nuestra problemática.

b) Contribuir al cabal conocimiento de la realidad argentina y de las causas que determinaron nuestra situación.

c) Propender al respeto y contribuir a la defensa de los derechos humanos en nuestro país.

d) Estimular la integración individual y colectiva en la sociedad española y catalana.

e) Consolidación de nuestro estado legal en España.

f) Instauración de servicios con fines de solidaridad dirigidos al mejoramiento de las condiciones de salud, trabajo y vivienda de la colonia.

Llamados a asamblea: Se acordó que las convocatorias a asamblea podrán realizarse con el acuerdo del 10 por ciento de los socios y/o por decisión mayoritaria de la Comisión Directiva.

Reglamento interno: La asamblea decidió que la Casa Argentina se rija por medio de los acuerdos de asamblea y dejó sin efecto la confección del reglamento interno.

Elección de Comisión Directiva:

1) Se resolvió constituir la Junta Directiva de la siguiente manera: Presidente Vice-presidente Un representante por cada una de las seis secretarías

2) La nueva Comisión Directiva quedó constituida por las siguientes personas:

3) Se decidió agregar la responsabilidad de las tareas de solidaridad a la Secretaría de Prensa y relaciones.

Presidente: David Tieffenberg Vice-presidente: Miguel A. Palumbo Administración: Ricardo Stockdale Finanzas: Javier Casciaro Deportes y recreación: Juan Ré Cultura: Horacio Vázquez Servicios: Mario Fernández Prensa y relaciones: Graciela Camino

Convoca COSOFAM

POR UNA ARGENTINA SIN PRESOS POLITICOS NI DESAPARECIDOS

Alfredo Zitarrosa * Amparo Ochoa Grupo Sur * Viraje

Teatro Congreso del Trabajo - Flores Magón 44 - D.F. Sábado 15 de marzo a las 18 hs.

Peronismo y radicalismo frente a la propuesta militar

En un marco de confusión y disparidad de criterios entre militares y políticos en cuanto a cómo encarar el diálogo, se conocieron públicamente documentos oficiales del peronismo y el radicalismo respondiendo a la propuesta de las "Bases Políticas". El texto del Partido Justicialista (29 de febrero) lleva las firmas de su vicepresidente primero, Deolindo Bittel y de su secretario general, Lázaro Roca. El escrito de la Unión Cívica Radical fue redactado por la Mesa Directiva del Comité Nacional (28 de febrero).

El documento justicialista

"Desde 1945 las grandes mayorías populares se expresan políticamente a través del Justicialismo. Con ideas concretas sobre el destino de la Nación, ni demagógicas ni totalitarias, nutridas en los hechos de su historia y de su tradición, el Justicialismo constituye una esperanza cierta para el pueblo, toda vez que persigue el bien común, promoviendo en libertad y con justicia una equitativa distribución de la riqueza, en un país independiente y seguro de su destino en América y el mundo. Durante doce años ejercimos el gobierno constitucional del país, elegidos siempre por abrumadoras mayorías. Nuestra concepción nacional, popular y cristiana de la Argentina y los innegables avances que produjimos en legislación social y en obras para el bienestar del pueblo, determinaron que siempre en que éste pudo expresarse políticamente nos ratificó su apoyo y su confianza. Nunca hemos sido desposeídos del gobierno por el pueblo sino, siempre, por golpes militares que alentaron minorías privilegiadas del país, vinculadas generalmente a los grandes intereses antinacionales. Esta trayectoria le otorga al Partido Justicialista moral para referirse al grave momento político en que vivimos.

"El quebrantamiento del orden constitucional en 1976, a sólo seis meses del llamado a elecciones generales, y los cursos de acción política, social y económica que se siguieron en el Proceso de Reorganización, produjeron una crisis tan honda de nuestras instituciones como nunca se conoció en nuestra historia. Prohibidas las actividades políticas, silenciada cualquier forma y tipo de oposición, y disenso, regimentada la justicia, desbaratadas las organizaciones del trabajo y estudiantiles, suprimidos los derechos esenciales que garantiza nuestra Constitución Nacional a reunirse y asociarse, a pensar y expresarse libremente, a educar y trabajar, sólo se oyó durante cuatro años, un largo monólogo militar enderezado a imponer en el país un estilo economicista de la vida y a excluir al pueblo de toda participación en los destinos de la Nación.

"El resultado no pudo ser otro

que la soledad política del Gobierno, su orfandad de consenso popular y el desaliento interno y la pérdida de prestigio internacional. Con este oscuro panorama, la dirigencia militar intenta, ahora, otra vía para salir del atolladero: el diálogo con los sectores civiles a partir de unas pretendidas Bases Políticas, ampliamente difundidas.

"Otra vez se equivoca. Los graves problemas que se han creado no se solucionan ya con ensayos filosóficos ni con lecciones de instrucción cívica. El pueblo soberano está suficientemente educado para distinguir entre lo que le conviene y lo que lo perjudica. Reclama soluciones y no promesas, hechos y no palabras, que le permitan realizarse individualmente como personas y en su conjunto como protagonistas de su propia historia.

"No debe, entonces, insistirse más con tentativas de corto alcance. Es obligación perentoria constitucionalizar el País, en el más breve plazo, sin ambigüedades, con términos y fechas ciertos y claros, con participación de todos los sectores políticos y sociales y sin escondidas intenciones continuistas.

"Para alcanzar este objetivo se torna imprescindible crear en el país un clima de paz y de conciliación que termine, de una buena vez, con el sentimiento de inseguridad y de opresión en que vivimos los argentinos. En este sentido, el Gobierno deberá cumplir un programa básico que incluya: liberar a los detenidos políticos sin causas y finalizar con los procesos abiertos contra dirigentes políticos y gremiales por razones de oportunismo revolucionario; derogar las Actas Institucionales que condenan sin causa y sin jueces a numerosos ciudadanos; dejar sin efecto la legislación que atomiza y sojuzga al Movimiento Obrero intentando disolver a la CGT porque ello es garantía de paz social; asegurar el libre ejercicio de todos los derechos que consagra la Constitución Nacional para los habitantes del país; y modificar la política económica que tiende sólo a una regulación formal de la competencia, a facilitar la especulación y a beneficiar intereses antinacionales para que, con un más equitativo reconocimiento del esfuerzo personal y de la distribución de la riqueza, se respete la dignidad humana, se refuercen los lazos comunitarios según el deber que impone el principio de solidaridad y se consolide el bienestar del pueblo y el desarrollo de la Nación.

"Pero, prioritariamente, deberá el gobierno permitir la libre actividad de los Partidos Políticos y la normalización de sus estructuras orgánicas, comenzando, en nuestro caso, con la irrestricta liberación de la señora María Estela Martínez de Perón en la que se quiere cargar, contra toda justicia, contra todo derecho, la circunstancia de ser la presidente del Partido Justicialista y la esposa del ilustre creador del movimiento popular más fuerte de América Latina, el general Perón.

"En ese nuevo clima de paz social, libertad y unión, será positivo y dará frutos duraderos un diálogo político que deberá ser abierto y generoso con todos los sectores sociales de nuestra Nación para construir una democracia republicana, representativa y federal, plena de contenido social. Ese diálogo no podrá ni deberá, en modo alguno, condicionarse ni por la naturaleza de los temas a debatir ni por la selección arbitraria de interlocutores que haga uno solo de los sectores de nuestra ciudadanía. El objeto del encuentro no podrá ser otro sino la normalización institucional del País, según los marcos de derecho que fija la Constitución Nacional y deberá iniciarse y concluirse con las autoridades de los partidos políticos argentinos, para que realmente tenga validez y legitimidad suficiente como para superar viejas antinomias o inexplicables desencuentros y se encamine a la formulación de una auténtica y verdadera democracia.

"En este entendimiento y con aquellos presupuestos, el Partido Justicialista, tal como ha sido y como es, y precisamente porque es una insoslayable realidad nacional de la que no podrá prescindirse en ninguna solución argentina, so pena de que se incurra nuevamente en la formulación de estructuras vacías de contenido, será parte necesaria de cualquier proyecto y de cualquier diálogo que se intente por quien sea que fuere, si se quiere salir de esta crisis en la que todos estamos involucrados y comprometidos.

"Pero debe admitirse, con la verdad, que emerge de la realidad, que las extemporáneas reformas constitucionales, los pluripartidismos anarquizantes, los gradualismos electorales, las actas institucionales presentes o futuras proscriptivas de derechos esenciales, las tutelas militares de la actividad política, las inhabilitaciones y restricciones a la libre asociación y la permanente invocación a la teoría de la Seguridad Nacional como justificación para sustituir con la ley del orden, el orden de la ley, con que se integra la propuesta política de las FF.AA. no son medios positivos para salir de la crisis. Por el contrario, aparecen como maquinaciones y artilugios enderezados a inaugurar una mentira democracia que perpetúe el predominio de sectores minoritarios y privilegiados sobre las grandes mayorías populares, con lo que se promoverá nuevamente la vigencia de elementos desestabilizadores de la vida nacional y se facilitará el camino a las dictaduras o a los desbordes subversivos de cualquier signo.

"Las FF.AA. deben ganar, ahora, su batalla con la Historia. Siguiendo el ejemplo ilustre de los generales San Martín y Perón, las FF.AA. deben devolverle al pueblo lo que es del pueblo: su soberana decisión para autodeterminarse, ya que el pueblo mismo es la mejor garantía de preservación de los superiores valores de nuestra nacionalidad".

El documento de la UCR

"Ya en abril de 1978, hombres que expresaban legítimamente el pensamiento de la UCR dijeron:

"No haremos el juego a los sectores que pretenden polarizar en los extremos las alternativas políticas. En nuestra actitud no tiene cabida la violencia ni la adhesión interesada o claudicante.

"Estamos decididos a acelerar en cuanto nos sea posible el tránsito hacia la democracia. El país ha entendido que a través del diálogo se pretende sumar un esfuerzo ordena-

do y sistemático para la concreción de un auténtico comportamiento nacional que, más allá de las distintas opiniones lógicas del pluralismo democrático, logre la definición común de los grandes objetivos, determine la metodología adecuada para alcanzarlos, compatibilice los recursos que fueran necesarios y ponga en movimiento los instrumentos más eficaces de realización.

"El diálogo entre los gobernantes —las FF.AA.— y los sectores fuera del poder, debe ser real, reconociendo interlocutores. El diálogo tiene como fundamento la contradicción y como objetivo el compromiso. El compromiso institucional debe corresponderse con la realidad política de la Nación y el poder político debe recomponerse con el esfuerzo de civiles y militares en resguardo de las instituciones republicanas.

"Esto teniendo presente que la Constitución Nacional sigue siendo bandera de unión de los argentinos. "Esto fue dicho responsablemente hace dos años. El radicalismo no es una circunstancia. Es una permanencia. La vigencia de aquella declaración revela lo poco que hemos avanzado hacia el objetivo de lograr la institucionalización democrática.

"Al ratificar aquellos conceptos la Mesa Directiva del comité nacional de la UCR, ante la falta de definiciones concretas y el cúmulo de trascendidos interesados y confusos acerca del diálogo que se implementará en el país, advierte que:

"1) Si las propias Bases Políticas establecen que los partidos políticos son los instrumentos indispensables del ordenamiento constitucional, es también esencial y ético que las consultas posibles se hagan con las conducciones reconocidas de los propios partidos políticos.

"2) El radicalismo argentino sólo está expresado por sus autoridades naturales en todos los órdenes y en todos los planos de la vida nacional.

"3) Si se mantiene el actual esquema de poder y se ratifica que los poderes nacionales y provinciales serán elegidos por la voluntad exclusiva de los tres comandantes de las FF.AA., sólo se reproducirá un hecho consumado, que al marginar la participación del pueblo, aislará al Gobierno y alentará la conspiración antidemocrática de intereses y grupos marginales.

"4) Debe derogarse la legislación que proscribía la actividad de los partidos políticos. La veda política y la falta de actividad plena de la vida interna de los mismos, impide el proceso natural de formación de nuevos dirigentes e imposibilita la canalización de las inquietudes ciudadanas de nuestra juventud y alienta en la sociedad el desarrollo de tendencias corporativistas, al poder expresarse con exclusividad los intereses sectoriales.

"La Unión Cívica Radical espera con patriótica preocupación sean removidos todos los inconvenientes que puedan malograr las coincidencias básicas que al par de instaurar la estabilidad de nuestras instituciones democráticas, nos lleven a perfeccionar la unidad nacional, sobre la base del sinceramiento de nuestros comunes derechos y obligaciones.

"De no mediar estas circunstancias y las de un diálogo por nosotros definido como plural, y capaz de elaborar generosamente un compromiso ante la Nación, el radicalismo se verá obligado a dar su palabra definitiva frente al actual proceso y sobre las 'Bases Políticas del Proceso de Reorganización Nacional'. No nos marginaremos de nuestro compromiso histórico con la libertad, la paz y la soberanía de todos los argentinos".